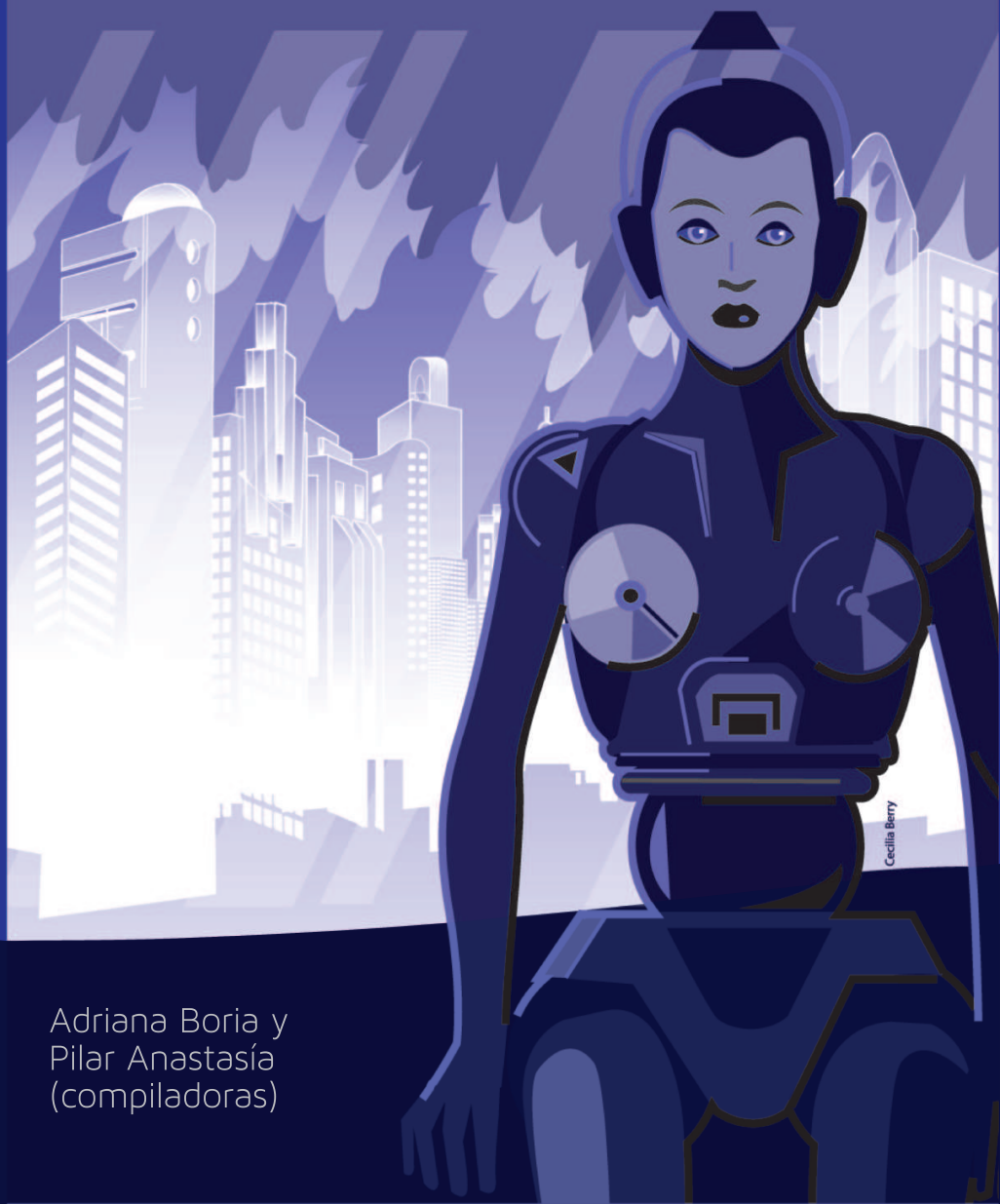


Prácticas teóricas 3: el lugar de los afectos



Cecilia Berry

Adriana Boria y
Pilar Anastasía
(compiladoras)

Prácticas teóricas 3: el lugar de los afectos



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba



facultad de ciencias
sociales

CEA

Centro
de Estudios
Avanzados

Universidad Nacional de Córdoba

Rector: Dr. Hugo Oscar Juri

Decana de Facultad de Ciencias Sociales: Mgter. María Inés Peralta

Editorial del Centro de Estudios Avanzados

Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba, Av. Vélez Sarsfield 153, 5000, Córdoba, Argentina

Directora: Adriana Boria

Cuidado de edición: Mariú Biain

Diseño de tapa: Vanina Rodríguez

Diagramación de este libro: Fernando Félix Ferreyra

Prácticas teóricas 3: el lugar de los afectos/Adriana Boria ... [et al.]; compilado por Adriana Boria; Pilar Anastasía; prefacio de Emma Song. - 1a ed. - Córdoba: Centro de Estudios Avanzados. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Córdoba., 2019.

124 p.; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-766-017-3

1. Estudios de Género. I. Boria, Adriana II. Boria, Adriana, comp. III. Anastasía, Pilar, comp. IV. Song, Emma, pref.

CDD 305.42



Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina

Prácticas teóricas 3: el lugar de los afectos

**Adriana Boria y Pilar Anastasía
[compiladoras]**

Índice

Prólogo <i>Adriana Boria y Pilar Anastasia</i>	9
Introducción. Una introducción está siendo escrita <i>emma song</i>	13
La legión extranjera. O qué pueden l*s cuerp*s (ausentes) <i>Luciana Almada</i>	23
Apuntes generales sobre ciudadanía, infancia, sexualidad y políticas sentimentales: «¿Alguien por favor quiere pensar en los niños?» <i>Pilar Anastasia González</i>	43
Sujetos del exceso: emociones e identidades sociales <i>Adriana Boria</i>	63
Sexo y afectos. Acerca de la configuración del posicionamiento docente en los discursos de la Educación Sexual <i>Facundo Boccardi</i>	75
De qué hablamos cuando hablamos de familias: retóricas de la naturalización <i>Magdalena Uzín</i>	89

En lo que afecta al consumo y a los fans: figuras marginales en Sedgwick y Massumi <i>Camila Roqué López</i>	103
Noticias de l*s autor*s	119

Prólogo

Estas reflexiones son producto de lecturas y discusiones del Programa de Estudios de Género del Centro de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNC durante los años 2015, 2016 y 2017. En ese período hemos abordado las emociones y los afectos como categorías que aportan a los campos de estudios que nos resultan propios, a saber, el estudio de los lenguajes sociales y los estudios de género y sexualidad. Si bien la perspectiva del grupo se sitúa específicamente desde la reflexión sobre los lenguajes sociales, tomamos una concepción de la discursividad social que trasciende el linguocentrismo y privilegiamos los procesos significantes a través de los cuales se concretan *procesos semiótico-materiales*, en términos de Haraway, y de *subjetivación* en términos de Butler. Así, nos inclinamos por reflexionar sobre la sedimentación corporal de los lenguajes, pues ella nos permite suturar binarismos tradicionales al mismo tiempo que da cuenta de las materialidades en toda producción significativa.

Esta perspectiva habilita tomar a las emociones y los afectos como dimensiones sociales que intervienen en políticas discursivas a través de normas que instituyen modelos de amor, odio, pasión, miedo. Esta preocupación tal vez se deba a cuestionamientos que acaecen en el campo social y que han producido ciertos cambios en el espacio de las emociones. Si nos esforzamos para señalar un anclaje histórico de las emociones, deberíamos decir, por ejemplo, que el sentimiento amoroso que condicionaba no solo las relaciones entre los géneros sino los vínculos sociales entre amigos, de padres a hijos etc., ha variado notablemente, trastornando ideales éticos y políticos. Igualmente aquí podemos observar nuevas modalidades de con-

creción y desarrollo de los afectos íntimos en su conjunto. Por otro lado los sentimientos que han sido considerados «negativos», tales como el temor y el miedo, han acrecentado su radio de acción.

Esta modificación y la reflexión concurrente es lo que se denominó en estos últimos años el «giro afectivo». Así, el detenimiento en los afectos se incorpora a la teoría social, pero también a los estudios de género y sexualidad señalando una vocación histórica de la teoría feminista: develar la escena de la intimidad como un problema social que construye subjetividad, políticas, cuerpos y deseos. La deconstrucción del binario público/privado que la teoría feminista puso en discurso desde fines de la década del 60 en adelante produjo una transformación epistemológica sin precedentes en los campos de las ciencias sociales y humanas, instituyendo una serie de operaciones críticas que se volvieron ineludibles. Con ese gran edificio conceptual moderno puesto en jaque, los compartimentos que clasificaban tanto lo racional, por oposición a lo pasional, como lo político con respecto a lo íntimo fueron siendo demolidos, y los efectos de tal operación resultan aun hoy imprevisibles —especialmente teniendo en cuenta el convulsionado momento histórico social desde el cual se publica el presente libro—.

Además de los feminismos, tomamos estos temas a sabiendas de que los efectos de las pasiones ya han sido pensados y expuestos por diversos teóricos aun desde la Antigüedad. Para nombrar un campo que nos interesa particularmente, como es el campo del tratamiento de los lenguajes, pensemos que la vieja retórica ya le concedía un estatus especial al lenguaje de las pasiones. Los *pathē* son «los sentimientos del que escucha» (según Aristóteles, en la obra de Roland Barthes *La antigua retórica*, 1970) y el buen orador debía manejar esos sentimientos para producir los efectos deseados. La posibilidad de conmover es un arte del orador que liga lo público y lo privado diríamos hoy. Pero a Aristóteles no le importaba esta moderna distinción. Sólo señalaba la importancia para el orador de conocer esa opinión general que finalmente era la que tenía el poder de convencer conmoviendo. Con ello fundaba la importancia de lo cotidiano en lo público-político. Otros también veían la centralidad de sentir, y la importancia de las funciones de los sentimientos. Desde Aristóteles a Pierre George Cabanis (siglo XVIII) y luego la tradición

romántica hasta Roland Barthes, ha sido incansable la búsqueda de argumentos firmes sobre el tema.

¿Qué es lo que hace la diferencia hoy? Habitadas a situar la mirada en los modos de funcionamiento del poder, es decir, en cómo se reproducen relaciones de desigualdad social, la afirmación de una transformación siempre resulta complicada de fundamentar en nuestras áreas de estudio. Desde ese marco, la premisa de que se ha producido un «giro» puede ser relativizada, puesto que se trata de una operación que genera la idea de una novedad fundando su propia tradición y desconociendo otras –la idea del «giro» emerge en la década del 90 atribuida a la relectura de Baruch Spinoza y de Silvan Tomkins como suelen sugerir muchos trabajos específicos sobre el tema–. Sin embargo, aun con esos recaudos, nos preguntamos cuáles son las consecuencias de tal política de producción de conocimiento, qué implica ese cambio de paradigma, por qué hablar de un «giro». Una de las posibles diferencias es la articulación en investigaciones recientes del campo de las ciencias sociales y humanas entre tópicos que anteriormente se veían separados: existencia, sensibilidad, afecto, cuerpo, deseo y poder.

En múltiples mutaciones, el capitalismo conjugó de maneras heterogéneas dichas relaciones. En la escena latinoamericana contemporánea, las relaciones conceptuales que se tejen entre afectos, cuerpos y subjetividades nos invitan a desafiar, una vez más, los modos mecanicistas de comprender las relaciones de poder. Por un lado, nos encontramos inmersas en discursos que proponen modelos afectivos corporales-subjetivos conservadores, tales como el avance de los fundamentalismos religiosos, y por otro lado, el funcionamiento performativo de otros discursos más ligados al mundo de la industria cultural que exaltan figuras modélicas de subjetividades definidas en torno al placer y la libertad.

En esa compleja arena de lucha discursiva, las emociones y los afectos funcionan produciendo las extensiones y límites de cuerpos individuales y de cuerpos sociales y, a la vez, distribuyen caracterizaciones de qué es «emocional» y qué no lo es de manera diferencial en la cultura, como supo señalar Sara Ahmed.

Esos tejidos dejan huellas semánticas que permiten constatar procesos de materialización que afectan las vidas y los modos de lo

social y, sobre todo, posibilitan una mirada más abarcadora de las problemáticas contemporáneas. Los artículos de este volumen intentan trabajar en estos bordes, cuya labilidad opera como una suerte de línea de fuerza en la comprensión de los sentidos sociales.

Adriana Boria y Pilar Anastasía
Febrero 2019

Introducción. Una introducción está siendo escrita

emma song

*Un adiós saturado
el sueño de antaño
hojas secas agrietando el raso cristal*

*luces de alguna experiencia incierta
las finas hojas verdes de hacer tiempo*

...

*las películas de las otras
los gestos de las otras
anécdotas nuestras*

Seis Páginas

Las formas en las cuales los conocimientos se pegan a nuestros cuerpos queremos que sean un beso, un roce en la piel de la brisa que acompaña un río. Introducir un libro debería parecerse más a una orgía de ideas que otras me acercaron, pero ya sabemos que se dice el deber. La tarea que me propongo aquí es acercar un beso, una caricia, un deseo por los preciosos textos que seguirán.

¿Qué decimos cuando decimos giro afectivo? En los últimos años muchas de nosotras que nos formamos en feminismo y teoría cuir sabemos que no hay nada de nuevo en pensar las políticas afectivas de nuestros tiempos, y sin embargo lo novedoso aparece; como una amante que interpela mis respuestas al deseo del deseo de la otra. En 1995 Kosofsky Sedgwick, junto con Frank, revelaban un Tomkins como herramienta para inventar una serie de problemas novedosos en torno al deseo y las emociones. *Una crítica que populariza la estructura*, dicen Kosofsky Sedgwick y Frank, para poner de manifiesto qué hizo el posestructuralismo con la crítica teórica. Volver a pensar deseos y afectos después —o más acá— de las psicologías, las antropologías y sociologías, fue una caricia. Pero 1995 también significó la aparición de *The Autonomy of Affect* de Brian Massumi,

donde se propone que los afectos tienen una autonomía con respecto a los discursos, que hay una curiosa manera de resistencia al *imperialismo discursivo*. Desde aquel momento tanto Kosofsky Sedgwick como Massumi desarrollaron teorías de los afectos con marcos filosóficos muy diferentes que indican esa pequeña historia llamada giro afectivo. Massumi, de lleno en las apuestas deleuzianas, y Sedgwick en su promiscua manera de unir a Austin con Tomkins entre otr*s. Esta imaginada manera en que se planteó el problema de los afectos, emociones y sentimientos pone de manifiesto cómo una comunidad establece consensos y regularidades, a saber: el estudio de los afectos en las ciencias sociales de lengua inglesa como algo novedoso, un giro hacia tomar en serio los afectos como objetos de estudio. Pero tales objetos parecen muchos más renuentes de ser captados cuanto más los atraviesa una política oculta tras el eufemismo de la naturaleza. Cabe señalar que la contribución de Donna Haraway al pensar la naturaleza y la cultura como una ontología relacional no original, donde las partes de esa relación no preceden a la relación misma, afirma que no hay existencia posible antes de tal relación. Hay un mapa del giro afectivo que no quiero dar, sino un recorte de cómo en la indicación geopolítica global que habitamos repasamos los problemas, con o sin angloparlantes, pero sí con una máxima spinoziana casi incuestionada, la capacidad de afectar y ser afectada. val flores nos recuerda casi imperceptiblemente a estar dispuestas a habitar el desencanto, imaginar una potencia en las formas oblicuas de nuestros conocimientos periféricamente presentes. En nuestras inquietudes sobre las emociones vamos a prestar atención a las culturas públicas y populares de articulación histórica sobre el trauma, al papel que debe actuar el miedo, al sentimentalismo de las políticas estatales, a la producción de la compasión y la empatía en los discursos estatales y liberales de la *cuestión social*; volver a preguntarnos sobre la vergüenza y la melancolía inspiradas en la teoría cuir, preguntarnos por el agotamiento de la imaginación epistemológica que se traduce en una ansiedad que quiere dar respuesta a todo, hacer esfuerzos para repensar paradigmas de la relación de lo psíquico y lo social, del sexo y los discursos de sexualidad. No puedo dejar de mencionar que Melissa Gregg, junto con Gregory Seigworth, pensaron que el llamado giro afectivo es un estilo, una manera que tendía a

pensar los problemas en los afectos. En la recopilación que llevaron a cabo en 2010 podemos ver una colección de autores e ideas que se instalaron como bases para el giro afectivo, incluso en contra de ell*s mismos, puesto que llegaron a afirmar que no hay un autor o autores, o momento clave para comenzar a hablar del giro afectivo.

Una introducción está siendo escrita. Hemos destacado nombres e ideas en un recorte que se compartió en el placer y las complicidades. Mi recorte en el feminismo, la teoría cuir y los estudios gay y lésbicos afirma una política que busca desarticular las formas hegemónicas de los vínculos y sus posibilidades de afectación con otr*s y l*s otr*s de otr*s. El compromiso teórico es abrazar contrarias y variadas posiciones que son y han sido parte de las fuentes de l*s autor*s del giro afectivo como del giro afectivo mismo. Unas de las disputas que se destaca en este grupo de textos son las palabras afecto, emoción y sentimientos y su atadura a la experiencia vital del cuerpo en el mundo. Hay un orden de lo absurdo en volver a pensar los afectos, la experiencia vital de nuestros cuerpos parecen proporcionarnos una inmediata relación de lo que se dice con lo que se siente, no hay –al parecer– mayor problema en sentir nuestro cuerpo mientras este texto es recorrido, hay una supuesta inmediatez en lo que podemos decir de nuestro sentir.

Se puede usar al pensamiento de Massumi dentro de un espectro epistemológico que propone cierta operación analítica de las palabras afecto, emoción y sentimiento, que se desliza por la influencia del Spinoza de Deleuze, donde se parte de la capacidad de afectar y ser afecto, a partir de allí había toda una articulación social sobre el sentimiento que evoca el afecto y su emoción concomitante. El afecto quedaría circunscripto a esa experiencia vital que aún no es articulada socialmente, donde los sentimientos y las emociones articularán tal experiencia. Por otro lado Sara Ahmed explícitamente cuestiona hacer tales distinciones, proponiendo el uso epistemológico indistinto de esas tres palabras, operación que le permitirá pensar las emociones/afectos/sentimientos como una política cultural articulada en los objetos de una sociabilidad dada. Es posible reunir autores y textos que sostienen una primacía del afecto por su articulación cultural, un resto que está más allá de la articulación del discurso; y

claro está existen otros textos y autores que le proporcionarán al discurso y el lenguaje la posibilidad misma de la aparición de lo afectivo/emocional/sentimiento. La discusión epistemológica por estas posiciones obviamente son resonancias de una tradición postestructuralista y propias del desafío que parece imponerse en el giro afectivo, volver a pensar la relación cuerpo - lenguaje, o imaginar de nuevo tal relación.

La relación cuerpo - lenguaje se ve completamente torcida, no porque haya algo nuevo en las reflexiones sobre lenguaje y referente, sino por cómo la materialidad de los afectos invita inevitablemente a volver a pensar por lo menos de tres maneras importantes:

- 1- El pasado, en tanto pretérito de experiencia constante, como presente corporal; ya sea para hacerles preguntas oblicuas al trauma personal o colectivo, o como un hilo emocional que vincula y ata en el cuerpo un pasado lejano.
- 2- El archivo, como se presenta y como se construye es evidenciado por una epistemología feminista y cuir que insiste en las políticas ocultas de la cultura dominante. Pensar el archivo no es algo que la disciplina de la historia no haya hecho, lo novedoso, si se quiere ponerlo así, es mostrar tal construcción del archivo y los compromisos, no solo epistemológicos, sino también políticos y ontológicos.
- 3- Una lectura crítica de los discursos y dispositivos emocionales en tanto usos políticos para el gobierno de las poblaciones. Al menos en dos sentidos generales, como lugar de anudamiento que los estados empezaron a reconocer como relevantes para las poblaciones, y otra, la crítica cultural de una política global del afecto en un marco político específico.

Estas pequeñas listas y problemas se me aparecen como relevantes para volver a poner preguntas a cómo hacemos aparecer los cuerpos sexuados, marcados por la distribución de una vulnerabilidad social y una geopolítica económica que distribuye el mundo de manera colonial y violenta. Cuando las amigas me invitaron a escribir un texto que introduzca en ustedes sus propios textos, no pude

evitar recordar cómo se entrelazó tal amistad. Las complicidades teóricas, políticas y activistas en la disidencia sexual nos encontraron habitando espacios, intereses y luchas comunes, compartiendo un abrazo que roza alguna otra lectura de lo material para hacer la vida más habitable. Las prácticas teóricas es una de las grandes lecciones del feminismo, si entendemos ello como un compromiso con nuestra crucial vitalidad en la relación con l*s otr*s. Y como bien apunta Haraway, no precedemos a esa relación, sino que somos, aparecemos o tenemos sentido por la relación misma con l*s otr*s. No es de perogrullo insistir en que la teoría hace, que la práctica teoriza y nuestros vínculos sostienen la posibilidad de ambas.

«¿Cuál es el límite de las palabras, de nuestros lenguajes, para apre(he)nder la vivencia de cada un*, la experiencia?» se pregunta Almada con el desafío a cuestras de recuperar los retazos de la memoria activa de La Condesa. Almada nos invita a pensar nuestro lugar dentro de la indagación de objetos culturales que nos implican de lleno. La muestra confronta no solo cómo articular un archivo de vida, activismo y singularidad de nuestra compañera, sino también el efecto emocional que despierta la muestra de una posible articulación. Esta complejidad pone en evidencia el esfuerzo que llevamos a cabo por dar cuenta de lo que está *junto a*, esa propuesta heurística epistemológica de Sedgwick de que la teoría no esté develando eso que está detrás de, o más allá de; rozar aquí y ahora una crítica reparadora. La constitución de un archivo del presente pretérito es difuso, porque nos acercamos a la memoria cultural desde una perspectiva minoritaria, una sencilla vida en disidencia de los marcos heterosexuales, las ausencias en el Archivo, las narrativas de l*s otr*s y los objetos que siguen flotando en el río del tiempo. El efecto afectivo del término de la vida nos devuelve una responsabilidad en cómo narrar esa vida, ese compromiso político es vital para Cavarero. Tú que me cuidas, tú que me relatas¹ es una interpelación a nuestro quehacer teórico sobre las formas de vida eróticas, afectivas y personales que son públicas en el sentido que son accesibles, que se disponen a la memoria y sostenidas claramente de una manera colectiva. Estos materiales son el interés de l*s autor*s de nuestro giro afectivo. val flores lo ha venido señalando desde hace años:

No se trata de escribir de lo que no hace la escuela y/o lxs docentes, de lo que no hay, de lo que no se puede. O de presentar una propuesta que pretende decir lo que es, o lo que debe ser, sino de provocar un pensamiento y crear una oportunidad para escribir de lo que se hace y localizar esas sombras productivas, esas fisuras recónditas, donde sí (nos) pasan cosas y estimular otras prácticas y sensibilidades como potencialidad relacional y zona de constitución poética-educativa abierta a la composición colectiva².

Crear oportunidades para escribir cosas donde pasan otras prácticas es una tarea reveladora, Anastasía González nos recuerda muy punzantemente que *pensar en los niños* –esas oportunidades donde comúnmente se inscriben los supuestos cambios moralmente más benevolentes– nos deja perplejas. La infancia se erige de forma dominante para trazar el camino del futuro hegemónico que viene, donde el tiempo y lo íntimo son los espacios de disputa político donde se juega la humanidad.

Aquí y ahora. Hay una desigual actualidad en algunos temas que insisten en pensar políticas de actuación con lo abyecto. Pensemos un momento en las políticas estéticas de los extraterrestres, los superhéroes y los zombies: todas esas narrativas propias de la industria global del entretenimiento, cómo moldean respuestas afectivas a lo que no entra en el mundo del hombre común. La posibilidad de convertirnos en un animal muerto que todo lo come, que todo lo desea, es todo eso que la heterosexualidad obligatoria no quiere. *Otto de Bruce LaBruce* es la contra película de zombie, o la contra política. Los superhéroes –o superheroínas como tan en plano aparecen hoy– plantean esa otra política en cómo actuar frente a la excepción. Una respuesta afectiva de admiración por lo heroico y lo maravilloso que puede ser llevar esa vida que sin embargo siempre esté en tensión por el examen de humanidad constante. Los *x-men* se vuelven el ejemplo narrativo de cómo hay toda una política en disputa de la integración de lo abyecto. Y por último, puntualizar la respuesta afectiva frente a los seres de otro planeta, que siempre es la guerra: o ellos o nosotros. Cualesquiera sean las variantes de las respuestas afectivas de la cultura popular, en lo que se insiste es que

debe haber una sola respuesta posible a eso que se corre de la heterosexualidad. De ahí que Boria nos invita a actualizar el romanticismo y el gótico como formas del pasado presente. El gótico como el lugar de las emociones que irrumpen en fascinación y temor, y el romanticismo como la forma narrativa de las respuestas afectivas de la desgracia amorosa. Esas políticas del exceso de los extraterrestres, los superhéroes y los zombies pueden ser esos bastardos de Mary Shelley o Bram Stoker. Las políticas narrativas, nos propone Boria, están entrelazadas a estos géneros; corporales, narrativos y mediáticos. Así como en las narrativas de los superhéroes, extraterrestres y zombies, los excesos del amor y la muerte como poder, construyen imaginarios que legitiman los feminicidios.

La pregunta sobre la violencia, y quizás la violencia como un afecto, no como el ejercicio del poder o la implementación de un orden por la fuerza, nos permitiría otra mirada –más oblicua– sobre las preocupaciones presentes. Los roles sociosexuales donde se disputan las formas del ahora pueden apartarse por lo menos en dos estantes: 1- las formas afectivas de la familia y 2- las formas de la educación sexual. Esta relación entre las políticas afectivas de la violencia con la narrativa de la familia y la educación sexual que se articula allí, nos permite pensar un entrelazamiento en el cuerpo de la política de una nación; recordemos las discusiones alrededor de la ESI, tanto en su discusión parlamentaria, como en el seno de las familias que creen que tal ley remueve su fuerza de autoridad en sus hij*s.

Los límites del reconocimiento de las familias homoparentales propiciaron el matrimonio igualitario y su entrada en la ciudadanía parental. Pero este límite permaneció subterráneamente. Esa tensión que señala Uzin siguiendo a Ahmed. Tensión que sigue reificando una relación de mutua incorporación en la ley. Normal-anormal aparecen como binarios normativos de filiación. Si pensamos en l*s niñ*s una vez más, la disputa por su normalidad-anormalidad genera una distribución de límites culturales/naturales; en palabras de Uzin ley/biología. Las formas en las cuales otras formas de parentescos y vínculos sexo afectivos son reconocidas o no por la ley pone en discusión la heterosexualidad obligatoria de la parentalidad y la distribución de los sentimientos de familiaridad. Que el Código Civil

cierre la posibilidad de otras filiaciones que no sean las de parejas pone en evidencia una política afectiva y sexual estatal que solo se amplía en tanto se ajuste a una reproducción de la monogamia y la exclusividad afectiva que La Familia debe proteger; solo imaginamos la posibilidad de abrazar una doble filiación familiar.

«La creciente emocionalización de las organizaciones productivas y la valoración de la expresión del yo como rasgo tutor de la producción de identidades. En el campo escolar específicamente, los aprendizajes emocionales han adquirido una notable legitimidad durante los últimos años». Esta indicación de Boccardi nos permite enlazar una voluntad de saber en las formas de normalización de las relaciones entre l*s human*s en nuestro ahora. Interpelar a quienes interpelan a otr*s (docentes) para dar lugar a un dispositivo emocional para una *novedosa* educación emocional. Hay una política de implicación afectiva que pone a prueba no al maestr* tradicional sino al cuidado de sí, como «trabajo permanente sobre sí mism*». Un trabajo de formación que le corresponde en términos afectivos normativos. La carga afectiva es inestable como provechosa en la interpelación de la ESI en la propia práctica docente. Boccardi nos invita a pensar la ESI y las emociones en la articulación de políticas sobre el rol docente, cómo las emociones son disputadas para tales formulaciones de la docencia como un hacer.

El gerundio afectivo. Este pequeño movimiento para que abracen estos textos que siguen es una tarea que terminarán mejor tales textos. Que una introducción esté siendo escrita nos escribe juntamente esto: esos textos nos inauguran una reflexión posible sobre nuestras epistemologías oblicuas de tradición angloeuropea, y vivencias inevitablemente localizadas y materiales. Se escribe como quien roza, en un toque promiscuo, en una caricia erótica ideas que se materializaron por inquietudes tanto propias como colectivas, de mutuas implicaciones y complicidades que encarnan palabras. Roque López nos recuerda que el solapamiento entre feminismo, giro afectivo y neomaterialismo posee una obliteración de lo primero. Parafraseando a Russel hablando de Platón y Aristóteles, nosotras no nos subimos a los hombros de las feministas, sino que nos acostamos con ellas. No hay una tradición feminista que piensa los afectos,

hay una teoría viva en los feminismos que no niega ni ha negado las formaciones políticas afectivas que oprimen y han servido para oprimir a los cuerpos marcados como no-hombres. Como bien Sedgwick nos recuerda, una y otra vez, en sus textos: si la crítica solo se concentra en una postestructuralista y paranoica en su diagnóstico es muy difícil poder imaginar otros lugares donde pensar fuera de la epistemología binaria. La hipótesis represiva hace justamente eso, pensar que hay algo que reprime la norma (como decía Foucault) es problemático porque no da cuenta de cómo la norma produce o hace; como sea, dice Sedgwick, todo sigue montado en las formas del binarismo.

Es interesante lo que nos invita a pensar Roqué López, consumir - no consumir, en relación a es*s sol*s obsesionad*s o histéric*s multitudes, l*s fanatic*s. Hacer el esfuerzo de pensar la experiencia de los fans fuera de las epistemologías dominantes, tanto modernas como postestructuralistas. Esta invitación es para volver a pensar las cosas, como lo hacemos sin la monotonía de las epistemologías conocidas, esa es la gran pregunta. Tanto Massumi como Sedgwick le sirven a Roqué López para construir un dispositivo crítico que dé cuenta de la complejidad y amplitud de los fan estudios, un dispositivo que esté *junto a* los fans, no más allá de ell*s. Esta imaginación epistemológica nos enseña una preciosa lección, reparar la singularidad de la experiencia en una multitudinaria experiencia de consumo global. Donde los afectos adquieren sorprendentes lugares epistemológicos: «Afecto como apuesta de saber-poder, en la que nuestra investigación participa y emerge, y de la cual no puede desentenderse».

Este presente que parece por momentos no querernos, nos encuentra abrazando nuestras diferencias. Nosotras estamos siendo escritas, dichas, sostenidas en un relato abierto donde estamos arrojadas las unas a las otras, irreductiblemente dependientes del relato que hacemos las unas de las otras, y por supuesto la responsabilidad de dar cuenta de la otra. Imaginar epistemologías afectivas es una tarea que podría configurar una ontología corporal muy diferente a la heterosexual y hegemónica, la tarea es una fiesta de pensamientos que nos desafían. Queda por delante reinventarnos las emociones que hagan reparador el esfuerzo de llevar adelante nuestras vidas.

Notas

¹ Cavarero, Adriana (1997). *Tu che mi guardi, tu che mi racconti*. Bologna: Elementi Feltrinelli.

² flores, val (2018). «Esporas de indisciplina. Pedagogías trastornadas y metodologías queer». En *Pedagogías Transgresoras*. Sauce Viejo: Bocavulvaria Ediciones.

La legión extranjera. O qué pueden l*s cuerp*s (ausentes)

Luciana Victoria Almada

Una vez me preguntaron en una escuela, en un taller, qué creía yo que era 'la libertad'... Y éramos varias, tortas, putos, yo. Y todas como que adornaban un supuesto estadio de libertad con todo un imaginario muy subjetivo, tipo 'para mí libertad es llegar a esto' (...) todo muy libre, muy utópico, muy lindo. Para mí, cuando me tocó responder a mí (son como preguntas muy saladas, ¿no?), pero considero que es un músculo. Es un músculo a ejercitar. ¿Hasta dónde podremos llegar siendo libres? Yo no tengo ni idea. Ponerle yo una cuota, un piso o un techo a ese estadio, es como... muy difícil para mí. Y con la militancia me pasa lo mismo, porque, en definitiva, yo creo que milito –y que militamos– como un ejercicio para transformar las cosas. Para llegar a estadios de libertad. Pero va a ser un ejercicio constante lo de la libertad, entonces ¿cómo pensar la militancia, sino un ejercicio constante? Es un proceso. Es estar ahí. Hay que entrenar el músculo. ¿Cómo? Haciendo.

Maite Amaya

Gatillo fácil, desaparición forzada, femicidio, patriarcado, nunca más, hábeas corpus, machísimo, aparición con vida ya, lo personal es político, lo que no se nombra no existe. ¿Y lo que se nombra?

Claudia Pilleri y Laura Zanotti

Modelo para armar: La Condesa vuelve azotar a Córdoba

En una crónica del año 2016 María Moreno delineaba (contorneaba) lo que podría ser un cuerpo argentino: «mi cuerpo argentino pretende ser irónico, ajeno a las pretensiones esencialistas con que las ideas de Patria o Nación arman sus modelos de pertenencia. Más bien me gustaría armarlo con sus exclusiones, sus forajidos, sus fuera de catálogo» (Moreno, 2016). Ese mismo año, *La heroína bahiense*

cerraba una suerte de prólogo sentenciando: «Para nosotras la memoria se clava como un taco aguja en nuestras espaldas cuando despedimos impávidas a las diosas de nuestras resistencias» (Prieto, 2017: 20). Y más cercana en el tiempo (y en el espacio), el pasado 2017 se inauguraba *La Condesa. Nadie sabe lo que puede un cuerpo*, una muestra interactiva que puede (también) visitarse en la web, y que en sus invitaciones explicitaba:

La inestabilidad de este archivo, de su biografía [de Laura Pilleri] y de los cuerpos (el suyo, el nuestro, el de todxs) proponen un ejercicio de empatía. Un afecto, una potencia para combatir el desamor que se ejerce sobre los cuerpos vulnerables y las vidas precarias de la ciudad de Córdoba.

Tres escenas que ofician de marco para preguntarnos los modos de trazar una genealogía afectiva que rescate voces y relatos silenciados, de tiempos y espacios visitados pero bajo un régimen escópico (flores y Gutiérrez, 2015) ciego de miradas oblicuas/torcidas/disidentes a los relatos históricos oficiales.

El presente texto se desprende de algunas reflexiones a propósito de lo que será una tesis doctoral y que, como parte constitutiva del proceso de desanudar conceptos, ha encontrado en *La Condesa* (una instalación que traza la biografía de Laura Pilleri pero también la experiencia de una ciudad del centro de la Argentina) una de las excusas para des-armar la categoría de *detenid*s sexuales*: otr*s peligros*s detenidos por infringir los Códigos Contravencionales, pero también los de la moralidad argentina con su subversión sexual. Teniendo como marco general este estudio de los registros policiales alojados en el Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba, aprovechamos la oportunidad de esta publicación para trazar un puente y, por medio de esta obra artística/estética/poética, cruzar algunos debates respecto de una tríada de palabras clave, que servirán de guía para la lectura misma del texto: archivo(s), duelo(s) y afecto(s).

La Condesa, una instalación del Colectivo Salchichón Primavera, traza una bio-grafía pero también la experiencia de una ciudad que afecta y es afectada continuamente, operando como mojóon para detenernos en medio del «furor de archivo» (y de archivar-se) para ensayar otros modos de inventariar-nos: «trazar otra(s) historia(s) del

arte (y, más ampliamente, otra cartografía cultural del presente), [...] contribuir a curar la interrupción de la vida pensante en nuestros países» (Rolnik, 2010), primero, por las dictaduras y luego por los regímenes neoliberales del capitalismo cultural y afectivo. Hacer de los duelos otro motivo de celebración y encuentro podría ser otra de las excusas que validen el (ab)uso de estos materiales para estas breves reflexiones.

Algunas notas sobre memorias y afectos: ¿qué, quiénes, cómo y dónde recordamos?¹

El pasado como un lugar extraño a ser explorado presenta un especial atractivo para quienes nos preguntamos por el papel de los afectos en los relatos de la historia. La problematización de las emociones del pasado como objeto de estudio, bajo el paraguas teórico-metodológico de lo que se ha dado en llamar el *giro afectivo*, es el tema que atraviesa de principio a fin la compilación *Pretérito Indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones del pasado* (Macón y Solana, 2015). A partir de su lectura, nos proponemos trazar algunas líneas para pensar el desplazamiento que implica esta re-pregunta sobre determinados acontecimientos históricos en clave de emociones/afectos/sentimientos, pero desde (o, a partir de) las *filiaciones feministas* que podemos encontrar en esta perspectiva. Recuperar la noción de «giro», en el sentido de la inestabilidad y contingencia propias del lenguaje, sin desconocer una cierta genealogía feminista: esos «modos virulentos de afectar la memoria colectiva» (flores y Gutiérrez, 2015), los relatos «oficiales» y cierta idea de linealidad y estabilidad que se nos presentan como dados en las investigaciones que al pasado refieren.

Es así que nos preguntamos, citando las inquietudes propias de nuestro equipo de investigación²: en nuestra sociedad actual, ¿qué lugar ocupan los afectos en los procesos de producción de sentidos que subjetivan y cohesionan lazos sociales? ¿Qué zonas de no-dichos se pueden iluminar desde esta perspectiva? ¿Qué efectos teóricos-éticos-políticos suponen la comprensión de la vida social desde su constitución afectiva? Y agregamos, los estudios sobre lo que se ha

dado en llamar pasado reciente, nos invitan a repensar los modos de producción teórica desde el presente, ¿qué es lo que merece ser recordado? (Catela Da Silva, 2014). ¿Qué implica pensar el trazo de una cartografía nueva, de una *genealogía afectiva* en la búsqueda permanente de historias otras, que rescaten voces y relatos silenciados, ocultados y castigados?

Ya lo decían en el 2009 las Fugitivas del Desierto: «Para nosotras la política es un hacer, es un conjunto heterogéneo de prácticas de creación de mundos posibles, cuyos escenarios son no sólo el Estado, la Iglesia, el capital transnacional, sino nuestros propios cuerpos y relaciones». Poner de plano aquella consigna de «lo personal es político» no sólo nos habla de una práctica y un hacer feminista sino también, haciendo propias las palabras de Haraway, «(queremos) luchar por una doctrina y una práctica de la objetividad que favorezca la contestación, la deconstrucción, la construcción apasionada, las conexiones entrelazadas y que trate de transformar los sistemas de conocimiento y las maneras de mirar» (Haraway, 1991: 329), que apueste a la producción de *conocimientos situados*. Transformaciones que no son otra cosa que el resultado de disputas de poder, de proyectos críticos y reactivos, en la lucha por una autonomía que aspire a reconceptualizar todo un sistema de conocimientos y métodos teóricos aceptables (Gross, 1995: 92), en la búsqueda permanente de la destrucción de las conceptualizaciones dicotómicas, en la búsqueda de teorías metacríticas e intermedias: «la teoría feminista se considera como una práctica teórica, una práctica en el mismo nivel de la teoría», y también como «una teoría práctica, una teoría abiertamente considerada como parte de la práctica, una herramienta o táctica que cumple una función muy importante en el asalto subversivo, y con frecuencia peligroso (...) una urdimbre de hebras que simultáneamente son teóricas y prácticas» (Gross, 1995: 100). Lo que Harding (1987) llamaría un «método específico producido por los feminismos». O, en palabras fugitivas:

una historia inadecuada al punto de vista universal, al sujeto no marcado, al pensamiento heterosexual, al pensamiento colonial. Como los discursos no son sólo palabras, sino prácticas semiótico-materiales, entonces cambiar los relatos es una inter-

vención creativa en términos de proyecto de conocimiento, de sensibilidad política y cognitiva (Fugitivas del Desierto, 2009: 49).

Y, también, como flores y Gutiérrez plantean al hablar de «regímenes escópicos alternativos», una invitación a sospechar de lo visible, en el ejercicio de una mirada desconfiada de los relatos históricos. Tras el análisis de la experiencia político-estético-activista de Lesbianas en la Resistencia (LR), l*s autor*s nos llevan a reflexionar respecto de las acciones políticas en clave afectiva que en los 90 tuvieron lugar en nuestro país y parecen haber quedado silenciadas/ocultadas:

Más que recordar para reconstruir el pasado, se trata de movilizar el presente desde esas imágenes y experiencias que LR puso en juego. Historizar es así un llamado contra el silenciamiento de la historia y un ejercicio para agitar el presente, desde una concepción del tiempo como algo abierto, no clausurado, que permita saltos, discontinuidades y anacronismos (flores y Gutiérrez, 2015: 35).

Adscribiendo, con esto, a que los afectos resultan profundamente performativos, Macón y Solana postularán que «son en sí mismos actos capaces de, por ejemplo, alterar con su irrupción la esfera pública» (Macón y Solana, 2015: 18), lo que resulta más que pertinente a los efectos de nuestro trabajo, puesto que nos permite no sólo volver sobre la reflexividad propia del campo del giro afectivo, sino también de lo que las mismas autoras entienden como los problemas de la «teoría de la historia»: cómo estas discusiones impactan en las estrategias de historiador*s para acercarse a los hechos del pasado (con sus voces, cuerpos, fuentes y acciones), y el desafío de poder aprehender el papel de las emociones en tanto encarnadas en acciones del pasado. Así, en una apuesta por transformar (traducir) eso que se nos presenta como extraño en términos familiares, están pensando estrategias y/o modos para romper con los postulados respecto de las ventajas y/o desventajas de la distancia histórica para la investigación (objetiva). Algo que, sin lugar a dudas, cobra mayor importancia si vamos a trabajar desde/en la teoría queer, puesto

que no deberíamos dejar de examinar las relaciones afectivas-eróticas que emergen de los sujet*s-objet*s de nuestras investigaciones.

Entonces, ¿qué implicaría un pensamiento crítico de este «giro» desde nuestras latitudes? Podríamos aventurar, de la mano de Algarra y Noble, a partir de otro de los artículos incluidos en la compilación ya citada, que estamos frente a *conceptos migrantes*, términos que tienen su origen en la literatura en inglés y que para poder ser aplicados a nuestros objetos deben, necesariamente, «viajar» de un contexto a otro. En su artículo «“Transportamos Sentimientos”: Desafíos para el estudio de las emociones en América Latina», l*s autor*s, utilizando la metáfora de un colectivo que transporta sentimientos en la triple frontera de Paraguay, Brasil y Argentina, entenderán estos conceptos de lo que llaman el «boom emocional», como puntos de partida y no como categorías fijas, y se preguntan:

¿Será cierto que han llegado tarde las emociones como hermenéutica al análisis de la cultura latinoamericana? ¿Cuáles cambios o modificaciones son necesarios en el transcurso de un viaje de una tradición cultural a la otra? Es más, ¿hasta qué punto es factible y/o estratégico hablar del hemisferio como terreno emocional homogéneo? (Algarra y Noble, 2015: 44).

Aunque utilizan afectos, emociones y sentimientos de manera (casi) aleatoria, entendemos que la potencia de este artículo está dada por su apuesta en la problematización de la traducción de los términos de un contexto a otro, haciendo parecer que existirían universales que no necesitan de explicaciones. Apostar a los afectos como «caja de herramientas» para observar problemas de antaño con otros lentes (Moraña en Algarra y Noble, 2015: 57) nos permite cuestionarnos respecto de los hitos que marcaron determinados momentos históricos, problematizar temporalidades y espacialidades diferenciales, contingentes y propias de nuestras latitudes: «¿Por qué no podríamos afirmar que el momento emocional es el derrocamiento de Salvador Allende en Chile el 11 de septiembre de 1973?» (Algarra y Noble, 2015: 57), evidenciando que muchas de las fechas clave que forman parte de trayectorias norteamericana y/o europeas son las que guían los cortes en postulados teóricos y permitiéndonos reflexionar respecto de nuestros procesos dictatoriales y nuestras

democracias, genealogías propias y otras, de fenómenos propios y otros de los foráneos. Es cierto que esta compilación pasó por alto la producción de Suely Rolnik, que ya desde finales de los 80 trabajaba en su *cartografía sentimental*, en nuestro vecino Brasil y poniendo el ojo crítico en la producción artística que ya circulaba por aquel entonces³, pero no deja de ser relevante volver sobre estas preguntas a la luz de explorar nuevas formas de interrogar no sólo el pasado, sino nuestro presente.

Si pensamos, junto a Peralta (2014), que «el archivo puede leerse también como archivo corporal y sensible» (haciendo referencia al archivo digitalizado del activismo lésbico, Potencia Tortillera - <http://potenciatortillera.blogspot.com/>), o adherimos a pensar determinados archivos como «archivo(s) de los afectos [...], a partir del registro de ese pasado-presente, que hace pie más que en la fuente de 'La Memoria', en la contingencia de 'las memorias'» (Taccetta, 2015), podríamos aventurarnos a pensar en los registros de estos *amorales* fichados como archivos personales. Está claro que comprendemos que no sería esa la clasificación adecuada para nombrarlos, en términos formales de la Archivística, pero ¿qué hace que un archivo sea «personal»? Ante la imposibilidad de olvidar las consignas feministas que supimos conseguir, ¿qué hay de l* colectiv* en esa trayectoria?⁴ Y la noción de posmemoria, como entramado conceptual para pensar los modos de vivir la política, la memoria y el arte desde un lugar no-traumático, prestando atención a los afectos, nos ofrece nuevas pistas para encontrar respuesta (o intentarlo) al porqué de esta muestra/archivo, por qué La Condesa y por qué lo monstruoso como memorable:

la posmemoria implica un nuevo pensamiento de la experiencia de la representación y la mediación del pasado en el presente [...] diversos marcos y niveles de memoria, experimental y textual [...] Se trata de un acercamiento al pasado a partir de una presentificación por medio de la fuerza afectiva (Taccetta, 2015: 302).

Una suerte de memoria afectiva que bloquea el trabajo del olvido, al tiempo que activa un horizonte político vivo (aunque l*s cuerp*s estén ausentes).

PMPL (Pases Mágicos para Laura)

Pensar el arte en su potencialidad política nos lleva indefectiblemente a reflexionar sobre los afectos:

La función del arte es conectar el registro intensivo del sujeto con el mundo, abriendo a la posibilidad no-humana de ser parte de esa fuerza afectiva. El arte puede representar, pero también puede ser una fisura en la representación y constituir un puente a la esfera de los afectos. Media la posibilidad de hacer visible lo invisible, hacer perceptible lo imperceptible (Taccetta, 2015: 309).



La Condesa, ya desde su propia forma de nombrarse a sí misma como muestra, se pregunta por el *qué* de lo que pueden los cuerpos, *qué* de toda una vida es archivable, vuelto leyenda y luego puesto en vitrina. El Colectivo Salchichón Primavera, en entrevistas y notas



previas y posteriores a la inauguración, presenta la instalación como una sorpresa, como algo no acabado y que contiene «muchas cosas», al mejor estilo collage, invitando a la(s) gente(s) a «vivir una experiencia», puesto que combina diferentes lenguajes y sentidos. Un archivo deforme, monstruoso, trans; tal como aparece en repetidas oportunidades en algunos de los videos que pueden visitarse en la web. Una heroína contradictoria, un personaje subversivo de Córdoba, que al poco tiempo de salir en «libertad» de la cárcel, murió dejando trunco el proyecto que ya se había iniciado conjuntamente. Así, el duelo como excusa, propició un espacio político para pensar en torno a la libertad, el amor y el deseo; una invitación a organizarn*s, a participar y sumarse/sumarn*s: «es una muestra que habla de nosotr*s, feministas, lesbianas, trans, mostramos que seguimos en las calles»⁵. La idea de hacer un «anti-archivo», como fue catalogado por algunas críticas, como un «shock perceptual» que instala en el espacio un discurso desviado, como la propia Laura, como *La Condesa*.

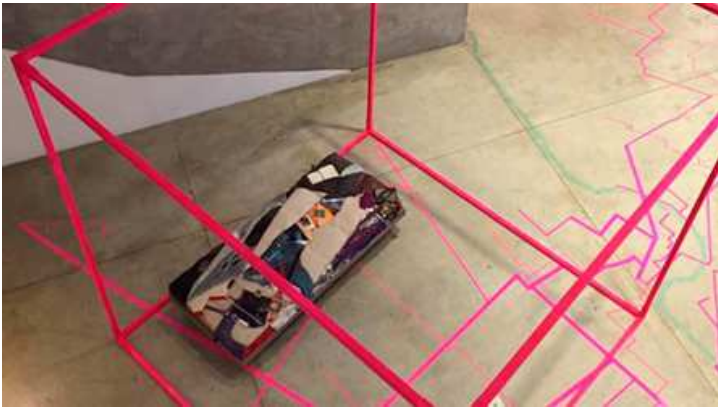
Un archivo hecho de preguntas, tal como lo describían sus realizadores, preguntas que fueron intercambiadas en algunos conversatorios que tuvieron lugar en el museo mismo donde se encontraba la instalación y en otros espacios de activismos cordobeses⁶. Resta la tarea de cotejar este archivo con el ya consagrado *Archivo de*

la Memoria Trans, que actualmente se encuentra en circulación (y expansión) a través de su página de Facebook, pero también de diversas instalaciones, como la del Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, en Buenos Aires⁷, pero nos parece importante poder reseñarlo como parte de un «síntoma de época» en esto que veníamos nombrando como los tiempos de la memoria y la posibilidad de mostrar aquello que estaba en el «armario».



La instalación *La Condesa. Nadie sabe lo que puede un cuerpo* estaba situada en el Museo de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba, pero la propuesta interactiva puede visitarse en su totalidad en internet (<http://la-condesa.com/>), permitiendo conocer no sólo la trayectoria de La Condesa, sino las particularidades de una Córdoba que alberga memorias e historias que, como las cajas de archivos que forman la estética principal de la página, van «rotan-

do aleatoriamente» en cada nuevo comienzo, en cada nuevo relato, en cada nueva huella que rastreamos. El archivo como guiño poético sobre la acción de recordar juega con los reversos «Nadie sabe lo que puede un cuerpo (ausente)» y «O lo que un cuerpo (presente) puede», llevándonos a conectar con nuestro pasado (¿pasado?) nacional de l*s desaparecid*s, pero también nos linkea a la lucha de l*s compañer*s de AMMAR de Córdoba (Asociación de Mujeres Meretrices de Córdoba), a la Marcha de la Gorra, a Monsanto, a la Coordinadora Antirrepresiva y a otr*s personajes de *la Docta* que al hablar de Laura nos muestran pedazos de historias monstruosas, casi como desechos, que en esta puja entre anti-archivo o contra-archivo, logran la inscripción, como un grafiti en las paredes, en el espacio público cordobés.



Es complejo poner en palabras aquello que se vivencia y experimenta/experiencia al hacer un clic y encontrar rostros de compañer*s conocid*s –algunas vivas y otras ya en otros mundos–, pero este texto empieza y terminará en/desde nuestros afectos (míos y de mis compañer*s), y es también una invitación a recorrer la plataforma; por lo que diremos que de las 27 cajas que componen la imagen con la que nos encontramos al ingresar al archivo interactivo, es la número 9, la «Bitácora de trabajo», una suerte de fichero que puede servir de guía y esqueleto para el recorrido, puesto que allí se encuentran digitalizadas las ideas del colectivo artístico: fragmentos de textos

con los que se trabajó durante el proceso, nombres, direcciones, fotos y documentos; el pastiche monstruoso que buscó trans-fomar el dolor en un recurso político. Hacia el final de este fichero encontramos el acceso a las entrevistas en bruto de Maite Amaya, Eugenia Aravena, Claudia Pilleri y Diego Neo, quienes recuerdan a Laura pero también nos hablan de la cárcel y sus habitantes, del miedo y los sueños, de Córdoba, de la Universidad, de la calle, del trabajo sexual y de las propias trabajadoras, de la vida de las travas y travestis en nuestra provincia, de la familia, del VIH, de las múltiples militancias y activismos, de las generaciones pasadas, presentes y futuras, de las resistencias, rebeldías y luchas, de los medios de comunicación, de la libertad como aprendizaje y de los mitos que recorren la vida (y también la muerte) de La Condesa y dan materialidad al archivo. A través de las voces de sus entrevistad*s, La Condesa toma vida, predica, enseña y trans-muta, en eso que perdura más allá de la carne: como sentencia Eugenia Aravena en un pasaje, «el dolor y la bronca la tenemos que transformar en resistencia y lucha (...), por todas las compañeras que quedan, que son un montón. Que todo se puede...». Y cierra en celebración, con los Pases Mágicos para Laura, que hemos elegido como título de esta sección, donde algun*s de l*s integrantes del colectivo, junto al colchón hecho de retazos –único elemento material «palpable» que se encontraba en la muestra del museo–, se despiden bailando.



Ya lo decía María Moreno en su cartografía: «el ano de la Patria fundacional es la cárcel, el conventillo, el loquero –bajo la ecuación inmigrante-loco-criminal–». Entender al deseo como subversivo es lo que conecta estas obras con los mundos que les dan lugar hoy y que las marginaron en el pasado, a las historias y a sus propias protagonistas. Quizá el camino esté siendo surcado por la idea que el Grupo de Investigación Micropolíticas de la desobediencia sexual (2014) asentaba en su artículo, a propósito de los archivos dañados:

el esfuerzo podría ser disponer nuestra voluntad imaginativa en la construcción de poéticas críticas a partir de archivos dañados, utilizando las herramientas creativas y los procesos cognitivos de la práctica archivística para subvertir los marcos de legitimidad que dan lugar y redirigen disciplinariamente la mirada sobre lo necesario, lo importante, lo digno y lo posible de ser recordado, desbaratando el orden en el que leemos el pasado.

Quizá el tiempo de otras historias es ahora, y no sólo en los museos o archivos, sino también en nuestros propios modos de hacer/estar haciendo investigaciones.

L*s cuerpos de la memoria; o La legión extranjera⁸

Antes de cerrar el texto, este apartado final oficia como apertura de nuevos interrogantes y puntapié para reflexiones respecto de la *ética de la investigación*, que ha sido al tiempo que una inquietud, un aprendizaje. Entonces, volvemos a la pregunta inicial, ¿cómo «negociar», en ese furor de/por registrar, la manera en que nos aproximamos a los materiales y las personas con las que trabajamos, a l*s corp*s del deseo que invocamos en nuestros escritos? ¿Cómo luchar contra la insurgencia irreverente innecesaria, pero también contra el optimismo desmesurado que atraviesa algunos de los interrogantes actuales? ¿Cómo nombrar, nombrar-se y ser nombrad* sin caer en clasificaciones ni categorías estancas? ¿Cuál es el límite de las palabras, de nuestros lenguajes, para apre(he)nder la vivencia de cada un*, la ex-

perencia? Hemos encontrado pistas para este debate en un artículo titulado «Ética y antropología de la violencia», donde Mariana Tello, por medio de escenas que ilustran sus propios interrogantes y vivencias como investigadora/militante respecto del abordaje de temas «sensibles», tales como los que venimos planteando, esboza algunas estrategias para el campo. La búsqueda de equilibrio entre el compromiso y el distanciamiento necesario para llevar adelante la tarea se vuelve aún más evidente cuando se trabaja con experiencias que la autora misma describe como «con una alta pregnancia moral, como aquellas atravesadas por la violencia» (Tello, 2012: 179). Y nos advierte: «lo propio ocurre con el antropólogo a la hora de traducir esos universos culturales atravesados por la violencia. ¿Cómo observar, escuchar y escribir de manera éticamente responsable sobre esas experiencias conservando el equilibrio entre compromiso y distanciamiento?» (Tello, 2012: 182). En esta línea de pensamiento, la autora recorre sus propias anécdotas para pensar a la investigación como un modo de intervención: «Investigar sobre temas silenciados, sobre identidades estigmatizadas, es visto en sí mismo como un acto militante; por lo tanto, la traducción de esas experiencias, su publicación e incluso las interpretaciones propuestas se tornan una forma de actuar» (Tello, 2012: 226).

En este punto, parece pertinente volver sobre lo que párrafos arriba traíamos de las trayectorias feministas de construcción de conocimiento, pero ahora de la mano de Beto Canseco, quien cierra su reciente publicación recomendándonos:

quisiera insistir en el proceso de escritura que implicó este texto como un ejercicio crítico en términos de una auto-poiesis feminista. En efecto, no soy el* mism* que comenzó la realización de este trabajo de escritura: el diálogo con los textos, la discusión con otr*s con l*s que compartimos sensibilidades políticas, las disputas con quienes sostienen otras concepciones de justicia, transformaron mi relato del yo, lo interrumpieron persistentemente y lo obligaron a cuestionar las normas de reconocimiento que lo hacían posible. En este sentido, quisiera destacar la importancia del carácter colectivo del trabajo intelectual, el cual me permitió desujetarme de ciertas normas y ofrecer una resistencia a normativas destructivas para mi vida

y la de otr*s a quienes deseaba reconocer (Canseco, 2017: 233).

¿Es que nuestros trabajos pueden ser leídos desde esta perspectiva? ¿Es la apuesta política razón suficiente para escarbar en la vida/muerte de esos «infames», parafraseando a Foucault? ¿Son los saberes situados la clave para trabajos que apuesten a lo emancipatorio de nuestras (otras) identidades?

Reflexionar respecto de lo que merece ser recordado, como un modo de hacer el salto de lo personal a lo colectivo como acto político, corporal y sensible, podría darnos algunas pistas, hilos o trenzas, para seguirnos interrogando sobre ese pasado que no deja de narrarse, sobre esos presentes que se vuelven visibles sólo como reflejos de relámpagos, y donde nuestros modos de intervención partan desde el momento mismo en que iniciamos el trayecto investigativo, evidenciando las propias contradicciones que habitan nuestros deseos y los límites (o no) de lo que pueden nuestr*s cuerp*s.

ME VUELVO al NOMBRAR

Quien es esa chico

Es Laura.

De donde salió elle

Salió de donde salen tod@s

Del pozo.

Hacia dónde vamos?

Dobla a l derecha, a le dereche, digo a l@ derechx, seguí derecho.*

Derecho marcha presa. Si Laura estaba preso.

Pero su corazón estaba en el izquierda de su cuerpo.

Normal.

Que es el identidad?

No sé.

Claudia Pilleri y Laura Zanotti

Siempre quise ser una mostra (...) Yo no soy en esencia nada, no creo en la esencia, no creo en el alma, no creo en el espíritu. Soy carne que me estoy construyendo (...) Yo soy, en todo caso, una Yegua de Troya.

Maite Amaya

Notas

¹ En este apartado reproducimos algunas de las reflexiones producto de las discusiones de las Jornadas de Estudiantes, Becari*s y Tesistas que año a año organizamos desde el Centro de Estudios Avanzados, en esta oportunidad, referimos a la edición del pasado 2017. Disponible en: <https://rdu.unc.edu.ar/handle/11086/11120>

² Hacemos referencia al Proyecto subsidiado por SeCyT y dirigido por Adriana Boria, titulado «Pasiones y razones en lenguajes contemporáneos: género, sexualidades e identidades».

³ A los efectos del presente artículo, no podemos dejar de citar «Furor de archivo», un texto que si bien es del 2010, retoma la batería de conceptos que la autora –sola o en aquella famosa coproducción con Guattari–, trabajó a lo largo de los años, y nos ayuda a mirar las poéticas y políticas que atraviesan la experiencia de las intervenciones artísticas. ¿Cómo es que determinados temas entran en las «agendas» actuales tras años de silenciamiento?, ¿cómo no convertirse en los «botines de guerra» que se disputan los museos y coleccionadores? Y, por qué no, ¿los archivos privados? Agradezco esta observación a quienes coordinaron la mesa «Políticas queer de archivo. Formas críticas de imaginación sexo-política de la memoria» en el X Seminario Internacional Políticas de la Memoria, Arte, memoria y política, que se realiza año a año en el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti.

⁴ Actualmente, los Archivos o Comisiones por la Memoria, que cuentan con Archivos Documentales y Áreas de Investigación, se encargan de hacer un «rastrillaje» del paso de detened*s-desaparecid*s en diversos Centros Clandestinos de Detención, bajo el pedido de familiares. Así, las averiguaciones tienen como objetivo, en cierto sentido (como en el caso de los nietos recuperados), la restitución de la Identidad. Existe, por lo tanto, un nudo más que conflictivo a la hora de pensar cómo trabajar con estos archivos, cómo poder socializar la información y, fundamentalmente, cómo hacer preguntas por fuera de los lazos sanguíneos que otorga la institución familiar. O cómo hacer preguntas sin las debidas «credenciales» (Tello, 2012) que otorga ser «hija de compañeros» o «militante de derechos humanos» a la hora de establecer vínculos para acceder a documentos, entrevistas y archivos.

⁵ Referimos a una entrevista radial del programa local Subversiones, quienes el mismo día de la inauguración invitaron al colectivo a presentar el proyecto y la muestra.

⁶ En una «perlita» de la primera edición de la revista *Ecétera* (2017), encontramos «algunas preguntas» que no sólo colaboran con esta lectura que pretendemos realizar, sino que también nos acercan a un texto escrito de manera colectiva, amorfa y poética, casi como citando al propio archivo y adicionando materiales de esos que quedaron afuera de los cajones de la web:

«Algunas preguntas.

Que porqué elegir una persona presa?

Que porqué usamos códigos QR?

Que porqué no se especifica que estaba presa?

Que porqué usaron los mapas cloacales de córdoba?

Que porqué usaron una persona muerta como objeto de estudio?

Que porqué los márgenes?»

LA CONDESA – Nadie sabe lo que puede un cuerpo – (Nuevos fragmentos de lo que es), Claudia Pilleri y Laura Zanotti en: <https://ffyh.unc.edu.ar/etcetera/la-condesa-nadie-sabe-lo-que-puede-un-cuerpo-nuevos-fragmentos-de-lo-que-es/>

⁷ Para acceder a algunas imágenes y a la página oficial del sitio: <http://conti.derhuman.jus.gov.ar/2017/12/f-archivo-memoria-trans.php>

⁸ «La legión extranjera», publicado en el año 1964, forma parte de los cuentos y crónicas que la enigmática Clarice Lispector escribió a lo largo de su carrera. Además del gusto personal/pasional por su poética, la doble referencia, en este apartado y en el título mismo del artículo, pretenden conectar a nuestra condesa cordobesa con esta bruja ucraniana del Brasil, no solo porque ambas rompieron límites, en lo escritural, en lo textual, en lo sexual, sino porque justamente la compilación así titulada de relatos presenta «heroínas de mil rostros», tal como rescata una nota periodística: <https://www.lanacion.com.ar/1469772-heroinas-de-mil-rostros>

Bibliografía

Algarra, G. y Noble, A. (2015). «“Transportamos Sentimientos”: Desafíos para el estudio de las emociones en América Latina». En C. Macón y M. Solana, *Preterito Indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado*. Buenos Aires: Recursos Editoriales. [En línea] <https://segapblog.files.wordpress.com/2014/02/preterito-indefinido-pdf.pdf>

Canseco, A. (2017). *Eroticidades precarias. La ontología corporal de Judith Butler*. Córdoba: Asentamiento Ferseh.

Da Silva Catela, L. (2014). «“Lo que merece ser recordado...”. Conflictos y tensiones en torno a los proyectos públicos sobre los usos del pasado en los sitios de memoria». *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, N° 2, octubre, pp. 28-47. ISSN 2362-2075.

flores, v. y Gutiérrez, L. (2015). «La sangre del pueblo (también) es lesbiana: la experiencia artístico-política de Lesbianas en la Resistencia (1995-1997)». [En línea] <http://potenciatorrillera.blogspot.com.ar/search?q=la+sangre+del+pueblo>

- Fugitivas del Desierto (2009). *Conversaciones feministas. Biopolítica*. Buenos Aires: Ají de Pollo.
- Gross, E. (1995). «¿Qué es la teoría feminista?». *Debate Feminista*, Vol. 12, Año 6. [En línea] http://www.debatefeminista.pueg.unam.mx/wp-content/uploads/2016/03/articulos/012_11.pdf
- Grupo de Investigación Micropolíticas de la Desobediencia Sexual (2014). «Poéticas de la falla, archivos dañados y contraescrituras sexopolíticas de la historia del arte». Texto leído en el Coloquio Internacional «De Una Raza Sospechosa: arte/archivo/memorias/sexualidades», en la Biblioteca de Santiago de Chile.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la Naturaleza*. España: Cátedra.
- Harding, S. (1987). «Is There a Feminist Method?». *Feminism and Methodology*. Indianapolis: Indiana University Press.
- Macón, C. y Solana, M. (2015). *Pretérito Indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado*. Buenos Aires: Recursos Editoriales. [En línea] <https://segapblog.files.wordpress.com/2014/02/preterito-indefinido-pdf.pdf>
- Moreno, M. (2016). «Una cartografía de la literatura. Cuerpo argentino». *Revista Anfibia*. [En línea] <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/cuerpo-argentino/>
- Peralta, M.L. (2014). «Potencia Tortillera: el deseo de memoria y la construcción permanente como resistencia al aniquilamiento político y cultural». Trabajo presentado en la mesa redonda «Inventar el archivo» dentro del *Seminario Poéticas y políticas de archivo. Estrategias de activación, interpelaciones y reinenciones críticas*, organizado desde el LabIAL y la cátedra Teoría de la Historia, en el marco de la III Bienal Universitaria de Arte y Cultura de la UNLP.
- Pilleri, C. y Zanotti, L. (2017). «La Condesa –Nadie sabe lo que puede un cuerpo– (Nuevos fragmentos de lo que es)». *Revista Etcétera*, Año 2017, N° 1. [En línea] <https://ffyh.unc.edu.ar/etcetera/numeros/etcetera-no-1/>
- Prieto, C. (2017). *Fichados. Crónicas de amores clandestinos*. La Pla-

ta: Pixel.

Rolnik, S. (2010). «Furor de archivo». *Estudios Visuales*, N° 7. Murcia: CENDEAC.

Taccetta, N. (2015). «Arte, afectos y política. O de cómo armar un archivo». En C. Macón y M. Solana, *Preterito Indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado*. Buenos Aires: Recursos Editoriales. [En línea] <https://segapblog.files.wordpress.com/2014/02/preterito-indefinido-pdf.pdf>

Tello, M. (2012). «Ética y antropología de la violencia». *Antropologia e ética: desafios para a regulamentação*. [En línea] http://www.portal.abant.org.br/publicacoes2/livros/Antropologia_e_etica__desafios_para_a_regulamentacao.pdf

Apuntes generales sobre ciudadanía, infancia, sexualidad y políticas sentimentales: «¿Alguien por favor quiere pensar en los niños?»

Pilar Anastasía González

1. Introducción

El presente trabajo se articula en torno a una tríada significativa que ha sido históricamente emplazada de maneras heterogéneas en los discursos de la cultura, se trata de la compleja relación entre la infancia, la sexualidad y los afectos.

Cabe mencionar rápidamente que en el campo de investigaciones latinoamericanas generalmente se aborda la infancia desde una perspectiva de género, y resultan escasas las investigaciones que se preguntan o que ponen en cuestión la compleja relación entre la infancia y la sexualidad.

En el ámbito de la teoría encontramos la obra de Foucault (2007) sobre las campañas contra la masturbación infantil, o el trabajo de James Kincaid (1992) sobre la erotización infantil en la cultura occidental. Ahora bien, tanto con Kincaid como con Foucault se analiza la historicidad y contingencia de la asexualización infantil reducida a la relación con la noción de poder, sin involucrar la dimensión afectiva o emocional que muchas teóricas feministas han contribuido a desarmar con respecto a la noción normativa de infancia de la modernidad occidental hegemónica. El vínculo de repulsión y atracción entre infancia y sexualidad, cultivado principalmente por la burguesía del siglo XIX, tiene que ser analizado incorporando un tercer elemento que resulta ineludible: con Sara Ahmed (2015) podríamos llamarle la gestión de los *afectos*, o la administración de la *sentimentalidad* según Lauren Berlant (1997a), o la conformación de *estructuras de sentimiento* específicas siguiendo al clásico Raymond Williams (2000) o la noción de *educación del deseo* según Laura Stoler (1995).

Infancia, sexualidad y afectos se constituyen en una tríada que va a operar –aunque de manera muy heterogénea– la gestión del gobierno de lxs niñxs (Llobet, 2015) y las regulaciones de la sexualidad hasta nuestros días.

Históricamente, la infancia y su protección han sido consideradas inseparables. El «descubrimiento» de la infancia, siguiendo a Phillippe Ariès (1987 [1960]), a fines del siglo XVIII principios del XIX, instala en el imaginario social la noción de un *sentimiento* de infancia moderno que podemos identificar en los sentidos hegemónicos en torno a lo infantil¹. Sin embargo, han existido muy diversas maneras de considerar la protección de la infancia, de acuerdo a imaginarios que responden a actores específicos, sensibilidades hegemónicas, estrategias y condiciones de posibilidad.

Nuestro interés radica en un proceso de larga duración a través del cual se desarrolla una posición simbólica de la infancia –no la única– que deviene sostén emocional de la vida en sociedad. El vínculo de la infancia con la emocionalidad puede ser puesto en perspectiva desde la recuperación de producciones feministas. Las oposiciones significantes entre hombre/mujer y la consecuente pirámide axiológica que conformó lo que se dio en llamar «la condición femenina» en el siglo XIX (Boria, 2009), esto es, la serie de oposiciones correspondientes a una cadena como razón/pasión, activo/pasivo, público/privado, cultura/naturaleza, política/naturaleza, conocimiento/ignorancia, fueron deconstruidas por desarrollos feministas a lo largo del siglo XX, que denotaron la inestabilidad pero a la vez la eficacia política y epistemológica de tales binarios. La prioridad del primer término sobre el segundo subalternizado, pero a la vez constitutivo de la centralidad del primero, fue la gramática que sostuvo la marginalidad de las emociones en la construcción del conocimiento occidental, aunque esto se haya dado de maneras heterogéneas. Las producciones de los feminismos que cuestionaron esa distribución diferencial comenzaron a analizar cómo funcionaban ciertas cargas afectivas o emocionales en la producción de un conocimiento racional, legitimado y reservado a varones blancos heterosexuales propietarios adultos. Se dio así una discusión que habilitó el ingreso de los afectos al ámbito de lo político, como podemos rastrear en los textos de Simone de Beauvoir (2005) o en Betty Friedan (2009). Esta ope-

ración feminista, que no se reduce a lo que se denomina desde hace un tiempo «giro afectivo»², no se propone necesariamente considerar a las emociones como un ámbito donde es posible la «liberación» de la opresión de la racionalidad del poder masculino. La potencia de la operación heurística radica justamente en la politización de dicho ámbito (Macón, 2013), en comprender que la construcción de una esfera de lo íntimo/doméstico/privado es constitutivamente política.

Para profundizar estas líneas de indagación tomaremos dos autoras que han reflexionado y tematizado sobre la producción de la intimidad, los afectos y la infancia en dos momentos históricos claves: por un lado la sociología de Viviana Zelizer, quien analiza el cambio de valor de la infancia en el paso del siglo XIX al XX y, por otro lado, los aportes de Lauren Berlant que analiza el funcionamiento de la sentimentalidad decimonónica en una nueva configuración: la reinscripción de las fronteras de lo público/privado en la década del 80 en Estados Unidos, y el modelo de ciudadano infantil como ideal de la política sentimental neoliberal.

2. Gestiones de la sentimentalidad. La producción de la infancia en la administración de la dicotomía público/privado. La sociología de Viviana Zelizer

El trabajo de Viviana Zelizer (1985) resulta indispensable en los estudios sociales contemporáneos. Caracterizada como sociología de las emociones, y pionera del «giro afectivo», Zelizer combate los posicionamientos que se hacen eco de la construcción arbitraria de esferas de la vida social para comprender procesos complejos. Desde este punto de vista, la obra puede posicionarse en el campo de estudios de la economía, de la sociología, de la historia o, mejor dicho, en el intersticio en el cual dicha clasificación resulta insostenible. Su investigación *Pricing de priceless child* intersecta las disciplinas a partir del estudio del paso del siglo XIX al XX, período en el que se asiste a un cambio en el valor de la infancia que, de ser considerada parte activa de la vida comunitaria en Estados Unidos, deviene *invaluable*. Esto es, alejada de la vida laboral y pública, la infancia es sometida a un proceso de *sentimentalización* que hace emerger un

sujeto infantil «sin valor económico» pero *emocionalmente invaluable*. En esta dialéctica, el valor económico y el valor sentimental comenzaron a ser radicalmente incompatibles.

El trabajo de Zelizer analiza el régimen de adopciones desde 1870 a 1930 para mostrar la transformación en el *sentimiento de infancia* de la modernidad. Si en el siglo XIX el mercado de adopciones no existía, y los niños «no deseados» podían ser situados en granjas o campos que los aceptaban con interés en la fuerza de trabajo nueva que aportará a la familia y a las tareas del campo, en 1930 estas relaciones cambiaron profundamente. Las prácticas de adopción fueron revolucionadas en una búsqueda por el amor infantil, y ya no por la fuerza de trabajo. El trabajo infantil comenzó a ser considerado tráfico de niños. Paralela e irónicamente, a medida que el valor laboral de la infancia desaparecía, su nuevo valor emocional se volvía cada vez más comercializado: si en 1870 no había mercado de compra de niños —de hecho el único negocio redituable era «hacer desaparecer» a los niños no bienvenidos—, en 1930 se paga mucho dinero por una adopción, y hacia 1950 los montos aumentan diez veces más. Además del mercado de adopciones, la noción del amor infantil y la plenitud que procura a sus padres³ es proporcional a los esfuerzos monetarios realizados para pagar su educación y pertenencia al entorno capitalista de consumo (Zelizer, 1985).

En este esquema de cambio en el paso del siglo XIX al siglo XX, la separación entre las esferas de lo público y lo privado deviene una dicotomía inalterable que se corresponde con la separación de las esferas económica y doméstica⁴. El mundo privado, doméstico, irracional, particular, se convierte en el espacio confinado para las mujeres y los niños. Se enaltecen tareas infantiles relacionadas al cultivo de los buenos valores y la moral, a cargo de la especialización de las tareas femeninas: bajo la política económica del salario familiar se impone la idea de madre full-time al servicio de la domesticidad, y la infancia, un condensador de valores futuros, de progreso.

Estas relaciones, ampliamente estudiadas por la antropología, sitúan a la familia nuclear como centro de las relaciones sociales, estableciendo un nudo significativo entre parentesco, intimidad y afectos que no existía con anterioridad. La familia, definida por oposición a la racionalidad instrumental lucrativa del mundo económi-

co, representa la emoción, el lugar del no-cálculo y de la generosidad. Con la economía industrializada, las ideas de la sacralidad de los vínculos familiares y de la familia como un santuario crecen: los lazos cambian, se debilita el valor instrumental ante la nueva importancia del valor emocional de los vínculos, la familia deviene una unidad sentimental.

La construcción de la oposicionalidad entre el valor económico y el valor moral del niño no es natural ni dada, de hecho, los términos opuestos se imbrican necesariamente en una relación de exterior constitutivo (Staten, 1984). Para que el valor moral y sentimental del niño se erija, necesariamente se expulsa el valor económico que corrompe ese lugar de sacralidad. Sin embargo, esto no implica que el valor económico del niño haya desaparecido, mejor dicho, se transforma en otras retóricas que comprenden que el trabajo infantil debe estar abocado a la educación obligatoria y a la moral. La narrativa de la invaluableidad del niño explicita esta paradoja, definitiva del mundo moderno y del capitalismo. Los sentidos hegemónicos en torno a la intimidad, los sentimientos, el mundo emocional y los vínculos interpersonales se instituyen como el espacio de operaciones clave del capitalismo, gestionando economías afectivas que sostienen maneras de habitar el mundo que pueden ser analizadas trascendiendo la oposición explicativa marxista entre base y superestructura, como nos guía Zelizer.

3. Intimidad pública y gestión de la infancia. El niño como ciudadano modelo del neoliberalismo. Aportes de Lauren Berlant

Ahora bien, ese modelo decimonónico de oposiciones excluyentes rigió la idea de una ciudadanía supeditada a un Estado de bienestar y una noción de política en el sentido estricto de la palabra. Sin embargo, a partir de la década del 80, tal como Berlant aborda, se produce una transformación en esa economía de sentidos sobre la sentimentalidad y lo público.

Berlant, al modo de Zelizer, incorpora como objeto de análisis la construcción cultural de una dimensión afectiva-emocional en los vínculos sociales, orientando su mirada hacia el funcionamiento

de tal dispositivo en la construcción de mundos políticos y las políticas identitarias principalmente en Estados Unidos a partir de la década del 80⁵. Su preocupación aborda especialmente el lugar del sentimiento del dolor en el hacer de esos mundos políticos. Conocida principalmente por su conceptualización sobre el *optimismo cruel* (2012) Berlant constituye su crítica en contra de la distribución diferencial de los afectos en el marco del capitalismo neoliberal, es decir, la gramática que delinea una valoración positiva de determinados afectos como la *felicidad* o el *optimismo* asociados a la acción y a la transformación social; y por otro lado, la asociación de afectos negativos como el enojo, el odio, o la culpa con la inacción o la paralización⁶.

Ahora bien, Berlant desarrolla una serie de argumentaciones generales sobre la ciudadanía infantil en la introducción (1997a) y en los tres primeros capítulos de *The Queen of America goes to Washington city. Essays on sex and citizenship* (1997). En el primer capítulo «The Theory of Infantile Citizenship» (1997b) toma una serie de narraciones propias de la tradición estadounidense que versan sobre la figura del viaje del «interior» a la capital del país como ritual performativo de la ciudadanía. Entre esas narraciones analiza un capítulo de la serie animada de televisión Los Simpsons y en ella, la figura de Lisa como niña ciudadana modélica. En el segundo capítulo llamado «Live Sex Acts» (1997c) analiza la proliferación de las campañas feministas contra la pornografía en la misma década del 80, pero el análisis de Berlant se corre de las ya exploradas argumentaciones que pivotean entre interpretaciones sobre la violencia y la diferencia sexual. En cambio, propone un análisis de los significados de las imágenes pornográficas para ese feminismo y el vínculo que tales teorías producen sobre la configuración modélica de la ciudadanía como niña vulnerable a proteger. En el tercer capítulo –el libro posee cinco capítulos pero nos interesan particularmente los tres primeros por la centralidad de la infancia en la teorización– llamado «America, 'Fat; the Fetus» (1997d), Berlant analiza cómo se modifican y transforman las nociones de ciudadanía de la infancia y de las mujeres al volverse el feto una figura ideal de ciudadano americano. Las reflexiones sobre la infancia en este libro fueron posteriormente retomadas y revisadas en un artículo llamado «Subject of true feeling:

pain, privacy and politics» (1999) que devino el primer capítulo del célebre y único libro traducido al español, *El corazón de la nación. Ensayos sobre política y sentimentalismo* (2011). Trabajaremos con todos estos materiales a continuación.

El contexto específico en el que Berlant sitúa este cambio en la configuración de la sentimentalidad se inscribe en Estados Unidos durante el gobierno de Ronald Reagan, período en el que proliferaron de manera inusitada –quizá comparable a la época victoriana analizada por Foucault– los discursos en torno a cuestiones relativas al espacio de lo «íntimo». Berlant señala que en esta década se configura una *esfera política pública*, que se diferencia de la esfera de la intimidad del siglo XIX. La intimidad era vinculada al espacio de lo doméstico,

donde las personas producían los sentidos de su propia singularidad privada, un sentido de sí mismos que devenía un sentido de la ciudadanía sólo cuando era abstraído y alienado en las esferas públicas no-domésticas de la cultura liberal capitalista. En contraste, la esfera íntima pública de Estados Unidos en el tiempo presente retrata a la ciudadanía con pertenencia social producida por actos y valores personales, especialmente actos originados en o dirigidos hacia la esfera de la familia. No se valora más el «ser persona» como algo orientado hacia la vida pública; la ideología nacional contemporánea reconoce como bien público sólo a una nación singular y restringida de mundos privados vividos simultáneamente (Berlant, 1997a: 5-6, traducción propia).

El sentido de la oposición entre lo público y lo privado se trastoca entonces, haciendo de lo público una dimensión confundida y solapada con la condición de «lo cultural-masivo». Este modelo, que opera en detrimento de la idea política del Estado, gestiona la ciudadanía mediante lo que Berlant llama *políticas sentimentales*. La común figuración del dolor social masivo ante un escándalo «inaceptable», como puede ser por ejemplo la emergencia de noticias sobre niños explotados laboralmente de manera clandestina en fábricas textiles, esa reacción social funciona como una verdad, como un artificio «directo» para identificar de forma masiva la injusticia social. La

puesta en escena de la centralidad de los *afectos* en las *políticas culturales contemporáneas* nos remite entonces a imaginar un futuro en el que ese dolor desaparezca, y se reinstaure el sentido de la justicia. La construcción del yo sintiente como el yo verdadero, y la respuesta universal que producen determinados momentos «superpolíticos» en la escena estatal-global-cultural dan cuenta de que estamos en una era en la que la política, según Berlant, ha abandonado los reductos ya deslegitimados de la racionalización y encuentra su gestión más eficaz en dimensiones subjetivas-masivas-afectivas⁷.

Berlant comprende entonces un cambio retórico que produce una intensificación de la utopía simbólica de la *nación* con basamento en la noción de «la cultura» como aglutinadora social y productora de la idea de ciudadanía, en detrimento de un modelo de identificación política ciudadana con basamento en el Estado. Se conforma, por ende, un espacio masmediatizado de formación de opinión que tiene como sujeto central al «espectador».

Desprendido de lo anterior, Berlant analiza cómo el funcionamiento de esa compleja maquinaria discursiva estatal, cultural y principalmente mediática, crea una hegemonía discursiva en torno a la figura de la infancia como núcleo sentimental de las políticas contemporáneas. Si esos niños, explotados clandestinamente en las fábricas textiles, son reemplazados por adultos entendidos como trabajadores y ganando el mismo sueldo miserable, el dolor de lo inaceptable se disipa, dice Berlant, la escena se naturaliza y se vuelve habitable.

Ahora bien, la producción de una maquinaria afectiva que sitúa a la infancia como principio regulador de la ciudadanía se produce en una relación específica con la sexualidad. En el marco de la proliferación de lo que se llamó «las guerras del sexo» en Estados Unidos, de la expansión de movimientos feministas y lgbt, de la persecución policial de tales movimientos, de la profundización del clima punitivista y del pánico sexual, las campañas contra la pornografía, etc., encontramos al niño, mejor dicho, a la niña como ciudadana modelo, como objeto sagrado del valor de la nación y su futuro:

Algo extraño le ha sucedido a la ciudadanía. Durante la crecida del derecho en la era Reagan, una política del futuro nacio-

nal y familiar vino a definir las urgencias del presente. Ahora en todos lados en los Estados Unidos cuestiones íntimas destellan en la cara de la gente: pornografía, aborto, sexualidad y reproducción, matrimonio, moralidad personal, y valores familiares. Estos temas no emergen como preocupaciones privadas: son la clave para los debates sobre lo que América defiende, y son considerados vitales para definir cómo los ciudadanos deberían actuar. En el proceso de colapsar lo político y lo personal en un mundo de intimidad pública, una nación hecha para ciudadanos adultos ha sido reemplazada por una imaginada para fetos y niños (Berlant, 1997a: 1, traducción propia).

En la cultura neoliberal el valor de la nación no es figurado en nombre de un adulto trabajador, sino que se trata de un ciudadano americano futuro, «incipiente y prehistórico» (Berlant, 1997a: 6) a la vez: se trata de la figuración del feto y del niño americano. Se condensa así una imagen que no solo configura la construcción hegemónica de lo normal y lo anormal en términos de la reproductividad heterosexual, familiar, blanca y burguesa. Se trata, también, de la producción de una gestión específica de la temporalidad, que funciona como narración de la vida en sociedad y distribuye diferencialmente la vulnerabilidad. La precariedad legítima tiene edad:

Lo que constituye la supericonicidad nacional del feto/niño es una imagen de un americano, quizá el último americano viviente, todavía no magullado por la historia: todavía no alcanzado en el proceso de secularización y sexualización; todavía no alcanzado por los cambios confusos y excitantes de la identidad hechos posible por el consumo de masas y la mezcla étnica, racial y sexual (Berlant, 1997a: 6, traducción propia).

El valor del feto y del sujeto infantil como subalterno, en el clima de proliferación de luchas feministas, lgtb y antirracistas de la década del 80 en Estados Unidos muestra una narración de futuro de la nación que es imaginado como hogar para los niños protegidos de las violencias del capitalismo, de la contaminación de la clase, la raza y la sexualidad. Y esto se cristaliza en la emergencia de la figura del feto como una figura de persona con derechos. Se plantea aquí cier-

to isomorfismo entre la privacidad doméstica y la ideología de la intimidad pública que ha adoptado al «ser persona» del feto como ícono de ciudadanía ideal (cfr. Berlant, 1997a).

Así, la producción de una imagen del futuro abstracto en el que no habrá daño funciona para reafirmar la idea de una crisis del presente. La modalización de ese ciudadano del futuro funciona como una «coartada» (Berlant, 1997a: 6) para la efectividad de las prácticas y retóricas políticas reaccionarias del presente en torno a la sexualidad dice Berlant, y aquí añadimos además de reaccionarias, punitivistas.

En una gramática discursiva en la que no hay casi nada más público que la intimidad, la insistente tematización de «lo íntimo» funciona para encubrir la sexualización que se emprende «nacionalmente» de sus ciudadanos. En nombre de la «pequeña niña» vulnerable, a ser protegida, en nombre de la infancia como figuración del ciudadano fetiche, se despliega un dispositivo público de custodio de las promesas de privacidad de la cultura nacional, es decir, dispositivo de custodio de la «intimidad» de la habitación familiar heterosexual (Berlant, 1997c).

Con todo, la producción de Berlant nos permite reflexionar sobre la forma en que se articula una idea general de la ciudadanía propia del capitalismo neoliberal, que mediante un vínculo específico y modélico de expulsión entre la sexualidad y la infancia y produciendo una centralidad de los afectos y emociones, contribuye a diseñar modos de lo público-íntimo que gestionan marcos posibles de subjetivación en la escena contemporánea. En ese mapa, la infancia es puesta en el centro de la escena de la producción de discursos públicos como no había sucedido antes. Durante toda la década del 80 se da el debate sobre los derechos del niño, que culmina con la sanción en el año 89 de la Convención de los Derechos del Niño, uno de los tratados internacionales con mayor aceptabilidad universal teniendo en cuenta la cantidad de países que la ratificaron (Barna, 2012); la pobreza infantil en el consenso de Washington devino agenda prioritaria de los Estados a nivel mundial; el dispositivo médico-psicológico extendió de manera despolitizada la categoría de abuso sexual infantil de manera generalizada, estableciéndose la violencia sexual hacia la infancia como un intolerable en el discurso social

(Grinberg, 2010; Anastasía, 2018), entre muchos otros ejemplos que podríamos especificar.

Resulta entonces necesario avanzar en investigaciones que den cuenta de la producción de sentidos en torno al proceso de especificación de los derechos de la infancia vinculadas a las regulaciones sexuales. En este ensayo hemos apenas esbozado, siguiendo los aportes de Berlant, un vínculo que puede establecerse entre dichas dimensiones, sin embargo, es preciso poner en funcionamiento de manera concreta y situada estos mecanismos heurísticos, con el objetivo de analizar continuidades, desplazamientos y anclajes específicos de los modos de producción de ideales de ciudadanía con centralidad en lo infantil, de los límites y alcances de la heteronormatividad y de la producción de *culturas sexuales* específicas (Berlant y Warner, 2002).

3.1. Infancia y sexualidad por derecho propio

La centralidad de la infancia como ideal regulatorio produce, a la vez, un alejamiento de la posibilidad del acceso de las niñas a una ciudadanía por derecho propio, que considere la heterogeneidad intrínseca de la idea de la infancia, los lugares específicos de desigualdad, y las relaciones con los clivajes de raza, clase, género, capacidad, entre muchos otros.

A la vez que modeliza el ideal de la nación, la infancia es inscrita performativamente en una oposición taxativa con la adultez, dicotomía que reproduce la tan aceptada y extendida noción de una agencia infantil inmadura, incapaz y que por su condición natural de «desarrollo» es vulnerable.

Ahora bien, el trabajo de Berlant, así como el de Foucault y muchos otros, toman a la infancia y el valor que cobra dicho significante en la vida en sociedad para explicar modos de funcionamiento del poder, marcos de regulación sexual y ciudadana de la sociedad en general. Sin embargo, sin cuestionar dichas operaciones, nos interesa dar un paso más para considerar a las niñas por derecho propio, y los efectos que tales regulaciones puedan tener no solo en la conformación de normas sociales generales, sino también específicas para *esxs* sujetxs, que no se encuentran desligadxs de la trama social.

Para ello recurrimos a los aportes de Valeria Flores (2015), que nos llama a reflexionar sobre la noción de *daño* que involucra generalmente a las infancias, y cómo ese daño, que activa y sostiene todas las narraciones previamente analizadas, se encuentra conceptualizado desde una perspectiva jurídica del liberalismo moral: se trata de un daño infligido a un tercero. En el caso de los daños vinculados a cuestiones de género y sexualidades, generalmente se los comprende como violencia o maltrato.

Flores contrapone la proliferación de discursos sociales de protección de la infancia contra el maltrato y el abuso infantil al silencio en relación al daño producido por las normas que establecen, entre otras, la heterosexualidad obligatoria, esas normas de actuación cotidiana, repetitivas, pragmáticas y productoras de taxonomías que organizan la vida social. La inocencia ya no solo opera, como veíamos con Berlant, como dispositivo de reproducción de la privacidad e intimidad heterosexual de la habitación matrimonial, también es «un poderoso artefacto de heterosexualización de las subjetividades [infantiles]»,

Preguntarnos acerca de las infancias dañadas por la heteronormatividad supone, paradójicamente, infligir un daño a la Infancia como artefacto biopolítico de la «inocencia», y abandonar el paradigma tutelar que instituye al niño como víctima. Concebir a lxs niñxs como titulares de derechos, tal como lo dispone la Ley N° 26.061 de Protección Integral de Derechos de Niñas/os y Adolescentes, implica pensarles en materia de sexualidades como sujetos de derechos sexuales y autonomía para el placer (Flores, 2015: 8).

4. Palabras finales

El valor de la infancia con respecto a la sexualidad en los discursos contemporáneos obliga a incorporar perspectivas que tomen en cuenta no solo las clásicas consideraciones sobre el poder vinculado al dispositivo de la sexualidad –aun tratándose de perspectivas críticas como la producción de Foucault o Kincaid– sino también los aportes

que la tradición feminista ha producido a lo largo del siglo XX para desmontar la distribución desigual de valores, legitimidades y eficacias de las oposiciones entre lo público y lo privado.

En esas tradiciones encontramos dos grandes autoras que nos permiten complejizar los análisis sobre la ciudadanía infantil en dos momentos históricos diferentes, y por ello, con continuidades y desplazamientos: por un lado, la emergencia del valor sentimental de la infancia a fines del siglo XIX y principios del XX, vinculado al alejamiento del mundo laboral de la infancia, a la configuración de la protección desde la conformación de la familia nuclear afectiva, y con fuertes clivajes de clase, mediante la emergencia de la escolarización obligatoria y del modelo de división sexual del trabajo. Por otro lado, la reconfiguración neoliberal de las fronteras público/privado en la emergencia de la *esfera pública íntima*, espacio de tematización y visibilidad pública de los discursos sobre la intimidad que ya no se enuncian en función de sostener un espacio de lo privado separado de lo público, como en el modelo anterior. Se trata de una fuerte configuración de la idea de ciudadanía que toma principalmente la enunciación de lo íntimo como bandera, y lo logra de manera más efectiva que la revolución sexual de los años 60. Esa puesta en escena estatal-global-mediática trastoca los términos mismos de una división entre el espacio público y el doméstico, puesto que la misma noción de ciudadanía infantil y su «protección» con respecto a las amenazas de la sexualidad son el medio central desde el cual se disputa el sentido de «lo público». Lo íntimo, ese conglomerado de complejidades del capitalismo liberal, deviene la medida de acceso a la ciudadanía, la sexualidad es la matriz de producción de legitimidad de una persona para la vida pública.

Esto no quiere decir que «la sexualidad» esté sola en la producción de un dispositivo de la emocionalidad pública como medida de ciudadanía, al contrario, es la propia centralidad de la sexualidad la que ha desplazado, siguiendo a Berlant, otras dimensiones de la desigualdad, por ejemplo la discusión sobre las demandas de flexibilización laboral. Es decir que se trata de una nueva configuración, desafiante y compleja, que pone en juego y reordena los clivajes de raza, clase, género, sexualidad, edad, entre otros, para pensar la ciudadanía global.

La heteronormatividad como principio regulador de las culturas sexuales legitimadas, permea los sentidos de lo social en nombre de la protección de la pequeña niña vulnerable. La heteronormatividad, como posteriormente Berlant desarrolla junto a Warner, no solo se trata de prejuicios o fobias contra gays o lesbianas, tampoco es una ideología propia (Berlant y Warner, 2002). Se trata de un dispositivo que anuda la privacidad como medida de lo público y articula un modo temporal en el que el futuro de la nación se sitúe justamente allí, en el espacio de lo íntimo. Se trata de un orden mundial –del mundo globalizado– que entiende a la ciudadanía de modo privatizado y sentimental, regida por discursos sobre la intimidad. Y en ese modelo, la infancia es un ideal regulatorio, opera como dispositivo de la inocencia, ciudadano fetiche, la contracara del daño, la violencia. La infancia es confinada a un espacio de lo pre-político y cultural, entendida por fuera de la trama social, y a la vez ocupa un lugar central: en su nombre, la protección, y a la vez, el total alejamiento de la consideración de su ciudadanía en términos propios.

La ciudadanía en los términos en los que se inaugura en la era Reagan se trata de un nuevo dispositivo político-cultural-masivo que implica el paso no excluyente pero sí predominante de la noción de la política en el sentido estricto hacia la de cultura, del Estado a la nación, de la racionalidad a la sentimentalidad, de lo íntimo a lo masivo, de la conciencia a la emoción, de la universalidad de «lo público» a la universalidad de «lo privado», de lo objetivo a lo subjetivo, del adulto trabajador al niño vulnerable, de la transformación social a la transformación de los sentimientos, de condiciones de desigualdad a la excepcionalidad del dolor social masivo, de demandas ciudadanas de lesbianas, mujeres, desocupados o negros a la definición del ser persona del feto santificado y homogéneo, de lo común a lo individual.

Este proceso de privatización de la ciudadanía se da en muchos sentidos, las privatizaciones generalizadas del neoliberalismo achican lo público a un mínimo, se produce la reducción inédita del Estado, contrariamente al siglo XIX, y sin embargo, el carácter masmediatizado de la privatización solapa y confunde «lo público» con «lo masivo» y cambian los regímenes de visibilidad de la esfera pública íntima, regida por la industria cultural.

Berlant nos lleva a preguntarnos no solo por el peso específico de la producción de la infancia en los discursos sociales hegemónicos, también nos impulsa, al modo de Zelizer, pero desde nuevas coordenadas, a analizar si las reflexiones sobre los cambios en la intimidad, ligados generalmente a estudios sobre la cultura y las subjetividades, deben seguir desligadas de análisis sobre la ciudadanía, sobre los ámbitos económicos y las definiciones de los derechos y estatalidad en la esfera pública íntima en la que habitamos.

Notas

¹ Si bien la tesis sobre el «descubrimiento» de la infancia de Phillippe Ariès (1987 [1960]) ha sido ampliamente criticada por la universalización de una hipótesis histórica y el uso cuestionable de las fuentes, sin embargo nos permite explicitar el carácter inherentemente contingente de la categoría de infancia, que se trata de una construcción social que varía a lo largo del tiempo y, principalmente, por el vínculo que establece con el ámbito de lo emocional/afectivo. Nos interesa ese punto específicamente, y no ingresaremos en las discusiones en torno al gradualismo histórico y la veracidad, que puede rastrearse en el apartado «The child» en Kincaid (1992), entre otros lugares.

² Se ha dado en llamar «giro afectivo» a la tendencia de las investigaciones en el ámbito de las ciencias humanas y sociales que a partir de la década del 90 comienzan a incorporar reflexiones sobre el orden de lo afectivo/emocional vinculadas a las relaciones de género, a partir de dos obras fundantes como son *Touching feelings* (2003) de Sedgwick y *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation* (2002) de Massumi, de raigambre deleuziana-spinoziana. Relativizando la operación de «novedad» de la emergencia de este campo, inscribimos las discusiones en una tradición más amplia, más larga e ineludible como es la de las reflexiones feministas que pusieron en cuestión la producción de la división razón/pasión desde mucho antes. Para «giro afectivo» y feminismos, cfr. Macón, 2013; Roqué López, 2018.

³ «... what we have done for that child is not a drop in the bucket compared to what it has done for us -the experiences, joys, emotions... it has put into our lives...». Citado en Zelizer (1985: 170).

⁴ La llegada del 1800 en Europa se produce con la instalación de un gran debate en torno a temas referidos a la mujer y su estatus y posición particular en la sociedad. El debate estará presente durante todo el siglo XIX. La Revolución francesa, ocurrida pocos años antes, instala en el discurso social la retórica de la igualdad de los seres humanos pero sin dejar de construir, en el mismo acto, grandes contradicciones, específicamente en el ámbito de lo público. Si bien las mujeres son consideradas como parte de la humanidad, saltan a la vista relaciones paradójicas entre las dicotomías público/privado y sus series concatenadas de sentidos. El discurso social estaba dividido en aguas: aquello del orden de lo privado se correspondía con lo particular e individual, excluido de la ciudadanía,

lugar otorgado a la mujer; y lo considerado de orden público se estimaba correspondiente a los intereses generales de la nación, espacio por excelencia del ejercicio de la ciudadanía, lugar otorgado al hombre (Boria, 2009).

⁵ El trabajo de Eva Illouz en el libro *Intimidades congeladas* (2007) marca la transformación de lo que ella llama un «capitalismo emocional» más cercana a la década del 60, y entiende que las prácticas y discursos emocionales y económicos se configuran mutuamente produciendo una centralidad del afecto en la vida social. Gran parte de ese proceso estuvo relacionado, según Illouz, a la psicologización de la sociedad: la impregnación de la sociedad de la gramática psicoanalítica freudiana, que puso a la sexualidad en el centro de la escena. Se inaugura un «estilo emocional» que redefine las maneras de comprender al yo y su relación con los otros, la imaginación interpersonal. Aquí hay una línea de investigación teórica interesante de continuar en la comparación de la perspectiva de ambas teóricas.

⁶ Cabe mencionar la sintonía del trabajo de Berlant con Sedgwick en su reflexión sobre la vergüenza (1999). Al contrario de Berlant que se concentra en el optimismo, Sedgwick pone a la vergüenza en el centro de su análisis, y se propone desandar la articulación «pasiva» e «inactiva» que se asocia a dicho sentimiento.

⁷ En la década del 90, Berlant cita la explosión mediática del horror desatada por la información de casos de niñas trabajadoras esclavizadas en fábricas textiles clandestinas, y organiza su análisis en torno a la figura del niño trabajador. Sin que ese caso haya perdido vigencia, traemos otro ejemplo más cercano a nuestra «actualidad»: el escándalo suscitado por la imagen del cuerpo del niño sirio Aylan Kurdi fallecido en las costas turcas en el marco de la crisis humanitaria en Siria. Al respecto, y en consonancia con el planteo de Berlant, Llobet propone: «Las muertes son inconmensurables, un niño es el mundo entero. Pero sólo lo es a condición de que las lágrimas cimenten un concernimiento político y no sólo dramático. De la indignación y el dolor no se cosechan duelantes. Se cosechan espectadores» (Llobet, 2015: 1).

Además, quisiéramos destacar una línea que no hemos explorado en el presente pero que vale la pena mencionar. Berlant no solo analiza la configuración del «yo sintiente verdadero» en los discursos mediáticos, también es, según ella, un modo de aparición de las demandas de movimientos sociales propias de ese momento: el testimonio de la víctima como discurso de la verdad. Se podría establecer un puente de relaciones entre estos regímenes discursivos sentimentales que analiza Berlant con el trabajo de Pedro Cerruti sobre la emergencia de la «experiencia de la victimización» como figura hegemónica en la Argentina postdictatorial (cfr. Cerruti, 2015).

Bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México: PUEG.

Anastasia, Pilar (2018). «Erotización infantil y gramáticas afectivas:

- discursos sobre la infancia en la era 2.0». Artículo en prensa.
- Ariès, Philippe (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.
- Barna, Agustín (2012). «Convención Internacional de los Derechos del Niño - Hacia un abordaje desacralizador». *Revista Kairós*, Año 16, N° 29, mayo. [En línea] <http://www.revistakairos.org/convencion-internacional-de-los-derechos-del-nino-hacia-un-abordaje-desacralizador/>
- Beauvoir, Simone de (2005). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Berlant, Lauren (1997a). «Introduction». En L. Berlant, *The queen of America goes to Washington city. Essays on sex and citizenship*. Durham & London: Duke University Press.
- Berlant, Lauren (1997b). «The Theory of Infantile Citizenship». En L. Berlant, *The queen of America goes to Washington city. Essays on sex and citizenship*. Durham & London: Duke University Press.
- Berlant, Lauren (1997c). «Live Sex Acts». En L. Berlant, *The queen of America goes to Washington city. Essays on sex and citizenship*. Durham & London: Duke University Press.
- Berlant, Lauren (1997d). «America, 'Fat; the Fetus». En L. Berlant, *The queen of America goes to Washington city. Essays on sex and citizenship*. Durham & London: Duke University Press.
- Berlant, Lauren (1999). «Subject of true feeling: pain, privacy and politics». En Sarat y Kearns (Eds.), *Cultural Pluralism, Identity Politics, and the Law*. Estados Unidos: The University of Michigan Press.
- Berlant, Lauren (2012). «Optimismo cruel». *Debate Feminista*, Vol. 45, marzo, pp. 107-135.
- Berlant, Lauren; Warner, Michael (2002). «Sexo en público». En Mérida Jiménez, *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*. Barcelona: Icaria.
- Boria, Adriana (2009). *El discurso amoroso. Tensiones en torno a la condición femenina*. Córdoba: Comunic-Arte.

- Cerruti, Pedro (2015). *Genealogía del victimismo. Violencia y subjetividad en la Argentina postdictatorial*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- flores, valeria (2015). «Afectos, pedagogías, infancias y heteronormatividad. Reflexiones sobre el daño». *XX Congreso Pedagógico UTE*. [En línea] <http://educacionute.org/wp-content/uploads/2016/05/Afectos-pedagogias-infancias-heteronormatividad-PONENCIA-2.pdf>
- Foucault, Michel (2007). *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Friedan, Betty (2009). *La mística de la feminidad*. Valencia: Cátedra.
- Grinberg, Julieta (2010). «De “malos tratos”, “abusos sexuales” y “negligencias”. Reflexiones en torno al tratamiento estatal de las violencias hacia los niños en la ciudad de Buenos Aires». En Villalta (Comp.), *Infancia, justicia y derechos humanos*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Illouz, Eva (2007). *Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires: Katz.
- Kincaid, James (1992). *Child loving. The erotic child and the victorian culture*. Londres: Routledge.
- Llobet, Valeria (2015). «La infancia y su gobierno: una aproximación desde las trayectorias investigativas de Argentina». *Política & Trabalho Revista de Ciências Sociais*, N° 43, julho/desembro, pp. 37-48.
- Macón, Cecilia (2013). «Sentimus ergo sumus. El surgimiento del giro afectivo y su impacto en la filosofía política». *Revista Latinoamericana de Filosofía Política*, Vol. II, N° 6. Buenos Aires, Argentina. ISSN 2250-8619.
- Massumi, B. (2002). *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*. Durham: Duke University Press.
- Roqué López, Camila (2018). «En lo que afecta al consumo y a los fans: figuras marginales en Sedgwick y Massumi». En este mismo libro, p. 103.
- Sedgwick, Eve Kosofsky (1999). «Performatividad queer. The art of the novel de Henry James». *Nómadas*, N° 10, abril, pp. 198-

214. Universidad Central, Colombia.
- Sedgwick, Eve Kosofsky (2003). *Touching Feelings: Affects, Pedagogy, Performativity*. Durham: Duke University Press.
- Staten, Henry (1984). *Wittgenstein and Derrida*. Lincoln & London: University of Nebraska Press.
- Stoler, Ann Laura (1995). «Domestic subversions and children's sexuality». En A.N. Stoler, *Race and the education of desire. Foucault's history of sexuality and the colonial order of things*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Williams, Raymond (2000 [1977]). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones La Península.
- Zelizer, Viviana (1985). *Pricing the priceless child. The changing social value of children*. Estados Unidos: Basic Books Inc.

Sujetos del exceso: emociones e identidades sociales

Adriana Boria

Según los diccionarios, el exceso es lo que se sale de los límites de lo normal o de lo lícito, y su significado se puede extender a superabundancia, demasía, superávit, sobra, colmo, sobrante, exageración, abuso, violencia, desorden, libertinaje, etc. Pero la palabra del diccionario siempre resulta inanimada o muerta. Su resignificación en la cultura obedece a situaciones fortuitas, e inexplicables. Es tarea del analista señalar esas apariciones –en este caso del exceso– para dar nombre a situaciones equivalentes: el abuso, la violencia, el colmo.

Este trabajo se propone demostrar la permanencia –en nuestra cultura– de matrices o estructuras del sentimiento (Williams, 1997) que situamos en el siglo XIX. Por supuesto que tales permanencias aparecen en la cultura con otros significantes y con lecturas situadas en los contextos contemporáneos. Sin embargo es posible identificar líneas de sentidos que nos reenvían a épocas pasadas. Otro aspecto que nos parece pertinente es comprobar la productividad –desde el punto de vista de la comprensión de ciertos problemas sociales– de la reutilización de categorías literarias para nombrar fenómenos socioculturales en la actualidad.

En una rápida apreciación, se podría decir que el exceso es un rasgo presente en la sociedad del siglo XXI. Pero en este tiempo, el exceso se manifiesta en la profundización de las diferencias negativas. Si extendemos esta operatoria al campo social, podemos hablar de políticas del exceso que tienen su concreción o materialización en las violencias de todo tipo: las pobrezas, las agresiones, los asesinatos, las muertes. ¿Cómo nombrar esto que nos preocupa, esto que está sucediendo pero que no podemos apresar en una palabra, o en

un ensayo, o en un conjunto de enunciados? Se podría decir que esta situación de búsqueda de expresión, de anhelos siempre incompletos, ha sido un estado de permanencia para los seres humanos, al mismo tiempo que un motor de transformaciones.

Con esta idea que manifiesta una cierta persistencia, es que vuelvo a pensar cómo, categorías que provienen del campo del arte nos ayudan a resolver algunos enigmas de la sociedad contemporánea.

Por caso, hay géneros literarios que destacan en su programa estético diversas figuras del exceso. Tales son el gótico y el romántico¹.

Esta vez, pensamos estos problemas en el marco de lo que hoy se denomina «giro afectivo». Según lo hemos expuesto en otras oportunidades, entendemos por tal la iniciativa teórica de situar a los sentimientos, a las emociones y a los afectos², como dimensiones que permiten explicar las actuaciones de los sujetos en el ámbito de una teoría social. Así por ejemplo el caso del amor: una emoción situada tradicionalmente en el ámbito de lo íntimo se traslada al ámbito público para pensar los efectos sobre los sujetos.

En esta búsqueda de comprender –aunque sea solo una comprensión limitada– algunos temas acuciantes de la sociedad contemporánea, tomaremos aquí dos movimientos literarios cuyos tópicos y visiones del mundo persisten a manera de elementos residuales (Williams, 1997) aflorando en determinadas circunstancias históricas y reubicando temas o estereotipos, o formas arcaicas, o personajes. Como ya lo adelantamos al comienzo de este trabajo, nos referimos al gótico y al romanticismo. Básicamente relacionamos el gótico o lo gótico con el orden de la oscuridad, de la sin razón, de las emociones violentas. Contemplamos esos paisajes góticos con fascinación y temor. Sin duda el gótico se corresponde con la irrupción de sentimientos y emociones ambivalentes y paradójicas. Pero hay otro movimiento que se caracteriza por el despliegue y la puesta en lenguajes de los factores emocionales: el romanticismo. Asociamos a este último con desgracias amorosas y destinos mórbidos debido sobre todo a la prevalencia de factores irracionales en las relaciones amorosas.

Por ello utilizamos estos nombres conjuntamente: romántico gótico, para indicar el cruce entre dos movimientos que provisoriamente denominamos tradición gótica y tradición romántica. Con ello queremos subrayar –y es esta la principal hipótesis de trabajo– la permanencia en nuestro siglo XXI, de escenas gótico románticas que reconocemos en fenómenos socioculturales diversos. Romanticismo y gótico poseen rasgos comunes, particularmente aquellos que se refieren a la preeminencia de las emociones y consecuentemente la irracionalidad en los vínculos socioafectivos. Uno de estos rasgos nos parece revelador para pensar las violencias y en especial las violencias de género. Nos referimos a la figura del exceso. Para acentuar su carácter activo y eficaz en los juegos identitarios hablamos de «políticas del exceso». Por políticas del exceso entendemos esta suerte de programa estético en los movimientos mencionados que se realiza en la representación repetitiva de experiencias en los límites existenciales y culturales. Estos rasgos se despliegan y se concretan en textos de la cultura, como también en las formas de acontecimientos narrativos y en los personajes creados. Por ejemplo, en el gótico, el exceso en la crueldad, el terror, etc. En el romántico, el exceso relativo a lo que se denomina la pasión de amor. Si nos detenemos en el siglo XIX, época de esplendor del romanticismo, pero también renacer del gótico, podemos dibujar un arco que relacione *Frankenstein* (Mary Shelley, 1818), *La dama de las camelias* (Alejandro Dumas, 1848) y *Drácula* (Bram Stoker, 1897).

En ellas encontramos escenas cuyo carácter híbrido ejemplifica la confluencia de las tradiciones gótica y romántica³. En el siglo XIX amor y pasión eran prácticamente sinónimos, impregnados como estaban de las marcas negativas relacionadas con la irracionalidad y el dominio de las emociones. Recordemos al paso, que estas eran cualidades femeninas que junto con otras daban cuenta de los roles y funciones de «las mujeres». Las pasiones amorosas transcurrían en salas luminosas, pero también en recintos oscuros y en paisajes infinitos. La muerte acudía prontamente para aquellas heroínas que transgredieron los límites de los amores lícitos. Si tomamos al conjunto de novelas de la época podemos ver en aquello que Angenot denomina «el novelesco generalizado» –donde el autor subraya el impacto que tenía la novela en el imaginario de la época– un efecto discursivo

con un mensaje muy claro: castigo para las trasgresoras aquellas que se animan a amar desenfrenadamente. Pero si bien estos castigos funcionaban como ejemplos y advertencias relativas al comportamiento de las mujeres, al mismo tiempo regulaban y distribuían roles para esto que se denominó «la condición femenina». Así, crímenes, asesinatos y violaciones de mujeres eran una constante en la mitad del siglo XIX⁴.

Estos testimonios de las narrativas del siglo XIX se presentan como síntomas de problemas sociales que hoy sabemos y nombramos como discriminaciones de género, pero también evidencian el papel central de las emociones: la pasión amorosa se presenta en varios textos narrativos como un dispositivo de construcción de subjetividades con marcas y roles de género. Lo notable es que el sentimiento amoroso era permeable a situaciones de violencia extrema cuyas consecuencias eran en muchos casos la muerte o el suicidio. Así señalamos una figura nuclear que permite el rastreo de vestigios del gótico: el «exceso» como actitud de los personajes en estas zonas irracionales de la pasión amorosa. Aquí recuperamos lo gótico para señalar la tensión extrema relativa a las normas sociales, pero en especial a los sentimientos amorosos. Así vemos lo gótico en escenas de *Drácula* (1897) y su historia de amor, pero también en *Frankenstein* (1818) y en fragmentos de *La dama de las camelias* (1848). En suma llamo gótico romántico a aquellas producciones que hacen del exceso una recurrencia tropológica y que mezclan amores y muertes como programa narrativo.

A partir de esta suerte de genealogía literaria me animo a pensar cómo estos significantes que explicaron otras situaciones históricas pueden ser «traducidos» a nuestro contexto contemporáneo. Utilizo la palabra traducción en el sentido lotmaniano, como un trabajo semiótico, o sea la traslación del sentido de un texto A, a un texto B, pero también como un mecanismo básico en la concepción de cultura como «memoria no hereditaria de una colectividad» (2000: 173). Para Lotman, sin una traducción constante de textos no sería posible la existencia de una cultura puesto que esta operación permite la trasmisión de información y su permanencia. De esta forma podemos ver en «los textos de la cultura», en este caso en la producción mediática de la actualidad, la «traducción» con la presencia de

elementos que provienen del gótico romántico. Si tenemos en cuenta sus efectos sobre el imaginario colectivo del presente, podemos afirmar que constituye un dispositivo semejante al «novelesco generalizado» ya mencionado anteriormente.

Géneros mediáticos, géneros literarios y gender

De esta manera, se podrían pensar las violencias de género (gender) y en particular los femicidios expuestos en los discursos mediáticos en la actualidad como adscriptos al género gótico romántico. Veo aquí una intersección de géneros literarios (romántico y gótico), el género periodístico y el género (sexual) concepto propuesto por Camila Roqué (2013)⁵ que nos resulta útil para situar nuestra reflexión.

Esta idea de intersección conecta campos de sentido que al mismo tiempo poseen referentes propios: por un lado «gender» señala ciertas marcas de sexualidad que constituyen una clase de sujetos, y por el otro, «género» (literario, periodístico) señala un conjunto de competencias y saberes para cierta clase de receptores: en este caso excesos que conducen a la muerte.

¿Cuál es la productividad o la pertinencia de estas hibridaciones? Tal vez nos permitan proponer algunas hipótesis respecto de ciertos excesos (la pasión de amor, la muerte como poder) como pasibles de construcción de identidades sociales cuyos efectos subterráneos legitiman los femicidios. Esto es, el acto amoroso contiene en sí mismo su germen de destrucción, pues trae a la superficie de los sujetos los deseos más oscuros y la irracionalidad más regresiva. Afectos y emociones son motivo de excitaciones negativas que retrotraen a los sujetos a épocas de barbarie. La vieja dualidad del doctor Jekyll se adecua a los tiempos actuales. En este sentido recordamos que la estrategia de contar historias que provoquen miedo o conmoción no es nueva, ya desde la narrativa que citamos, y posteriormente en el cine y los medios. Igualmente, se han desarrollado amplias investigaciones que dan cuenta de la efectividad social del miedo.

Por otro lado, en consonancia con las investigaciones que provienen de la escuela de Marc Angenot vamos a considerar cómo las significaciones de los productos culturales se producen en la dinámi-

ca inter y trans discursiva. Esto es, si bien partimos de textos particulares vemos los efectos de conjuntos discursivos. Así buscamos regularidades y delimitamos un corpus de noticias que agrupamos bajo el tópico de «femicidios». Con una idea semejante a la de formación discursiva pensamos en un dispositivo mediático que reconstruye figuras del gótico romántico promoviendo un doble movimiento caracterizado por la ambivalencia desde el punto de vista de sus efectos de significación. Aquí, sin embargo, no tomaremos esas «masas discursivas» sino que nos limitaremos a mostrar algunos ejemplos que nos permitan proyectar algunas reflexiones.

Aclaremos además que nuestro trabajo se focaliza en Córdoba, en el periódico *La Voz del Interior*, uno de los más viejos de la provincia y de mayor tirada. Se sabe además que este periódico pertenece al Grupo Clarín⁶.

A modo de ilustración, tomamos solo dos casos, que contienen descripciones de modos de actuar en donde son muy visibles las figuras del exceso manifiesto en la violencia sobre las víctimas.

Una aclaración más: las luchas del feminismo en crear la juridicidad para los casos de asesinatos de mujeres por sus parejas o maridos fue ardua pero consiguió visibilizar y legalizar situaciones de violencia que no podían sostenerse con el argumento de crímenes pasionales, con lo cual las penas eran muy débiles y los móviles justificados. Lo que trato de hacer aquí con estos materiales es escuchar lo que no se dice y ver cómo en estos periódicos se vuelven a poner en escena las pasiones y los afectos. Al mismo tiempo se oculta la intención y la acción, el asesinato. Como es imposible no conmovirse con tales hechos y negar la gravedad de los mismos, se sitúan las acciones en ese ámbito de lo privado íntimo en donde imaginariamente no pueden ser juzgadas las acciones de los seres humanos.

Uno de los primeros titulares que nos llama la atención es el siguiente:

Córdoba: la mitad de las víctimas de femicidios de 2016 convivían con su agresor. Los datos surgen de un relevamiento del Centro de Estudios y Proyectos Judiciales del Tribunal Superior de Justicia de Córdoba (TSJ) sobre 23 casos del año pasado (*La Voz del Interior*, 25 de abril de 2017).

En la misma noticia encontramos el gráfico siguiente:



Fuente: *La Voz del Interior*, 25 de abril de 2017.

El gráfico da cuenta de información ya conocida por las organizaciones feministas. Los vínculos íntimos propician / permiten mayor cantidad de femicidios. ¿Cómo, con qué matiz tan especial un ser humano decide matar a otro con el/la cual sostenía una relación afectiva, carnal, casi exclusiva? ¿Qué hay en un estado de la sociedad, que posibilita, incita estas acciones?

Villa María conmovida: 3 femicidios en cuatro meses
(27 de abril de 2017)

El 15 de enero, Franco Benítez (35) golpeó y asfixió por estrangulamiento a María Luján Aguilera (34), que lo había ido a visitar a la cárcel. Tras matarla, se suicidó en su celda. El 13 de marzo, Alicia Copa (48) fue muerta de un balazo por José Angeloni (45), quien con la misma arma se quitó la vida. Este 22 de abril, Alan Barrios (21) está acusado de golpear y estrangular a Tamara, para más tarde quemar el cuerpo. Las tres eran madres de Villa María. Cuatro pequeños niños quedaron huérfanos. Y la comunidad, azorada.

¿Crímenes pasionales? Hay aquí escenas que se repiten de asesinato y suicidio en el marco de relaciones afectivas. ¿Historias de amor? Tal es la presentación que puede interpretarse en los diversos artículos.

Un tópico específico del género gótico literario y que aquí es reiterativo es el tratamiento que se hace del cuerpo: en las escenas literarias los cuerpos son destrozados, desarticulados. El ensañamiento brutal que conduce a la muerte es moneda corriente pero el asesino violador o perverso –en los textos de ficción– no oculta el cuerpo, sino que lo expone a modo de espectáculo, en muchos casos como símbolo intencional de un castigo. En los artículos que transcribimos a continuación, en cambio, el asesino desgarrá, según el diario, para ocultar, casi como en un falso policial, para «tratar de borrar pistas de lo ocurrido» e intenta no ser descubierto. Pero hay una acción, que podemos denominar «desfiguración», indicativa de otra intención que relacionamos con un intento de deshumanización de las asesinadas «quemaron partes del cuerpo», «fue asesinada y descuartizada», «golpeada con un martillo».

Ya son tres los detenidos en la causa del femicidio de Tamara Córdoba. Un joven de 21 años fue capturado acusado de encubrimiento calificado
(5 de mayo de 2017)

Villa María. Un joven de 21 años fue detenido a primera hora de este viernes, sospechado de estar vinculado al femicidio de Tamara Córdoba. En un allanamiento realizado en barrio Los Olmos fue apresado por encubrimiento calificado, a partir de una orden emanada por la fiscalía de tercer turno a cargo de René Bosio. Este es el tercer detenido por esta causa. El primero fue Alan Barrios (21), acusado de ser el autor material del crimen. Quedó tras las rejas desde la mañana del martes 25 abril, horas antes del hallazgo del cuerpo de Tamara, en un descampado en Villa Nueva. El segundo detenido había sido un hombre de 37 años, también radicado en barrio Los Olmos de Villa María, por el cargo de encubrimiento agravado. Los dos acusados de encubrimiento habrían acompañado a Barrios, horas después del crimen, a tratar de borrar pistas de lo ocurrido, para lo que **quemaron partes del cuerpo** de Tamara.

Caso Ana Rosa Barrera: hallan mazas y cuchillos en la casa del acusado

(5 de junio 2017)

Intentan determinar con qué herramientas fue asesinada y **descuartizada** Ana Barrera. Ferraretto, quien admitió el crimen, solía tirar basura en el lugar donde apareció el cuerpo. Varias mazas y cuchillos de distinto tamaño, entre otras herramientas, fueron secuestrados en las últimas horas en la vivienda de Marcelo Ferraretto (51), el hombre que admitió haber asesinado a su pareja, Ana Rosa Barrera (46). La mujer, quien se encontraba desaparecida, fue encontrada descuartizada y enterada, el pasado viernes, en un basural de las afueras de Córdoba capital, a la vera de la ruta 5, rumbo a Alta Gracia. Se sospecha que fue asesinada a **golpes en la cabeza**.

Esta intención de borramiento de la figura humana es una característica frecuente de los casos de femicidios que nos permite pensar a modo de hipótesis en «políticas del exceso». Pero el exceso no se da solo en estas actuaciones violentas, sino que incumbe al funcionamiento mismo de la discursividad social del momento. Anteriormente expresamos que mirábamos los discursos no en su aislamiento sino en su constante remitir del uno al otro. Traíamos así la idea de «formación» como ese trabajo interdiscursivo que produce efectos de significación generales y constantes. En este caso los discursos sobre los femicidios aparecen en un periódico local y se reiteran en el conjunto de los diarios y también en los diversos medios: TV, internet, radio, etc. Toda esta discursividad se propone como excesiva: podemos marcar esta estrategia no solo por la profusión del discurso sobre la violencia sino por los efectos de sentido que dejan una huella paradójica y contradictoria: la emoción excesiva, la incertidumbre, la ambivalencia. Pero también el miedo. Tal vez podríamos agregar como otro aspecto paradójico, que el discurso mediático denuncia el femicidio pero manejando el esquema de crimen pasional. Aquí podríamos marcar la memoria de los enunciados y la presencia de típicos matrices decimonónicas.

Así, la pregunta sobre la violencia me sitúa en un espacio de miedos que se acercan al terror (efectos también de los géneros lite-

rarios mencionados anteriormente) y a la vez, la presencia de estas emociones me expone a una posición oscilante entre una imposible racionalización y una necesidad de explicación: ¿una teoría de la violencia? Por otro lado compruebo la eficacia de las emociones en la construcción de ciertas identidades sociales. El victimario y la víctima, roles sociales/sexuales estereotipados, se proyectan en el espacio público de la prensa sin un marco ético que los contenga. La función social de los medios se aclara entonces: afectos, amores y vínculos se despedazan y despliegan castigos ejemplares. Ellos se plasman en las dimensiones pasionales emotivas para borrar a los otros y dibujar una identidad solitaria, autista y torpe; y por ende violenta.

Notas

¹ En otros trabajos propuse tomar el género gótico como una categoría que nos permitiría algunas explicaciones. En esa búsqueda encontré que el término adecuado para aprehender esa situación debería asociarse a significantes que movían al terror, al miedo, a la oscuridad, al misterio. Así fue que el gótico como estilo pero también como corriente existencial pareció ser el adecuado. Inmediatamente apareció la hipótesis: el mundo en el que vivimos es un mundo gótico. Por supuesto no pude no hacer asociaciones con las competencias literarias: Lovecraft, *Los mitos de Cthulhu* (1926); James, *Otra vuelta de tuerca* (1898); Poe, «El corazón delator» (1843). Todas ellas me reenvían a un mundo donde la violencia, la muerte, lo ominoso es moneda corriente. ¿Acaso el mundo en el que vivimos posee caracteres semejantes a los de aquellos mundos de ficción? Es la vieja pregunta de James y de tantos otros: ¿la ficción copia al mundo o el mundo copia a la ficción? Sería muy temerario afirmar tal cosa. Pero mi competencia semiótica me dice que sí hay un punto por el que podríamos hacer una comparación. Ese contacto son las normas o los códigos que rigen los mundos de ficción. Al igual que ellos nuestro mundo posee códigos. Tal vez la violencia es una violación a códigos primarios instituidos en una sociedad. Tal vez los códigos no sean tan homogéneos, y ¿quizás la violencia solo sea un intento de retorno a un viejo código genérico ya violado por las luchas y los reclamos? ¿Tal vez las violencias contra mujeres y trans y demás violencias en el eje de la sexualidad sean tan solo un intento de regresión a lo antiguo, a lo perimido, a lo in actual? Con todas estas dudas, tomo el término gótico, me acomodo en ese significante y puedo entonces jugar a conjurar los terrores y los miedos del presente.

² Los sentimientos para nosotros corresponden al espacio de las emociones estandarizadas en un preciso momento histórico. Mientras que los afectos y las emociones se sitúan en el espacio menos aceptado por las normas y por ello poseen un estatus de mayor libertad.

³ Por ejemplo en *La dama de las camelias*, la descripción detallada del cuerpo de Margarita, tiempo después de su muerte.

⁴ Un ejemplo paradigmático en la narrativa de la época es *Carmen* (Prosper Mérimée, 1847) cuya historia es solo conocida como una historia de amor que termina en el asesinato de Carmen por parte de su amante y que difícilmente se recupera como una historia de búsqueda de libertad por parte de la protagonista femenina.

⁵ Roqué menciona una intersección dual. Pero lo interesante es la operación que realiza la autora al relacionar género y gender y el desplazamiento de la mirada que ello origina.

⁶ Las notas en las que nos basamos fueron extraídas de la edición digital del mismo diario en el año 2017.

Bibliografía

Angenot, Marc (1989). *1889 Un état du discours social*. Quebec: Ed. Le Préambule.

Lotman, Jury (2000). *La semioesfera. Semiótica de las artes y la cultura*. Valencia: Frónesis, Cátedra.

Roqué López, Camila (2013). *Performatividades en encrucijadas genre / gender pertenecientes a la cultura masiva: las configuraciones de las identidades sexuales en el género yaoi - shounen ai*. Tesis de Licenciatura en Letras Modernas, Universidad Nacional de Córdoba.

Williams, Raymond (1997). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ed. Península.

Sexo y afectos.

Acerca de la configuración del posicionamiento docente en los discursos de la Educación Sexual

Facundo Boccardi

La escuelita de mujer está como débil lamparilla manteniendo la luz de la civilización [...] una mujer es [el] maestro más adecuado para la inteligencia infantil [y el] juez más indulgente para sus fallas [...] supliendo con perseverancia y amor lo que de instrucción les falta, estas mujeres por precios ínfimos dan a la niñez los primeros rudimentos de instrucción. [gracias a] las cualidades de su sexo, que son la blandura y la paciencia, aquellas mujeres vendrían a llenar un vacío inmenso en los sistemas de enseñanza que han fracasado hasta hoy [...]

Domingo F. Sarmiento, *La educación popular*, 1849

1. Introducción

El avance de los derechos relativos a la sexualidad que ha constituido una demanda persistente de los movimientos socio-sexuales durante los últimos 50 años, ha llegado de manera reciente y parcial a las escuelas argentinas. La ley nacional de Educación Sexual Integral (en adelante ESI) sancionada en este país hace más de una década produjo una articulación inédita en el sistema jurídico argentino entre el derecho a la educación y los derechos sexuales y (no) reproductivos. Inscripta en un dispositivo sociohistórico de alcance nacional que ha recibido el nombre de «ampliación de derechos», la larga puesta en marcha de esta ley activó en las escuelas, de manera heterogénea, asistemática y a veces contradictoria, mecanismos de problematización que hicieron blanco en el denominado «cuerpo docente».

En términos simples, los relatos contados por los documentos de la ESI dan cuenta de un proceso de interpelación contracultural que llama a docentes y directivos a revisar críticamente las pautas culturales arraigadas en sus prácticas de enseñanza, sus posiciones

ideológicas y en la cultura escolar que inhiben el acceso de lxs estudiantes al goce pleno de los derechos sexuales y (no) reproductivos. La puesta en foco en lxs docentes durante esta etapa de implementación de la política pública nos lleva a indagar los modos y las intensidades que adquiere la interpelación de la ESI en las configuraciones de posicionamientos docentes que habilita la vida cotidiana de las escuelas. Justamente, el término «posicionamiento docente» consiste en una de las categorías que define el discurso de la ESI a partir de la puesta en relación de dos órdenes diferenciados: el personal y el profesional. La imbricación patémica de esta relación le otorga una complejidad que pretendemos indagar a lo largo de este artículo. Para ello, volveremos la mirada sobre el entramado afectivo que sostiene la configuración de la imagen de sí de docentes que han sentido en alguna medida la interpelación de la ESI.

2. Afectos docentes

Una de las tesis que circula en el discurso oficial del Programa Nacional de ESI¹ sostiene que para conseguir avanzar en la implementación en las escuelas no es suficiente el acceso a los conocimientos que componen la ESI por parte de lxs docentes, sino que es necesaria una revisión y una transformación del posicionamiento de estxs docentes. Por esa razón, los dispositivos masivos de capacitación docente implementados por este programa estuvieron explícitamente destinados a trabajar sobre «los saberes previos, las representaciones y los prejuicios» con el objeto de producir una conmoción o perturbación que tenga como efecto la transformación de las propias prácticas.

(...) que la gente pueda traer lo que sabe, lo que piensa, que pueda moverse un poco, en todo sentido, no solo mover el cuerpo sino también a través de un dispositivo que le haga pensar.

(...) cuando nosotros decimos perturbación es que las personas se queden pensando, traten de entender por qué piensan como piensan, qué cosas están en juego cuando se les aparece una posibilidad distinta a la que están acostumbradas (...)

(Entrevista a Mirta Marina referente del Programa Nacional de ESI).

Este diseño estratégico supone, por un lado, que lxs docentes se encuentran posicionados en un lugar no favorable a la implementación de la ESI y, por otro lado, que el posicionamiento no está hecho (solamente) de conocimientos. Con respecto a este segundo punto, cabe repasar el discurso de una tradición que ha definido a este sujeto de la modernidad:

El buen maestro es una combinación históricamente variable de vocación, cualidades morales, conocimiento pedagógico y conocimiento de contenido. Cada paradigma pedagógico y cada época histórica ‘dosifican’ de un modo diferente a cada uno de estos componentes (Tenti Fanfani, 1988: 196).

De acuerdo con este autor, esos cuatro componentes que permanecen desde la fundación del docente moderno son sometidos a criterios de dosificación que varían en relación a los patrones hegemónicos de cada momento. La primera mitad de estos rasgos –la vocación y la moral– forman parte de la herencia constitutiva de este sujeto laico y moderno proveniente de la figura del sacerdote católico (cfr. Tenti Fanfani, 1988: 234-235). Resulta interesante esta genealogía que vincula los aspectos morales y afectivos del rol docente a la tradición religiosa separándola de lo cognitivo-pedagógico propio de la tradición moderna profesionalizante, ya que precisamente el discurso de la ESI operará una suerte de secularización afectiva del rol docente mediante la separación de los componentes moralizantes.

Siguiendo el planteo de Tenti Fanfani con la intención de avanzar en una mirada contemporánea, aquel movimiento fundacional de la docencia moderna todavía adherida al privilegio moral-afectivo de su figura predecesora habría cedido ante los avances modernizadores de la historia argentina, dando lugar al modelo de docente iluminista regido por la certidumbre del conocimiento y el método. Así, se podría explicar, tal como sostiene Abramowski (2010, 2012), que desde un momento marcado fuertemente por la legitimidad de los *saberes psi* funciona una oposición que ubica a los «docentes de

hoy» del lado del afecto, la calidez y la comprensión frente a los «docentes de antes» caracterizados como fríos y rígidos.

La anterior afirmación nos lleva a sostener que la axiologización positiva de lo afectivo constituye un rasgo dominante en nuestras coordenadas espacio-temporales. Autoras como Illouz (2007) y Sibilia (2008) describen algunas características de las actuales sociedades capitalistas que ilustran la primacía de la afectividad tales como la creciente emocionalización de las organizaciones productivas y la valoración de la expresión del yo como rasgo tutor de la producción de identidades. En el campo escolar específicamente, los aprendizajes emocionales han adquirido una notable legitimidad durante los últimos años. Así, la «alfabetización emocional» se ha instalado como un procedimiento educativo que tiene como meta el «bienestar emocional» cuyo alcance aparece fetichizado en el espacio discursivo de la educación (cfr. Ecclestone & Hayes, 2009; Watkins, 2010).

Además de estas instancias que incluyen la afectividad de manera formal en los procesos escolares, durante las últimas décadas ha adquirido una relevancia significativa el discurso que define a la escuela como un espacio de contención de lxs estudiantes. Este aspecto si bien excede la dimensión afectiva, le otorga un lugar de mucha importancia. Sin embargo, a diferencia de la axiologización marcadamente positiva que recibía la afectividad en esa caracterización delx docente afectuosx, también circula en el discurso social una percepción que opone la afectividad docente al profesionalismo. Tal como lo ha abordado Abramowski (2012), el rasgo afectivo en la figura docente se presenta como elemento paradójal cuya axiologización, podríamos decir, obedece al funcionamiento de dispositivos específicos. Por esa razón, nos interesa examinar la configuración de la afectividad en la construcción operatoria del posicionamiento docente que funciona al interior del dispositivo de la ESI.

3. Posición e imagen: discursos de sí

Tal como hemos planteado más arriba, la estrategia privilegiada para interpelar a lxs docentes ha sido la implementación de dispositivos de capacitación diseñados con modalidades participativas y extendi-

dos por casi todo el país. A continuación recorreremos fragmentos de entrevistas que hemos realizado a docentes de los diferentes niveles del sistema educativo que han participado en estos dispositivos en la provincia de Córdoba.

De acuerdo con nuestra perspectiva teórica, consideramos que este conjunto de enunciados, como todo discurso, construye una determinada imagen de quien lo pronuncia. Esta imagen se presenta como el resultado de una interacción entre distintos aspectos que se ponen en escena sobre el sujeto enunciador en el proceso comunicativo. Siguiendo la terminología de Maingueneau, el ethos de un discurso resulta de una interacción entre ethos prediscursivo, ethos discursivo y ethos dicho (Maingueneau, 2010: 207). A lo largo del análisis, se pueden rastrear algunos elementos que dan cuenta del ethos discursivo puesto de manifiesto en los enunciados estableciendo posiciones identitarias homogéneas como la heterosexualidad cissexual y la docencia². Este último aspecto, también forma parte del ethos prediscursivo cuya explicitación ha sido desarrollada en la justificación de la selección de lxs entrevistadxs. Más allá de estas posibilidades analíticas, nos interesa en este punto centrarnos en la indagación de algunos componentes del ethos dicho que se presentan como evocaciones explícitas a la propia imagen de lxs locutorxs permitiéndonos trazar las figuraciones de docentes que se ponen en juego.

En este sentido, la tematización del rol docente en la implementación de la ESI en las escuelas pone de relieve un conjunto de atributos que establecen con mucha frecuencia una distinción entre las características atribuidas al propio desempeño del rol y al de lxs otrxs docentes.

Hay profes que por ejemplo bueno, vienen con su librito, cuadernito, tiza, lección oral y punto, hasta ahí quedamos. Lo que dice el programa, el concepto y terminó, punto. Y cumple su proyecto, porque él llega, él termina, entre medio no lo molestan nada, entonces vos por ahí decís, «¿para qué invento tantas cosas? ¿Para qué invento estrategias nuevas? ¿Para qué trato de armar un proyecto que los movilice? Si después no llego y termino frustrada». En cambio el que sigue con la estructura vieja sí lo termina, sí lo hace y termina el programa (Nancy).

(...) me encanta la educación, me encanta la escuela. Realmente a mí me preocupa lo que le... no sé si a los otros no les preocupa, pero como que yo me siento más identificada con mis alumnos, entonces por ahí pienso lo que a mí me hubiese gustado que fuese un docente conmigo cuando yo iba al secundario, poder hablar de un montón de temas que no se hablaban (...). Yo si tengo un tiempo libre y puedo hacer algo con los chicos de la escuela lo hago, y me siento mucho mejor que si hago algo para mí, y vengo al cole no por lo que gano en el cole sino porque me gusta estar en el cole (Leticia).

La principal característica que marca la distinción entre el rol docente propio y el de «los otros» radica en el compromiso con la tarea. Si en un caso lxs profesorxs se limitan a repetir la «estructura vieja» enseñando los contenidos de siempre con las estrategias de siempre movidos solamente por la remuneración, en el otro hay una preocupación por lxs estudiantes, una intención de movilizarlxs y un gusto por la escuela y por la educación. Mediante la oposición frente a lo viejo, al encasillamiento en estructuras tradicionales de la escuela, se presenta una imagen de lxs docentes caracterizada por el empuje, la responsabilidad, la curiosidad, el movimiento, la sensibilidad, la apertura, la empatía y la búsqueda permanente de crecimiento personal y profesional:

Yo soy inquieta, impaciente, curiosa (...) por aprender, por saber, yo sigo aprendiendo, aprendo de mis alumnos, me autoevalúo como docente, como persona (...) (Elena).

Yo he sido una mina que siempre he trabajado mucho, siempre me ha gustado estar haciendo cosas y estar en movimiento, siempre responsable de las cosas que hago (...) (Norma).

Me gusta escuchar y porque soy abierta (...). Me encanta, amo la docencia (Mercedes).

(...) soy tremendamente emocional, le doy mucha bolilla a lo que me llena y a lo que le puedo hacer bien al otro. Soy muy sensible. Percibo mucho de la otra persona (Mercedes).

(...) trato de mantener siempre una línea, ser educada, tratar de entender al otro. (...) me movilizan mucho cuestiones por ejemplo como estas, situaciones nuevas, cosas que me generen movimiento (Nancy).

(...) soy una de las que normalmente se mueve, que trata de buscar (Nancy).

Me gusta aprender (...) siento que desde ese entonces hasta ahora tuve la posibilidad de conocer gente que me abrió la cabeza y he crecido mucho en cuanto a eso, me falta muchísimo todavía, pero con ganas de progresar, de ser mejor persona (Agustina).

Este conjunto de rasgos nos permite dar cuenta de la figuración del docente que aparece definida y axiológizada positivamente en estos enunciados distinguiéndose contra las características arcaicas que no calificarían para el rol que exige la implementación de la ESI. En términos temporales, aunque la implicación afectiva con la docencia, la empatía con los estudiantes y la autodefinición en términos emocionales recuperan la vocación presente en la memoria discursiva desde la fundación secular de la figura de «la maestra» (cfr. Tenti Fanfani, 1988: 234-235), los rasgos que refieren a la proactividad, tales como la disposición al aprendizaje permanente, la autoevaluación y la búsqueda insistente por mejorar, establecen una clara articulación interdiscursiva con la axiomática de la autoayuda (Papaolini, 2015) regida por el emprendedurismo de sí mismo³ (Foucault, 2008; Rose, 1999).

En este sentido, tal como plantea el último fragmento citado, la búsqueda del progreso personal implica un trabajo permanente sobre sí mismo. El crecimiento involucra modificaciones actitudinales, cambios de perspectiva, abrir la cabeza, es decir que se trata de un trabajo de formación que opera sobre las emociones, las motivaciones y el posicionamiento personal.

(...) estoy en camino de crecimiento, de..., creo que soy bastante formal en muchos pensamientos y criterios, que también he hecho un proceso para ir aceptando y respetando las distintas diferencias que hay y que en este momento estoy en un

camino de lectura y de libros que tienen que ver con un crecimiento de la inteligencia emocional (Ivana).

(...) me defino como una persona que trata de ampliar su mirada de los otros, del mundo, de la vida, de la sexualidad, todo el tiempo, que no me paro en un solo lugar a mirar y a juzgar a los otros sino trato de que esa mirada sea cada vez más amplia e integrada con el otro (Pablo).

La ductilidad constituye uno de los rasgos centrales de esta figura que lxs locutorxs se atribuyen con mucha recurrencia a sí mismos. Esta característica no sólo constituye el soporte que les permite afrontar los cambios sino que constituye el núcleo de un yo cuyo desarrollo consiste en la búsqueda persistente de generar cambios sobre sí mismo. De acuerdo con las operaciones discursivas que construyen esta imagen de sí, a diferencia de ellxs, la mayoría de lxs docentes no disponen de esa flexibilidad yoica. En virtud de ello, no tienen interés en la ESI, no saben ni quieren saber y, fundamentalmente, tienen miedo. Por un lado, la inercia propia de las viejas estructuras que mencionábamos más arriba operaría como una dinámica que resiste la incorporación de «contenidos nuevos» o «enfoques diferentes». Y por otro lado, pero imbricando a ello, el miedo aparece como una pasión que bloquea el abordaje de algo nuevo en el marco de la configuración de un horizonte de consecuencias negativas posibles.

(...) por las nenas... hay un temor que si uno abarca los temas de sexualidad está incidiendo como... que va sobre la otra persona de alguna forma como despertando algo que no existe, o la seducción, o en el caso de los hombres tienen miedo (...) se ve como que se quiere aprovechar de los alumnos, hay temor por eso, es un tema que todo el mundo tiene miedo de tocar. (...) no todo el mundo se anima a hablar de sexualidad (...) (María Eugenia).

Y muchos profes todavía dicen «yo no sé cómo, no sé a dónde, yo no voy a meter la pata, yo no voy a hacer algo que yo no sé cómo hacerlo» (Leticia).

(...) Creo que no se sabe cómo encararlo. Yo creo que se tiene miedo.

Entrevistador: ¿Miedo a qué sería para vos?

Locutora: Yo creo que es miedo a los padres, miedo al ridículo, miedo al no saber contestar algo por ahí.

Entrevistador: ¿Al ridículo?

Locutora: Porque los chicos por ahí se te zafan mucho, hay profes que tienen miedo de tirar temas como este, porque por ahí medio que no los podés parar. Entonces por ahí en ir a la grosería, en ir a la vulgaridad (...) (Nancy).

Los objetos del temor que impide la acción en estos otrxs docentes hacen referencia, por un lado, a los efectos que podría provocar la enseñanza de contenidos relativos a la sexualidad en lxs estudiantes. En ese sentido, la educación sexual aparece como una práctica docente que podría despertar algo del orden de la sexualidad que se encontraría en estado latente en lxs estudiantes. La atribución de un poder sexualizante a la educación sexual que adelantaría el inicio de las relaciones sexuales en lxs estudiantes ha sido uno de los argumentos recurrentes del repertorio de la Iglesia católica contra la sanción de la ley y en otros momentos históricos⁴. Por otro lado, dicha sexualización aparece articulada con dos dinámicas escolares axiologizadas negativamente. En una de ellas, la educación sexual se asocia a una erotización del vínculo pedagógico que es designado como «seducción» y puesto en una relación de equivalencia con el aprovechamiento de lxs estudiantes. En la otra, el descontrol disciplinario, la grosería y la vulgaridad son considerados efectos posibles de esta práctica educativa. En todos los casos, los objetos del miedo se relacionan con el debilitamiento o la desviación del rol docente que produciría el abordaje educativo de la sexualidad. Puntualmente, el «miedo al ridículo» pone de manifiesto una amenaza a la identidad docente. De esta manera, la ESI es configurada como un dispositivo desconocido, peligroso e inseguro cuyos efectos pueden destituir un rol docente que funciona, en estos casos, como garantía identitaria.

En este sentido, los rasgos más relevantes de la oposición entre la figura que lxs locutorxs se atribuyen a sí mismxs y la que les atribuyen a lxs otrxs docentes delimitan dos posiciones frente a la

novedad –la aceptación y el rechazo– asociadas, al mismo tiempo, a dos pasiones: la curiosidad y el miedo. Sin embargo, esta distribución de rasgos no es taxativa ni homogénea, ya que el miedo junto a otras pasiones que reciben la misma valoración axiológica como la frustración, la tristeza y la incertidumbre también se presentan en lxs locutorxs autodefinidxs como proactivxs cuando relatan situaciones relativas a la vulneración de derechos visibilizadas en el marco de la implementación de la ESI.

Creo que por ahí asusta de encontrar, por ejemplo una alumna mía, uno descubre, pasaron los años, descubrieron que el padrastro abusaba, es muy duro encontrarte con eso, es difícil para el maestro, es triste, entonces a veces cuesta abordar esos temas, porque vos no sabés, todo lo que tiene que ver con lo emocional, lo que puede generar, que puede saltar estas cosas (...) lo desgarrador que significa eso (Ivana).

(...) yo el año pasado me sentí totalmente fracasada en ese aspecto, porque fue una zoncera cómo empezó y cuando empecé a indagar al niño surgieron otro montón, digo «¿qué hago? ¿Me quedo de brazos cruzados o hago algo?». Ese algo involucraba un montón de cosas, seguir investigando. Le pregunté a la psicóloga qué hacía y bueno, la psicóloga me decía que siguiera indagando pero esto se hacía cada vez más grande, más grande, más grande y bueno, desde parte de la directora, que hoy se lo agradezco, que me dijo «mirá, yo pararía todo acá, veamos qué pasa de ahora en más, si esto se repite, tengamos cuidado en los recreos, en los baños a ver si entre estos dos niños hay cosas raras, si no pasa nada, queda acá». Porque viste que los chicos también muchas veces fabulan, exageran, este chico es uno de ellos, bue..., pero me quedé con ese sabor amargo de que digo «¿y si había un abuso y no hice nada?» (Claudia).

El compromiso, la responsabilidad y la empatía que recuperábamos más arriba como rasgos autoasignados al interior de la figura delx docente proactivx aparecen en estos fragmentos articulados con pasiones negativizadas. Así, se pone de manifiesto el reverso de la implicación emocional y el compromiso afectivo con lxs estudiantes

que complejizan esta figura docente a la luz del abordaje de situaciones disruptivas en el marco de la ESI. La búsqueda de nuevos desafíos y la apertura emocional si bien se encuentran con mayor frecuencia articuladas a valoraciones positivas como el crecimiento, el aprendizaje y la mejora también se asocian a la tristeza, la frustración y desgarró. De esta manera, la clave que nos permite comprender esta figura docente que emerge en la tematización de la implementación de la ESI se puede encontrar en los sentidos atribuidos a la apertura afectivo/emocional. A partir de la oposición con la estructura rígida que hemos descrito, ellos remiten a la flexibilidad y, por ende, a las posibilidades de adaptación frente a la novedad, pero también a la vulnerabilidad ya que la apertura implica la posibilidad de ser afectadx, desgarradx, por elx otrx.

4. Inquietud

A más de una década de la sanción de la ley, si bien se han producido variaciones significativas en la configuración del espacio discursivo de la educación sexual persiste en la figura docente el signo de la falla. Tal como quería Sarmiento, el sistema educativo deposita en el cuerpo docente la responsabilidad y el compromiso para cumplir su función. Justamente, uno de los componentes programáticos del discurso oficial de la ESI consiste en el llamado al compromiso por parte de lxs docentes. A lo largo de este análisis, hemos constatado que los rasgos presupuestos en esta interpelación circulan en estos enunciados dando lugar a figuras diferenciales de docentes con su carga axiológica correspondiente. En la configuración de la propia imagen se traza, a su vez, la figuración de una imagen contrastante referida a lxs otrxs docentes. Entre los rasgos centrales de la imagen que aparece axiológizada positivamente se destacan el compromiso con la tarea y la búsqueda de crecimiento profesional. Estas características actualizan el ideologema de la vocación docente en una articulación que incluye, además, el plano de las emociones. Con respecto a ello, el miedo y la curiosidad entendida como pasión por el conocimiento circulan en estos enunciados distribuyendo las cargas axiológicas entre ambas figuras. Pero es justamente en este juego de

las emociones donde la carga valorativa de los rasgos autoasignados se torna inestable. El componente afectivo del compromiso y la flexibilidad expone a lxs docentes de la ESI también a los efectos negativos de la relación pedagógica visibilizando, de esa manera, la complejidad de esa posición discursiva.

Notas

¹ La Ley Nacional N° 26150 sancionada en el 2006 creó el Programa Nacional de Educación Sexual Integral cuyo objetivo es promover la implementación de acciones sistemáticas y transversales de educación sexual desde un enfoque integral en todas las escuelas de todos los niveles y modalidades del sistema educativo argentino.

² Con respecto al ethos discursivo, se podrían analizar algunas diferencias en el vocabulario y la sintaxis que marcan cierta heterogeneidad en la pertenencia de clase social. Sin embargo, esa tarea excede las pretensiones de este trabajo.

³ La concepción del sujeto como «empresario de sí mismo» ha sido planteada por Foucault en su descripción del dispositivo neoliberal (2008: 234) y posteriormente fue desarrollada por los estudios anglosajones de gubernamentalidad (Rose, 1996; 1999). El uso de esta categoría permite analizar el modo de gobierno de los sujetos propio de las sociedades neoliberales cuya operación principal es la atribución de responsabilidad de su propio bienestar a cada uno de los individuos. De este modo, en coherencia con los fragmentos analizados, el logro del éxito personal y el acceso a una adecuada situación afectiva y laboral dependen de la propia voluntad y de la comprensión correcta de la propia situación (autoevaluación).

⁴ Principalmente en los debates que precedieron a la sanción de la Ley de ESI pero también en la historia moderna acerca de la educación sexual, las posiciones reactivas han asociado la transmisión de conocimientos relativos a la sexualidad con la erotización de lxs niñxs y las prácticas de seducción intergeneracionales. Además, tal como recupera el fragmento citado, ello constituye una operación generizante que construye una figura de varón seductor-abusador de niñxs central en los discursos acerca de la pedofilia (cfr. Angelides, 2004; Anastasía, 2018).

Bibliografía

- Abramowski, A. (2010). *Maneras de querer. Los afectos docentes en las relaciones pedagógicas*. Buenos Aires: Paidós.
- Abramowski, A. (2012). «Los afectos docentes en las relaciones pedagógicas: tensiones entre querer y enseñar». *Congress of the*

- Latin American Studies Association*, San Francisco, California, May 23-26.
- Anastasia González, P. (2018). «Gestiones de la (a)sexualidad infantil. Una lectura del campo de investigaciones de las ciencias sociales en el ámbito latinoamericano». *Civitas*, Vol. 18, N° 1, pp. 138-152. Porto Alegre.
- Angelides, S. (2004). «Feminism, Child Sexual Abuse, and the Erasure of Child Sexuality». *GLQ*, 10: 2, pp. 141-177. Duke University Press.
- Ecclestone, K. & Hayes, D. (2009). *The Dangerous Rise of Therapeutic Education*. London: Routledge.
- Foucault, M. (2008). *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France 1978-1979*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Illouz, Eva (2007). *Intimidaciones congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Ley Nacional de Educación Sexual Integral N° 26150 (2006). Boletín Oficial N° 31017/06, 24 octubre 2006. Argentina: Congreso de la Nación.
- Maingueneau, D. (2010). «El enunciador encarnado: el problema del Ethos». *Revista Versión*, pp. 203-225. México: UAM.
- Papalini, V. (2015). *Garantías de felicidad. Estudio sobre los libros de autoayuda*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Rose, N. (1996). *Inventing Ourselves*. Londres: Cambridge University Press.
- Rose, N. (1999). *Governing the Soul*. Londres: Free Association Books.
- Sarmiento, D.F. (1849). *De la educación popular*. Santiago de Chile: Imprenta de Julio Belín y Compañía.
- Sibilia, Paula (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Tenti Fanfani, E. (1988). *El arte del buen maestro. El oficio del maestro y el Estado Educador: ensayos sobre su génesis y desarrollo en México*. Ciudad de México: Pax-México/Cesarman.

Watkins, M (2010). «Desiring Recognition, Accumulating Affect».
En Gregg & Seigworth (editors), *The Affect Theory Reader*.
Londres: Duke University Press.

De qué hablamos cuando hablamos de familias: retóricas de la naturalización

María Magdalena Uzin

Presentación

En las primeras décadas del siglo XXI, un conjunto de leyes otorgaron en Argentina visibilidad e igualdad de derechos a subjetividades y diversidades sexo-genéricas que escapan a los binomios excluyentes hombre/mujer, hétero/homosexual, y a modelos familiares que no responden a la matriz heteronormativa. Esta irrupción se da en el ámbito de lo «legalizado», lo legitimado jurídicamente, pero la construcción de la aceptabilidad social y la naturalización de estas transformaciones dentro de la comunidad, se sustenta discursivamente a través de la dimensión afectiva-emocional, y de la construcción de relatos e identidades que se asimilen a la vez que transformen ciertos sentidos y figuras establecidas en ideologemas fundamentales (la madre, el trabajo, la familia). En este sentido, los discursos de circulación masiva «naturalizan» estas transformaciones, las hacen inteligibles, comprensibles, aceptables. Esta naturalización discursiva de sentidos disruptivos en torno a la diversidad sexual implica, por una parte, otorgar visibilidad, reconocer derechos, sumar sujetos diversos y familias nuevas al orden de lo legitimado; pero, por otra parte, implica una normativización, una asimilación de las diferencias, una reterritorialización de lo que eran líneas de fuga (Deleuze y Guattari, 1985, 1990) por fuera de la matriz heteronormativa, en un orden que se pretende más abarcativo pero sigue construyendo formas de exclusión, y sigue por otra parte normativizando la disidencia.

Los casos que hemos analizado presentan dos familias en las que la maternidad/paternidad fue alcanzada a través de una forma de reproducción que cuestiona el vínculo de los lazos familiares legales con los biológicos de un modo particularmente disruptivo, al reco-

nocer dos madres (que forman la pareja erótico-afectiva y deseante) y un padre (que tiene lazos afectivos pero no eróticos, de amistad con las madres y comparte la paternidad y el cuidado del niño), apartándose tanto del modelo tradicional heterosexual de familia como del modelo emergente de familia homoparental. Me pregunto entonces qué estrategias despliegan los discursos para hacer inteligibles como familias estas formas de reproducción y asociación que subvierten las acostumbradas (las teorías folk o dóxicas) de comprender y relacionar los distintos aspectos que configuran las relaciones familiares. El impacto cultural de la Ley de Matrimonio Igualitario aparece en estos casos no como una naturalización directa de los matrimonios homosexuales, sino en que se establece un marco legal que permite dotar de aceptabilidad (legal) lo que se naturaliza mostrando su dimensión afectiva. Estas retóricas de la naturalización funcionan atribuyendo de modo catacrético denominaciones reconocidas, ideologemas simbólicamente cargados a relaciones que reorganizan los fundamentos antropológicos del parentesco y por tanto la constitución de los sujetos. Estos términos se vinculan en aparentes similitudes, expresadas sin embargo a través de contigüidades o proximidades, intentando re-totalizar una imagen de la familia que contradice o trastoca la definición hasta hace unos años hegemónica, pero siempre revelando puntos ciegos, elipsis que se resisten a la retotalización, términos elididos en estos relatos.

Retórica y hegemonía: aproximaciones al concepto de familia

La perspectiva lotmaniana sobre la retórica pone el acento en el funcionamiento social de los textos, en la capacidad de los tropos para conectar espacios semánticos incompatibles, generando así un grado de indefinición necesario en la cultura. Esta perspectiva nos permite pensar qué sentidos se articulan en torno a las imágenes de las familias nuevas y tradicionales, qué tropos las aproximan, cuáles refuerzan sus diferencias, y cuáles son esas zonas de indefinición, incertidumbre, ambivalencia o contradicción en torno al ideograma de la familia y los otros ideologemas que a ella se asocian (madre, amor, etc.).

Por su parte, Laclau entiende la «hegemonía» como un «movimiento político-tropológico generalizado» (2002: 60), que tiene un efecto re-totalizante de las diferencias y contradicciones propias de la cultura, pero destacando que esa retotalización no puede clausurar la heterogeneidad, es siempre parcial y se hace posible por el «movimiento tropológico» (Laclau, 2002: 70) del lenguaje. Dotar de inteligibilidad y hacer aceptables nuevas configuraciones familiares como las familias homoparentales o la maternidad subrogada, no significa que el discurso social y la doxa las asimilen por completo o disuelvan la diferencia con los modelos tradicionales. «Toda identidad –señala Laclau– se constituye en el interior de la tensión irresoluble entre equivalencia y diferencia» (2002: 68). Para el análisis de la hegemonía, «la determinación de las re-totalizaciones parciales que el movimiento tropológico hace posibles» es una operación fundamental (Laclau, 2002: 70). Qué hay de igual en estas familias (que nos permite llamarlas familias) y qué hay de nuevo o diferente en ellas, es algo que la hegemonía discursiva debe establecer y resignificar, más aún a partir de un marco legal que las dota de reconocimiento jurídico, pero no necesariamente social y simbólico.

Podemos decir que la retórica que articula espacios semánticos incompatibles (según Lotman) nunca elimina por completo las diferencias que está tratando de vincular, en relaciones que para Laclau son metonímicas, es decir de «contigüidad», de proximidad, y no de identificación (metafóricas).

Laclau introduce también otro concepto tropológico, el de catacrexis, aquella figura que se basa «en un nombre figurado para el que no existe contrapartida literal» (2002: 76) (por ejemplo, «el ala de un edificio»; es un nombre metafórico pero no existe otra manera de nombrar a esa parte de una construcción). Sostiene que la relación hegemónica «depende de esta puesta en cuestión, de mantener un equilibrio inestable entre heterogeneidad y contigüidad, entre catacrexis y metonimia» (2002: 77), es decir entre una heterogeneidad sin elementos en común, y una contigüidad tal que termina internalizando las diferencias. En catacrexis hay una relación tropológica con solo un elemento, una posición: una imagen vacía que se agota en esa relación «sin que pueda corresponder a ningún evento histórico real» (Laclau, 2002: 83). Creemos que es posible pensar en

un efecto catacrético en el concepto mismo de «familia», dada la amplitud de formaciones y agrupaciones afectivas y de filiación que se incorporan bajo el mismo término. Esa ampliación de los límites del concepto nos permite asimismo reconocer los diferentes aspectos o parámetros a partir de los cuales se define qué es una familia: los ejes de la afectividad y de los lazos biológicos son los que generalmente, tanto desde lo legal como desde lo antropológico, se tienen en cuenta para determinar una unidad familiar. Sin embargo, también desde esos mismos discursos, las dimensiones del cuidado, del sustento, de la educación (que no necesariamente se subsumen o superponen con lo afectivo), las relaciones económicas, el reparto de tareas, la cohabitación, son todos elementos que constituyen o pueden constituir a un conjunto de personas como una «familia».

Familias queer: entre la asimilación y la transgresión

En *La política cultural de las emociones* Sara Ahmed (2015) discute el impacto de las familias homoparentales («familias queer») tanto en la transformación del ideal familiar heteronormativo, como en la subjetividad queer. Para la autora, «definir una familia como queer ya es interrumpir una imagen ideal de la familia, basada en el lazo biológico, la procreación y la unión heterosexuales» (2015: 236). Ahmed plantea la tensión entre la ampliación del concepto de familia que supone la existencia de familias queer y la asimilación que implican las mismas al ideal familiar heteronormativo, pero va más allá al señalar «la denuncia del fracaso del ideal como parte del trabajo que están haciendo las familias queer» (2015: 236). Retoma así algunas definiciones de Weeks, Heaphy y Donovan, que piensan a las familias como prácticas sociales, como un adjetivo o un verbo, como «una palabra que hace y una palabra para hacer» (2015: 236).

Ahmed señala también que la familia representa «la estabilización de arreglos de vida específicos» (2015: 221) que aseguran tanto la reproducción de la vida como la reproducción de la cultura. Es también

el origen del amor, la comunidad y el apoyo [...] la heterosexualidad se vuelve el guión que liga lo familiar con lo global: la unión de hombre y mujer se vuelve una especie de nacimiento de modos de vida que son reconocibles como formas de civilización (2015: 222).

Si la heterosexualidad obligatoria es el «efecto acumulativo de la repetición de la narrativa de la heterosexualidad como una unión ideal» (2015: 226), esa repetición esconde el trabajo de la heteronormatividad como un efecto de lo natural. «La cotidianidad de la heterosexualidad obligatoria es también su afectividad, que está envuelta en ceremonias (nacimiento, matrimonio, muerte) que unen a las familias, y en un investimento continuo en la sentimentalidad de la amistad y el romance» (2015: 226). Esa norma se apoya en figuras idealizadas que asocian la sexualidad con supuestos de clase y raza, con la idealización de la monogamia, con las figuras de buenos vecinos y buenos ciudadanos, que funcionan a través de la contigüidad como condiciones subyacentes, no explicitadas, para el cumplimiento de la norma y el ideal de familia.

La aparición ostensible en la escena pública de familias queer u homoparentales, surge como una aspiración a ideales casi tradicionales de conducta, que son centrales para la reproducción de la heteronormatividad, y ha sido cuestionada como «una forma de asimilación (vidas «homonormativas» según Judith Halberstam)» (2015: 230): «una manera de apoyar y extender el ideal de la familia» (2015: 231).

Ahmed sostiene que, más allá de la tensión entre asimilación y transgresión,

las vidas queer moldean lo que se reproduce: puesto que son incapaces de reproducir las normas a partir de cómo las habitan, las vidas queer producen efectos distintos. [...] La brecha entre el guión y el cuerpo, incluida la forma corporal de «la familia», puede implicar incomodidad y, por ende, quizás «re-elabore» el guión. [...] Cuanto más cerca lleguen los sujetos queer a los espacios definidos por la heteronormatividad, más potencial habrá para una reelaboración de lo heteronormativo (2015: 234).

Ahmed se abstiene de cuestionar o criticar a aquellas familias queer que se esfuerzan por ser percibidas y aceptadas como familias «normales», ya que reconoce que no todos pueden ser psíquica, social o materialmente capaces de sostener una actitud de transgresión permanente: «Ser reconocidas como «cualquier otra familia» podría ser no sólo estratégico, sino necesario para su sobrevivencia» (2015: 235). Señala, además, que

la asimilación y la integración no son opciones que están disponibles para las personas, sino que son efectos de cómo los sujetos pueden y no pueden habitar los espacios. Quizás las familias no «son» el ideal, que en sí mismo es una fantasía imposible, pero tienen una relación distinta de proximidad con él. La incapacidad para habitar o no un ideal puede ser visible o no para otras personas (2015: 236-237).

Por su parte, Eve Kosofsky Sedgwick discute una noción «elástica» de familia, señalando la profundidad y durabilidad de una multiplicidad de vínculos: no maritales, no procreativos, del mismo sexo, que no son dadas, que no se definen por la genitalidad, parientes afines por «adopción», hermanxs adultxs, no biológicos, etc. Pero, señala Ahmed, esa elasticidad no debe volverse un fetiche ni mantenerse como un objeto en el que todas las personas debemos estar investidas (2015: 237).

La filiación en cuestión, entre la biología y la ley

Las diversas tecnologías de la «reproducción asistida» ponen de por sí en cuestión las concepciones del sentido común de las relaciones que fundan un sistema de parentesco y las definiciones de «la familia». En el contexto de las leyes de Matrimonio Igualitario y de Identidad de Género, se ponen al descubierto nuevas formas de construcciones familiares así como identidades genéricas no normativas, anteriormente relegadas a ser un exterior constitutivo, lo otro de lo normal, lo abyecto contra lo cual se recorta y se sostiene la matriz heteronormativa patriarcal, y el cuestionamiento al parentesco y la familia se hace aún más profundo y contradictorio.

Desde la reflexión antropológica, Joan Bestard señala que

por una parte, en la reproducción asistida el parentesco es una relación que se define por la intencionalidad de los que quieren ser padres, por otra parte, la alienación y objetivación de partes del cuerpo son necesarias para la reproducción bio-médica de las relaciones de parentesco (Bestard, 2009: 83).

Tras revisar los modelos teóricos que llama «estándar» y «constructivista», y la afinidad de este último con los cambios en las relaciones de parentesco a partir de las técnicas de reproducción asistida, Bestard señala la contradicción que postulan estas tecnologías de la reproducción:

los cambios en la familia y en las relaciones de parentesco nos acercan a un modelo constructivista de la 'consanguineidad', donde la intencionalidad parece dirigir el proceso, la descendencia depende del 'proyecto parental' y las técnicas biológicas de reproducción se ponen al servicio de dicho proyecto. Este régimen, al mismo tiempo que es constructivista –más cultura– es también más naturalista –más biología (Bestard, 2009: 93).

Ambos aspectos pueden ser esencializados, según la mirada desde la que se aborde el tema, y pueden convertirse en los símbolos centrales del parentesco. Es posible pensar, a partir de estos dos órdenes que a veces coinciden, a veces se contradicen y a veces se solapan sin respetar modelos previos, que hay una catacresis generalizada que adhiere, metafóricamente, la noción de «familia» a entidades que no tienen otra denominación posible, y esto es para pensar no sólo las nuevas familias, sino todo caso particular de lo que llamamos «familia»: es casi imposible que todos los órdenes (biológicos y afectivos, pero también legales, económicos, psicológicos, médicos, etc.) funcionen armoniosamente como en el modelo al que, parece, todos los seres humanos más allá de su identidad, orientación o elección sexual deben aspirar.

En todo caso, las relaciones que se establecen presentan como necesaria una vinculación contingente entre carga genética –voluntad procreacional– afectos, invisibilizando (o subordinando), todo

un conjunto de dimensiones económicas, relaciones afectivas, de cuidado.

En el año 2015 se cumplieron cinco años de la sanción de la Ley de Matrimonio Igualitario, y, tras algunas postergaciones, entró en vigencia en el mes de agosto el Nuevo Código Civil. Esta normativa tiene varios puntos polémicos en el ámbito de los derechos sexuales y reproductivos, como la afirmación del inicio de la vida «desde la concepción» (en contra de tratados internacionales), y la no regulación de la maternidad subrogada como técnica de reproducción asistida. Asimismo, se establece que un niño sólo puede tener dos padres, una doble filiación, cerrando así una posibilidad de filiaciones múltiples que se abrió con las técnicas de fertilización asistida que involucran la donación de material genético o el uso de una gestante por subrogación, en especial por parte de matrimonios del mismo sexo (pero que no necesariamente estaría limitada a ellos). En esa ventana de oportunidad, el Estado, a través del Registro Nacional de las Personas, reconoció dos casos de triple filiación que trascendieron al conocimiento público, ambos tratándose de matrimonios de dos mujeres que sumaban a la paternidad de su hijo al varón que había donado el esperma pero además actuaba como padre del niño en cuanto a la voluntad procreacional, el cuidado y las relaciones afectivas.

El primer caso se produjo en abril de 2015, en la ciudad de Mar del Plata. Antonio, nacido en marzo de 2014, había sido anotado con los apellidos de sus dos madres, Susana y Valeria. Un amigo de ellas, Hernán, fue desde su participación en la gestación del niño una parte integrante de la familia, reconocido como «papá». Con el apoyo de la Mesa Nacional por la Igualdad, la Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans, y la Defensoría LGTB, se realizó una presentación ante el Registro Provincial de las Personas, que encontró una respuesta favorable.

En julio del mismo año, en la ciudad de Buenos Aires, Alejandro Ros fue reconocido como padre de Furio, el hijo de seis años del matrimonio de Marta Dillon (periodista de *Página/12*, Soy) y Alberta Carri (cineasta), en circunstancias similares.

Con la entrada en vigencia del Nuevo Código Civil, la posibilidad de una triple filiación se vio clausurada, y estos fueron los

únicos casos, al menos que trascendieron en la prensa. Se destaca que el de Mar del Plata fue el primero en Latinoamérica, y sólo se reconoce un antecedente en Canadá.

Al tratarse de presentaciones enmarcadas en contextos legales, entra en juego la definición jurídica del aspecto «reproductivo» de la familia, es decir las relaciones de filiación. Estas se definen como un derecho que establece que una persona es descendiente de otra, y puede basarse tanto en un hecho natural (biológico) como en un acto jurídico (reconocimiento legal). Estos dos órdenes pueden coincidir (como lo sostiene el ideal de familia heteronormativa) o no, como en los casos de la adopción o algunas maternidades subrogadas. Existen diferentes procedimientos y criterios para establecer la filiación en las diferentes legislaciones nacionales: el natural (que responde «al acto natural de la procreación»), el jurídico (mediante un contrato, como la adopción), a los cuales se suman los resultados de la procreación asistida, y un criterio puramente social (lo que se denomina «posesión notoria»). También es importante considerar los efectos jurídicos de la filiación, que dan cuenta de los distintos órdenes y ámbitos que intervienen en lo que denominamos «familia» (teniendo en cuenta que la familia es el ámbito natural de la reproducción, y que la reproducción constituye una familia). En primer lugar, la filiación da origen a la patria potestad, que es el deber de custodia de un padre o madre hacia sus hijos menores, su patrimonio, su manutención, su cuidado y educación. En segundo lugar determina el derecho a la herencia (transmisión de bienes materiales), al apellido (que marca la pertenencia a un linaje familiar), y en los países que así lo reconocen, a la nacionalidad (*ius sanguinis*).

Esta normativa de la filiación, que es obviamente heteronormativa, presupone en sus definiciones básicas un matrimonio heterosexual y monogámico, con bienes para legar y apellidos con tradiciones que mantener. Presupone también, en su atribución de derechos y obligaciones, el acceso a la salud y la educación de los niños a cargo de sus padres.

Este orden de la filiación se ve alterado tanto por la irrupción de las técnicas de reproducción asistida, que desligan la voluntad procreacional de los lazos biológicos, como por el reconocimiento legal otorgado a los matrimonios del mismo sexo, que cuestionan la

base heteronormativa de la filiación. En los casos de triple filiación que hemos analizado, los lazos biológicos y afectivos incluyen a un tercer integrante en lo que hasta el momento sólo podía ser un binomio heterosexual. De este modo, se multiplican las relaciones de filiación, y se muestra la insuficiencia del binarismo de los órdenes natural y legal, para incorporar el orden de lo afectivo (que no necesariamente se superpone con la voluntad procreacional) como fundamento del reconocimiento legal de una familia con dos madres, un padre y un hijo, que llevará tres apellidos.

Los relatos periodísticos son, en general, bastante similares. Se destaca en general la necesidad de conjunción entre los órdenes biológico y afectivo/intencional que se plantea («no queríamos solamente un donante, queríamos un padre»), sostienen, palabras más, palabras menos, las madres de ambos niños). También es un elemento importante la inclusión de las familias ampliadas, en especial las de los padres: la alegría, la emoción, las lágrimas de los abuelos paternos al recibir la noticia de la gestación, el nacimiento y finalmente el reconocimiento legal de los lazos. En ese sentido se destacan las palabras de Alberto Pérez, jefe de Gabinete Provincial en 2015, refiriéndose al caso de Antonio: «Es posible que esta decisión rompa con algunos preconceptos, pero nosotros no le tenemos miedo al exceso de amor» (*Infobae*, 23/04/15).

Esta sumatoria de afectos asegura la inclusión de la unidad familiar que conforman el niño y sus padres en un marco generacional más amplio, pero no podemos dejar de observar que lo que se remarca en todos los medios es la transmisión del apellido paterno y la inclusión en la familia del padre. Ciertamente, esa es la novedad de las resoluciones legales que dan lugar a las noticias, pero no deja de tener un resabio patriarcal esa insistencia.

Frente a esta mirada positiva basada en lo afectivo, también se destaca, pero en el sentido opuesto, el editorial (sin firma) del diario *La Nación* del día 07/05/2015, titulado «El falso progresismo de la pretendida triple filiación». Comienza afirmando el predominio de los lazos biológicos que implican la dualidad sexual, al cuestionar que «no está claro cómo fue el mecanismo utilizado para la procreación». Luego se apoya en la «normalidad» para excluir la posibilidad de la existencia de tres progenitores («Normalmente, el reconoci-

miento aceptado de un tercero en la relación debería excluir a uno de los presuntos progenitores»), y en la ciencia para mantener el orden heterosexual («la paternidad entre mujeres no es científicamente posible, y el niño efectivamente tiene un padre»). Ante el reconocimiento legal de la triple filiación y su aceptación política, el autor no tiene más argumentos que apelar a «la naturaleza», caracterizando a este reconocimiento como una «violación al orden natural», identificando a la ley con «el respeto por la naturaleza», y apelar a un tono de «pánico moral», denunciando las amenazas que supone este atentado al orden natural: nada impide que «una comunidad que practica el sexo libre se presente mañana a solicitar la inscripción de un hijo “colectivo”, que sea hijo de todos, varones y mujeres». Y el orden de la transmisión de los genes, la cultura y la herencia también se ve amenazado por «las hipótesis de divorcio, con sus derivados de tenencia, derecho de visitas, cuotas alimentarias tripartitas, decisiones en materia de patria potestad, entre otras. Ello, sin contar los inconvenientes de orden sucesorio que sobrevendrían». En suma, se afirma de manera tajante que «el falso progresismo no conduce más que al desorden social, sin beneficio para nadie, sin dar protección alguna, ni al ámbito familiar, ni mucho menos al menor de edad». Evidentemente, lo que hay que proteger es el ideal de familia heterosexual y binaria, el orden social basado en la heteronormatividad, y no se tiene en cuenta como «beneficio» o parte del «bienestar» del niño ese «exceso de afectos» que la incorporación de una tercera rama familiar supone.

En contraste con esta editorial, sin embargo, en el mismo medio, y respecto al mismo caso, encontramos otra nota que refleja una valoración absolutamente distinta de la noticia que presenta. Firmada por Eduardo D'Argenio, «Inscriben un bebé con dos madres y un padre», insiste en asimilar a ese niño y esa familia con el modelo tradicional: «Como cualquier niño a esa edad», «como la gran mayoría de las parejas, comenzaron a sentir la necesidad de tener un hijo» refiriéndose a las dos madres. También presenta positivamente las relaciones afectivas, dándole más importancia que a las relaciones biológicas, aunque también sostiene estas últimas: «es un gran amigo de ambas mujeres», «Hernán aportó sus gametos con la voluntad e intención de ser no sólo el padre biológico, sino también

de estar presente en la vida de ese hijo que los tres ansiaban tener», «el trío de padres –que no podían ni querían ocultar su alegría, reflejada en sus sonrisas». En esta mirada, la dimensión afectiva abarca y vincula a las cuatro personas que integran esta familia: un vínculo matrimonial, que se supone erótico-amoroso entre las dos madres (subrayado por la extensa cohabitación), un vínculo de amistad que une al padre con las dos madres, ambos preexistentes al proyecto de paternidad compartida, y vínculos paternos-filiales entre el niño y sus tres padres. A estos lazos se suman las relaciones afectivas con las familias extendidas.

Mamá, mamá y papá: más allá de los binomios parentales

Estos vínculos afectivos que desbordan los límites del ideal de familia tradicional, ponen en cuestión la norma, al exponerla en su arbitrariedad (¿por qué un niño no puede ser amado y cuidado por más de una persona, si ya hemos aceptado a partir de la adopción por ejemplo, que la paternidad no se define exclusivamente por la biología?), al desnudar la lógica de control y conservación del orden social que se esconde detrás de las apelaciones a lo natural. Pero deja también abierta la pregunta para repensar la equivalencia entre las denominaciones «madres» y «padre» y los roles o funciones maternas y paternas. ¿Implican nuestras limitaciones en el lenguaje para nombrar a más de dos progenitores una dificultad al momento de pensar, representar o reconocer más de dos roles o funciones paternas? ¿Podremos reconocer y pensar que esos tres sujetos se constituyen como padres y madres de maneras no guionadas por el ideal tradicional? A partir de ese reconocimiento potencial, ¿podremos re pensar las formas en que todos los sujetos y arreglos familiares, queer o heterosexuales, se construyen como tales en sus propias prácticas afectivas y de cuidado?

Bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México: UNAM.

- Bestard, Joan (2009). «Los hechos de la reproducción asistida: entre el esencialismo biológico y el constructivismo social». *Revista de Antropología Social*, 18, 83-95.
- Deleuze, G. y Guattari (1985). *El AntiEdipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Ed. Paidós
- Deleuze, G. y Guattari (1990). *Kafka. Por una literatura menor*. México: Eds. Era.
- Laclau, E. (2002). *Misticismo, retórica y política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lotman, J. (2003). «La Retórica». *Entretextos. Revista Electrónica Semestral de Estudios Semióticos de la Cultura*, N° 2 (trad. Desiderio Navarro). [En línea] <http://www.ugr.es/~mcaceres/entretextos/pdf/entre2/escritos/escritos3.pdf> [Consulta: 23/06/2015].
- Yanagisako, Sylvia y Collier, Jane (1994). «Género y parentesco reconsiderados: hacia un análisis unificado». En Robert Borofsky (Ed.), *Assessing Cultural Anthropology* (trad. de María Rosa Neufeld, Juan Carlos Radovich y Marcela Woods). Hawaii Pacific University: Mc Graw-Hill, Inc.

En lo que afecta al consumo y a los fans: figuras marginales en Sedgwick y Massumi

Camila Roqué López

Introducción

En este trabajo nos proponemos desarrollar algunas de las líneas concernientes a nuestra investigación en curso, orientada a pensar cómo funciona el campo de producción de géneros y sexualidades en la actualidad en relación a la gestión capitalista de los afectos. El foco se encuentra en dos aspectos de igual importancia para la indagación: por un lado, las lógicas de las industrias culturales y su transformación de la mano de las tecnologías digitales; y por el otro, las dinámicas del fanatismo en línea. Estos aspectos se vinculan en el eje desde el cual comprendemos dicha producción de géneros y sexualidades en nuestra contemporaneidad, y que pasa precisamente por los cambios de concepción de las instancias de producción / distribución / consumo en el capitalismo de los últimos años (Roqué López, 2016).

El recorrido particular que desarrollaremos aquí, entonces, pretende dar cuenta de la manera en la que el denominado «giro afectivo» in-forma a nuestra investigación, en tanto marco epistemológico, pero también, sociohistórico que la constituye como tal. Partiendo de una definición más general que comprende a todo «giro» como un cambio en el concierto de la reflexión teórica (Boria, 2016: 23), en este caso nos preocupa analizar algunos de los aspectos estratégicos de este renovado interés por los afectos, que en los últimos años se vuelve un lugar privilegiado para inteligibilizar el presente (Pedwell y Whitehead, 2012: 116). Con este fin, volveremos sobre dos autores considerados «fundantes» dentro del giro afectivo: Eve Kosofsky Sedgwick y Brian Massumi (Lara y Enciso Domínguez,

2013: 103). Sin embargo, más que dar cuenta de la totalidad de sus propuestas, nos concentraremos en dos figuras que emergen heurísticamente en ellas y que a nuestro entender ponen de manifiesto esta compleja configuración del presente: el consumo y los «márgenes de maniobrabilidad», dos ejes cuya conceptualización resulta cara a la constitución de los denominados «estudios de fans», desde los cuales ubicamos nuestra indagación.

Sedgwick: hipótesis represiva y el modelo del consumo

El vínculo entre giro afectivo y pensamiento feminista resulta necesariamente problemático. Mientras el renovado interés por los afectos reviste una marcada congruencia con el gesto feminista de recuperar aquello que fue marginado de la epistemología occidental (llámese afecto, emoción, sentimiento), poniendo de manifiesto su lugar en toda producción de conocimiento (Jaggar, 1989), su construcción como radical novedad también puede ser contemplada críticamente en la medida en que termina obliterando ciertas genealogías de estudios feministas. Pensadoras como Clare Hemmings, Sarah Ahmed y Ann Cvetkovich han llamado la atención sobre este particular efecto, donde la crítica de los «nuevos materialismos» sobre las fallas del pensamiento feminista para dar cuenta de la materialidad termina sin embargo subestimando los inestimables aportes de esta corriente para la consideración epistemológica de dicha dimensión cognoscitiva (Pedwell y Whitehead, 2012: 118). La construcción retrospectiva de un «boom» sobre el afecto a mediados de los 90, entonces, debe ser revista; pero también, y en esto radica el tipo de perspectiva que queremos desarrollar aquí, debe ser considerada situacionalmente en cuanto a sus efectos performativos, cifrados en la efectividad de la construcción de los estudios del afecto como una «punta de lanza» del pensamiento contemporáneo, para recuperar la expresión de Hemmings.

La discusión que entabla Hemmings con Sedgwick escenifica esas tensiones, al poner de manifiesto sus desacuerdos en lo referido a la valoración de la densidad teórico-epistemológica y política de la perspectiva postestructural. Para Sedgwick las derivas del postestruc-

turalismo quedan demasiado encerradas en una denuncia antiesencialista, fijación epistemológica sobre la afirmación de la no existencia de verdades últimas que va en detrimento de lo que podrían ser otras formas de preguntar y preguntarse sobre lo que efectivamente es, vinculadas al afecto (Sedgwick, 2003: 17). En contrapartida, Hemmings sostiene que es paradójicamente este cuestionamiento el que vuelve a instalar un dualismo entre epistemología y ontología en el pensamiento de Sedgwick, precisamente en el momento en el que intenta hallar otra vía por fuera de él (Pedwell y Whitehead, 2012: 118). A través de toda la discusión hay algo muy interesante, sin embargo, y es el papel que ocupan los devenires de la hipótesis represiva en toda su formulación: si Hemmings le critica a Sedgwick reinstalar paradójicamente una ontología alejada de lo social, lo histórico y lo político (algo similar a lo que señalaba Foucault sobre la conformación de la sexualidad como pulsión), la apuesta de Sedgwick con respecto al afecto proviene precisamente de buscarle una salida a lo que ella considera una continua reposición de los términos de la hipótesis represiva en el análisis antiesencialista. Un tipo de análisis cuyo gesto teórico-analítico la autora define recurriendo a una imagen sugestiva, aquella del consumidor:

En millares de formas dentro del pensamiento contemporáneo —formas en las cuales Foucault mismo estaba profundamente involucrado— su crítica de la hipótesis represiva ha sido casi, si no completamente recuperada *para* la hipótesis represiva: en asuntos de prohibiciones institucionales, discursivas e intrafísicas como sitios para generar y proliferar —¿qué otra cosa sino la represión?, en celebraciones simétricas pulcras de las «multiplicidades» «productivas» de la «resistencia» —¿para qué otra cosa sino la represión?; en todas las formas rutinarias y tristes de la «buena» y la «mala» crítica por la cual, como buenos consumidores del capitalismo tardío, nos persuadimos a nosotros mismos de creer que decidiendo lo que nos gusta y lo que no acerca de lo que pasa, intervenimos realmente en su producción (Sedgwick, 1999: 212).

Si bien a primera vista marginal, la referencia al consumo se repite en *Touching Feeling* (2003), de nuevo como una figura que da

cuenta de estos retornos a la hipótesis represiva. En este caso, específicamente se lo vincula a la reificación de los términos de lo hegemónico y lo subversivo en la forma de un *statu quo* y un movimiento con respecto a él, conceptualización en la que la autora encuentra una vuelta en la práctica de las ideas de una represión y de algo que establece una relación negativa con ella. Frente a este tipo de dinámica, denuncia Sedgwick, la labor analítica deviene una operación peligrosamente dualista, la operación de un consumidor:

One's relation to *what is* risks becoming reactive and bifurcated, that of a consumer: one's choices narrow to accepting or refusing (buying, not buying) this or that manifestation of it, dramatizing only the extremes of compulsion and voluntariness (Sedgwick, 2003: 13).

Comprar / no comprar, también, en el sentido más coloquial de su palabra en inglés: creer, aceptar una cosa, un estado de cosas, bajo la metáfora de una transacción económica. Algo similar ya había sido señalado por la autora en su crítica anterior con respecto a los usos de la performatividad: la dualidad se expresaba allí, no obstante, en un trabajo que podía darse también en la forma de una dilucidación, que reduce la producción de conocimiento a determinar qué parte de lo analizado es potencialmente «paródica» y qué parte «esencialista», en alusión siempre a un orden de cosas «dado». Aunque no necesariamente se decida unívocamente por una o por otra, la conclusión que se centra en reconocer la conviviente parcialidad de las dos en lo estudiado también repone esos términos duales como principios de inteligibilidad; de hecho, esta puede ser su forma de proceder por excelencia, ya que la queja de Sedgwick hace explícita referencia a ese aire de monotonía que rodea a todas sus conclusiones¹.

Ahora bien, volviendo a las observaciones de Hemmings, es cierto que una apuesta por el afecto puede terminar funcionando de la misma manera. De hecho, una de las críticas más extendidas sobre los funcionamientos del giro afectivo tiene que ver con lo que junto a Macón podemos llamar la «carta de autenticidad» de los afectos, visión que los vincula preponderantemente con una reserva y

potencia de transformación no cristalizada (Macón, 2013: 13). La hipótesis represiva funciona, después de todo, a través de la incitación a los discursos, incitación en la que juega un papel no menos importante la producción de aquel reducto de potencial liberación que debe decirse exhaustivamente². Sin embargo, esto no significa que debamos desestimar la propuesta más amplia de Sedgwick (o la de Massumi, como veremos en el apartado siguiente), bajo la acusación de un esencialismo. A la manera foucaultiana, lo que querríamos es más bien preguntarnos en qué economías discursivas concretas se puede reinscribir la configuración de lo afectivo como novedad, y qué papel estratégico juega en ellas esta apelación a (y también, esta tensión con) la figura del consumo, aparentemente marginal.

Desde esta perspectiva, el giro afectivo puede observarse críticamente no tanto en la relativización de su importancia, sino más bien en la efectividad de ese gesto que introduce la cuestión del afecto a mediados de los 90 como «lo nuevo», tensionando con otras genealogías posibles (de las cuales la feminista no es menor). En lugar de un avance, una (re)evolución epistemológica que haría visible aquello silenciado anteriormente, o de un olvido que se subsanaría reponiendo una línea de continuidad con lo que ya se venía dando, de lo que se trata es de asumir toda la dimensión efectiva y estratégica de este movimiento fundacional, pensándola como una reconfiguración de saber-poder situada, concreta, que tiene en el centro de sus apuestas a algo como el «afecto».

Ahora bien, nuestra insistencia para disponer esta reflexión en torno a esa mención del consumo en Sedgwick, a primera vista marginal, tiene que ver con este afán de situacionalidad, sin duda motivado por la inscripción de nuestra propia investigación en los llamados «estudios de fans» y su tematización del consumo. A nuestro entender, en esa tópica que se «cuela» de algún modo en la disquisición de la autora (una ciertamente apasionada³), hay una referencia a la densidad epocal en la que emerge esta discusión, en tanto formando parte de esos «discursos incitados» pero también en necesaria polémica con ellos. Las lecturas de Sedgwick y Hemmings, más que ciertas posturas a asumir o descartar, nos dicen algo de su situacionalidad, y también, de la situacionalidad en la que se siguen ins-

cribiendo (y produciendo efectos) nuestras labores de conocimiento al entrar en el diálogo del llamado «giro afectivo». Ahondaremos en esto en los siguientes apartados.

Por el momento, lo que querríamos señalar es que la observación de Sedgwick anuncia de alguna manera la posibilidad (y el riesgo) de superposición de los procesos de subjetivación capitalistas con una perspectiva performativa instrumentalizada. Pero también la crítica de Hemmings, orientada a señalar la obliteración de la larga historia feminista con respecto a la afectividad y la materialidad, puede funcionar en ese mismo sentido: no se trataría simplemente de relativizar su reciente jerarquización, sino de ver qué nos está diciendo esa jerarquización del papel que empieza a jugar la afectividad, anteriormente relegada, en estos procesos de subjetivación. El peligro no estaría así en un ontologismo vano, ni en un esencialismo ingenuo e improductivo (acusaciones que de ningún modo podríamos adjudicar a Sedgwick), sino en un interés por los afectos que re-emerge como novedad en tanto es el capitalismo el que se empieza a interesar por su gestión y su movilización. De allí la importancia de pensar las sutilezas de los modos en los que las propias prácticas de investigación se insertan, se entrelazan y, también, entran en tensión con estas derivas.

Afectos y estudios de fans

Nuestro foco en la metáfora del consumo en Sedgwick no es ociosa. Como anticipábamos en el apartado anterior, esto tiene que ver con el necesario diálogo que entabla nuestra investigación con los llamados «estudios de fans»: en ellos también es posible rastrear un conjunto de discusiones similares, vinculadas no sólo al estatuto de la agencia en las prácticas de consumo, sino también al lugar que ocupa la dicotomía razón / emoción en su conceptualización. Para más, su punto de emergencia como campo de indagaciones se ubica asimismo a principios de la década del 90, con una serie de estudios que ponen en cuestión la visión estigmática asociada a la figura del «fan» y sus prácticas específicas (Borda, 2012: 17). La estigmatización, que se condensa en ideologemas tales como la «multitud histé-

rica» y el «solitario obsesionado» (p. 109), nos habla de la fuerte carga descalificatoria que se le adjudica a su dimensión afectiva, la cual busca ser contrarrestada con análisis que realcen los aspectos productivos y eminentemente agenciadores de estas actividades.

Si en el campo más amplio de los estudios sobre consumos culturales (Grillo, Papalini y Benítez Larghi, 2016) pueden realizarse distinciones según la concepción de su objeto en términos de actores (público, audiencias, receptor, *prosumidor* [p. 44]) y de prácticas (uso, recepción, reapropiación [p. 45]), la emergencia de los estudios de fans se configura precisamente allí donde se considera que las prácticas de recepción y uso se superponen con la reapropiación. El trabajo señero de Henry Jenkins explicita esta operación al recuperar la metáfora del «cazador furtivo» perteneciente a De Certeau (Jenkins, 1992), lo cual produce una suerte de entroncamiento entre los estudios de fans y la crítica del autor francés a la «ideología del consumo receptáculo» (De Certeau, 2007: 179). Desde una perspectiva focalizada entonces en lo que los sujetos hacen con aquello que consumen, el acento recae en lo que De Certeau denomina los «márgenes de maniobra», la movilidad, las trayectorias y los usos de dichos sujetos, concebidos consecuentemente como «usuarios» (p. XLVIII).

Las críticas a este primer momento de los estudios de fans han sido variadas. De manera semejante a lo acontecido en los debates sobre giro afectivo, una de estas observaciones advierte sobre el papel que jugaron los estudios culturales feministas y sus discusiones para la constitución del campo (Driscoll y Gregg, 2011), aporte decisivo que no siempre es reconocido en su genealogización. En línea con la tematización de la dicotomía razón / emoción - afecto, por otro lado, otra corriente de observaciones pasa por la racionalización de las actividades fan en los análisis académicos, cuyo afán por buscar el elemento agentivo y resistente termina desestimando los excesos afectivos que las constituyen (Borda, 2012: 18). Ambas observaciones encuentran un punto en común en lo que Karin Littau reconoce como un nudo problemático dentro de los estudios feministas de la recepción, referido a la discusión sobre la pasividad / actividad de la lectora / consumidora y sus consecuencias agentivas: la búsqueda de afirmar la actividad y la agencia, además de hacerlas coincidir arbitrariamente, también las superpone con el elemento

racional. Se repone así un marco de valoración que sigue separando y otorgando jerarquía a la actividad racional (distanciamiento crítico) en detrimento de lo afectivo (apego emocional) (Littau, 2008: 214).

El panorama de los estudios de fans se complejiza además por lo que se ha dado en llamar los procesos de «fanificación» de las audiencias (Nikunen, 2007; Marchione, 2009; Borda, 2012). La creciente comodificación e instrumentalización de los fans y sus actividades por parte de las industrias pone en entredicho esas primeras visiones celebratorias, para empezar a analizar el papel estratégico que estos comienzan a jugar en la actualidad. En un tipo de cuestionamiento que resuena con aquel de Sedgwick, la pregunta se reformula en torno al modo en que este *devenir fan* productivo y reapropiador se condice con la (re)producción de una actitud de «consumidor dedicado» (Marchione, 2009: 21), funcional a los intereses de las industrias. Volviendo más decididamente a Sedgwick, también cabría reformular esa pregunta en los términos de la autora, haciendo extensiva la crítica a las propias condiciones de constitución de los *fan studies* como campo de saber. Podemos pensar, entonces, en qué medida la perspectiva celebratoria sobre el fanatismo se deriva del gesto de reificación de lo que se considera como lo hegemónico y lo subversivo, reinstalando en algún punto el funcionamiento de una hipótesis represiva. La ecuación de los desvíos con la agencia, y de esta última con la racionalidad y con lo activo, tal como observábamos en las líneas anteriores, delinea un funcionamiento que sigue esa tendencia. Pero en este punto el detenimiento sobre Massumi quizá nos ayude a aclarar algunas cosas.

Massumi: afectos, «márgenes de maniobrabilidad» y fanificación

Dijimos al comienzo que no era nuestro interés desplegar la totalidad del pensamiento de Sedgwick ni de Massumi, sino seguir la pista heurística que nos deja la mención de determinadas figuras en sus textos. En el caso de Massumi, la mención de los «márgenes de maniobrabilidad», sintagma que, como vimos, reviste una fuerte carga

en su filiación con la propuesta de De Certeau y el empleo de esta en los estudios de fans a través de Jenkins. Con este fin, nos detendremos en una entrevista de 2002, donde Massumi vuelve a su conceptualización del afecto para vincularlo más explícitamente a la problematización de la agencia en las sociedades capitalistas actuales. El interrogante fundamental de la entrevista gira en torno a la idea de «esperanza», y sus límites y operatividad en la contemporaneidad:

From my own point of view, the way that a concept like hope can be made useful is when it is *not* connected to an expected success – when it starts to be something different from optimism (...) If hope is the opposite of pessimism, then there's precious little to be had. On the other hand, if hope is separated from concepts of optimism and pessimism, from a wishful projection of success or even some kind of a rational calculation of outcomes, then I think it starts to be interesting – because it places it in the *present* (Massumi, 2002: 211).

La definición de afecto en tanto capacidad de afectar y de ser afectado, que se constata en la transición o el paso de un umbral (Massumi, 2002: 212), impone una serie de consecuencias para un entendimiento de la agencia, entre ellas, el alejamiento de visiones meramente racionalistas o voluntaristas. Dejar de concebir a la esperanza con respecto al optimismo o pesimismo, como veíamos en el fragmento anterior, la desliga asimismo del «cálculo de resultados» que reenvía a los enfoques racionales, para ubicarla en cambio en el complejo presente de la *potencia*. Basándose entonces en el itinerario spinozeano-deleuzeano del afecto, Massumi hace uso de la noción de «margen de maniobrabilidad», pero para explicitar su irreductible experimentación e incertidumbre, a contramano de la motivación racional. Es precisamente el uso de esta noción el que le permite reunir en un mismo gesto afecto, esperanza y una determinada tematización de la «libertad», por fuera de horizontes utópicos:

In my own work I use the concept of 'affect' as a way of talking about that margin of manoeuvrability, the 'where we might be able to go and what we might be able to do' in every present situation. I guess 'affect' is the word I use for 'hope'.

One of the reasons it's such an important concept for me is because it explains why focusing on the next experimental step rather than the big utopian picture isn't really settling for less (Massumi, 2002: 212).

Hasta aquí observamos una vía que, a través de la consideración de la afectividad, haría posible circundar las dos objeciones presentadas a los primeros estudios de fans: igualación de racionalidad con agencia, por un lado, y reificación de lo hegemónico y lo subversivo, por el otro. Esto se reafirma en el momento en el que Massumi recalca en su relación con la lógica del lenguaje: si bien este siempre implica una captura de la experiencia y, como tal, conforma un conjunto de restricciones, también posibilita la vehiculización de lo que el autor llama «singularidades de la experiencia» (p. 219). A la manera de las normas y sus actualizaciones performativas, pero a diferencia de los usos dualistas de la performatividad cuestionados por Sedgwick, la propuesta de Massumi permite un corrimiento con respecto al rol dilucidador del crítico-consumidor (p. 220), para concentrarse en cambio en las posibilidades abiertas de la práctica. Así, más que de «comprar o no comprar», de lo que se trata es de la experimentación misma.

El gesto aglutinador de los «márgenes de maniobrabilidad», no obstante, empieza a contornear otro tipo de dificultades en el resto de la entrevista. Al ocuparse más concretamente de los funcionamientos del capitalismo de las «sociedades de control», Massumi llega a una conclusión difícil, pero acorde a su herencia deleuziana: esta dimensión afectiva, estos márgenes de maniobrabilidad, son los que el capitalismo ha comenzado a reclamar para sí como soportes de su gestión. En contraste con el poder disciplinario que encerraba los cuerpos en instituciones (el tipo de poder con el que De Certeau discutía), esta forma de poder está más interesada en el trabajo sobre un campo abierto que presta atención a las *transiciones*, los movimientos, y sus efectos de interferencia y resonancia. De igual manera, el eje de su producción ya no es la normalidad, sino el *momentum* (p. 224), un concepto que se aleja de la lógica sustancia-atributo y acto-potencia para aludir al impulso, el movimiento potencial de un momento dado. Massumi afirma que lo que se vende ya no es un

objeto determinado, sino los servicios alrededor de él; en otras palabras, el derecho a hacer cosas con un objeto, el derecho a afectar y ser afectado.

Los ejemplos que emplea para ilustrar esto son esclarecedores de por sí. Hay una referencia a los «mecanismos de postas» de aeropuertos y tarjetas de crédito (p. 229), donde las tecnologías digitales posibilitan una serie de registros y recolección de información sobre patrones y trayectorias. Siguiendo la concepción foucaultiana del poder, lo que opera allí es una racionalidad que no se orienta a la *represión*, sino a la producción de *regularidades*, mediante la labor de los algoritmos (p. 223). Sin embargo, estas regularidades ya no se superponen simplemente con una norma prefigurada y el control de sus desvíos, sino que implican el seguimiento de las tendencias de los acontecimientos (Foucault, 2006: 83-84), incluso y especialmente en esas trayectorias⁴. Hay una alusión, además, a las campañas de marketing viral que tienen como objeto las comunidades de interés espontáneas y su apego afectivo, en las cuales se desdibujan los límites entre mercadeo y consumo y la configuración de un mercado por nichos (Massumi, 2002: 227). Aunque no los mencione como tales, Massumi habla de los fans; pero también se encuentra refiriéndose a lo que se ha dado en llamar la «fanificación», añadiendo un elemento extra de complejidad al vincularla más cabalmente con las dinámicas de la gestión de la afectividad.

En efecto, al considerar estas lógicas ya no podemos seguir concibiendo a la fanificación como una comodificación llana, ni tampoco como una nueva relegación al lugar de un consumidor pasivo. Como dijimos antes, el concepto de margen de maniobra de De Certeau se oponía a la noción de normalización disciplinaria de Foucault, pero aquí ya no estamos en ese terreno. Si se quiere, nos aproximamos más a lo que Foucault desarrolló como gubernamentalidad neoliberal, donde la «libertad» deviene un eje explícito de producción y organización (Foucault, 2016: 85). En ese marco, se vuelve necesario que el consumidor no sea nunca simplemente un consumidor, sino alguien que produce, un *homo economicus* empresario de sí (Foucault, 2016: 265). El diálogo con Massumi, sin embargo, también complejiza estas ideas, porque introduce con fuerza una teorización de lo afectivo que cuestiona radicalmente el binarismo

productor / consumidor, precisamente al desmontar el conjunto de correspondencias dicotómicas que lo unen al par racional / afectivo y activo / pasivo. La «producción» afectiva, y por lo tanto, su gestión y movilización, supone un atravesamiento más múltiple y variable de todos estos aspectos, algo ciertamente no reductible a la simple ecuación agencia - actividad - racionalidad.

¿Por qué nos interesa hacer este diálogo con Foucault? Pues porque entendemos que esto es de particular importancia para pensar otra deriva de los estudios de fans en la actualidad: su entroncamiento con los estudios de nuevos medios, a través del uso de la noción de *convergencia* (Hay y Couldry, 2011: 473). El libro de Henry Jenkins *Convergence Culture: Where Old and New Media Collide* (2006) extiende las hipótesis de los primeros estudios de fans para hablar de una «negociación colectiva del poder» en el marco de las tecnologías digitales, simbiosis entre la tendencia de los consumidores a exigir más participación, devenir productores, y la de las industrias de responder a sus exigencias (Marchione, 2009: 26). Esta deriva se ha vinculado fuertemente con una propugnación del modelo del *produser*, productor-consumidor digital, del cual el fan sería su ejemplo más acabado (Bird, 2011: 503). No es casual, entonces, que en su entrevista Massumi se refiera a la convergencia como una *buzzword*, término de moda que ilustra perfectamente la creciente orientación capitalista hacia el afecto (Massumi, 2002: 226). En la misma línea, tampoco es casual que en los propios estudios de las tecnologías digitales se vuelva a discutir a De Certeau, para decir que son justamente los usuarios y sus márgenes de maniobra los que se vuelven el objetivo de las estrategias en estos dispositivos socio-técnicos⁵ (Manovich, 2009: 323). Si bien la espontaneidad de esta exigencia de participación es y ha sido discutida, así como la ubicuidad de este modelo del *produser* (Bird, 2011), siguiendo la perspectiva de Massumi es posible entender cómo este devenir es movilizado, quizá y especialmente, a través de la pervasividad misma de la conceptualización del presente en esos términos.

Al igual que lo que exponíamos con respecto a la discusión de Sedgwick y Hemmings, el despliegue de una gestión del afecto se da también mediante la insistencia con la que este empieza a aparecer en la inteligibilización del presente, incluso a pesar de teorizaciones

anteriores. Afecto como apuesta de saber-poder, en la que nuestra investigación participa y emerge, y de la cual no puede desentenderse. El recorrido que proponemos por estas figuras aparentemente marginales, no obstante, busca desarmar una idea de apuesta como monolítica o unidireccional. Los estudios de fans, y su propia emergencia como campo (también, a costa de algunas genealogías feministas), nos reenvían a un entrelazamiento complejo con otras apuestas, una puesta en juego amplia. Cómo nos insertamos en ella, qué papel jugamos allí, dependerá del tipo de lazos situacionales que seamos capaces de (des)enredar. De allí el trabajo de reflexividad que este escrito intenta emprender.

Notas

¹ «Me parece ver como esto pasa ahora con algunos de los usos que ciertos académicos están tratando de darle a la performatividad (...): forzando los ojos para mirar si algunos performances particulares (por ejemplo el drag) son realmente una parodia o subversión (de, por ejemplo, el esencialismo de género) o sólo *mantienen el statu quo*. En el fondo la conclusión es casi siempre la misma: parcialmente subversivo, parcialmente hegemónico. Veo esto como una domesticación tristemente prematura de una herramienta conceptual cuyos poderes justo hasta ahora hemos empezado vagamente a explorar» (Sedgwick, 1999: 212).

² Esto era el «sexo» en el análisis de Foucault sobre el dispositivo de la sexualidad: «... de un extremo a otro, el sexo se ha convertido, de todos modos, en algo que debe ser dicho, y dicho exhaustivamente según dispositivos discursivos diversos (...). Y tales discursos sobre el sexo no se han multiplicado fuera del poder o contra él, sino en el lugar mismo donde se ejercía y como medio de su ejercicio (...)» (Foucault, 2012: 35).

³ Nos referimos, justamente, al tono afectivo de esta metáfora descalificadora en Sedgwick, «buenos consumidores del capitalismo tardío», que le sirve para referirse a la situación que informa a las prácticas académicas en las que está inmersa.

⁴ Esto es lo que Foucault conceptualizaba como «seguridad»: «(...) la idea de norma que supone la disciplina está encorsetada en el cumplimiento de un modelo óptimo, por lo cual lo normal y lo anormal se definen de manera binaria y tajante, por acople o desacople con ese modelo. En cambio, la seguridad (...) define y redefine una y otra vez la norma hasta hacerla indiscernible de un cierto nivel de modulación, donde lo que cuenta no es tanto el ajuste concreto a tal o cual disposición, sino el hecho de que siempre haya un nuevo ajuste que realizar» (Rodríguez, 2010: 30).

⁵ Es llamativo que en este caso también, al igual que en la entrevista a Massumi, el ejemplo sea proveído por las actividades fan (Manovich, 2009: 322), si bien ninguno de los dos autores teoriza específicamente al respecto.

Bibliografía

- Borda, Libertad (2012). *Bettymaníacos, luzmarianas y mompirris: el fanatismo en los foros de telenovelas*. Tesis doctoral (inédita).
- Boria, Adriana (2016). «Operaciones de la teoría feminista». En Boria y Boccardi (Comps.), *Prácticas teóricas 2: el lugar de la teoría* (pp. 23-38). Córdoba: Editorial del CEA.
- Boria, Adriana y Boccardi, Facundo (Comps.) (2016). *Prácticas teóricas 2: el lugar de la teoría*. Córdoba: Editorial del CEA.
- Bird, Elizabeth (2011). «Are we all producers now? Convergence and media audience practices». *Cultural Studies*, 25: 4-5, pp. 502-516. [En línea] <http://dx.doi.org/10.1080/09502386.2011.600532> [Consulta el 24/11/2016].
- De Certeau, Michel (2007). *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Driscoll, C. y Gregg, M. (2011). «Convergence Culture and the Legacy of Feminist Cultural Studies». *Cultural Studies*, 25: 4-5, pp. 566-584. [En línea] <http://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/09502386.2011.600549> [Consulta: 24/11/2016].
- Foucault, Michel (2006). *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel (2012). *Historia de la sexualidad I, La Voluntad de Saber*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Foucault, Michel (2016). *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Grillo, Mabel; Papalini, Vanina y Benítez Larghi, Sebastián (2016). *Estudios sobre consumos culturales en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Clacso.
- Hay, James y Couldry, Nick (2011). «Rethinking Convergence/Culture». *Cultural Studies*, 25:4-5, pp. 473-486. [En Línea] <http://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/09502386.2011.600527> [Consulta: 25/03/2019].

- Jaggar, Alison (1989). «Love and knowledge: Emotion in feminist epistemology». *Inquiry*, 32: 2, pp. 151-176 [En línea] <http://dx.doi.org/10.1080/00201748908602185> [Consulta: 25/03/2019].
- Jenkins, Henry (1992). *Textual poachers: Television fans and participatory fan culture*. New York, EE.UU.: Routledge.
- Lara, Alf y Enciso Domínguez, Giazú (2013). «El Giro Afectivo». *Athenea Digital*, 13 (3), pp. 101-119. [En línea] <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53728752006> [Consulta: 25/03/2019].
- Littau, Karin (2008). *Teorías de la lectura*. Buenos Aires: Manantial.
- Macón, Cecilia (2013). «*Sentimus ergo sumus*. El surgimiento del 'giro afectivo' y su impacto en la filosofía política». *Revista Latinoamericana de Filosofía Política*, Vol. II, N° 6, pp. 1-32. [En línea] <http://rlfp.org.ar/wp-content/uploads/2013/07/Sentimus-ergo-sumus-Cecilia-Macon.pdf> [Consulta: 25/03/2019].
- Manovich, Lev (2009). «The Practice of Everyday (Media) Life: From Mass Consumption to Mass Cultural Production?» *Critical Inquiry*, Vol. 35, N° 2 (Invierno 2009), pp. 319-331. The University of Chicago Press. [En línea] <http://www.jstor.org/stable/10.1086/596645> [Consulta: 25/03/2019].
- Marchione, Renata Chiara (2009). *Participatory Culture and Commodification in the Age of «Digital Revolution»*. Faculty of the Graduate School of Arts and Sciences of Georgetown University. Washington, D.C. [En línea] <https://repository.library.georgetown.edu/handle/10822/553018> [Consulta: 25/03/2019].
- Massumi, Brian (2002). «Navigating Movements». En Mary Zournazi, *Hope: new philosophies for change* (pp. 210-243). Australia: Pluto Press.
- Nikunen, K. (2007). «The Intermedial Practices of Fandom». *Nordicom Review*, 28, Vol. 2, pp. 111-128.
- Pedwell, Carolyn y Whitehead, Anne (2012). «Affecting Feminism: Questions of Feeling in Feminist Theory». *Feminist Theory*, N° 13 (2), pp. 115-129. [En línea] <http://ieas.unideb.hu/admin/>

- file_8167.pdf [Consulta: 25/03/2019].
- Rodríguez, P.E. (2010). «Episteme posmoderna y sociedades de control. Deleuze, heredero de Foucault». *Margens*, Vol. 5, pp. 23-40. Belém. [En línea] periodicos.ufpa.br/index.php/revistamargens/article/view/2808 [Consulta: 24/11/2016].
- Roqué López, Camila (2016). «Fans y Kinkmemes. Claves para pensar los funcionamientos genre/gender en los soportes digitales». En AA.VV., *V Jornadas de Estudiantes, Tesisistas y becarixs «Proyecciones en investigación desde la Facultad de Ciencias Sociales de la UNC»* (pp. 390-398). Córdoba: CEA-FCS-UNC. [En línea] <https://rdu.unc.edu.ar/handle/11086/4625> [Consulta: 25/03/2019].
- Sedgwick, Eve Kosofsky (1999). «Performatividad Queer: *The Art of the Novel of Henry James*». *Nómadas* (Col.) N° 10, abril, pp. 198-214. [En línea] <http://www.redalyc.org/pdf/1051/105114274017.pdf> [Consulta: 25/03/2019].
- Sedgwick, Eve Kosofsky (2003). «Introduction». En *Touching Feeling: Affects, Pedagogy, Performativity* (pp. 1-25). Durham: Duke University Press.

Noticias de l*s autor*s

Luciana Almada

Activista lesbiana y feminista. Doctorand* en Estudios de Género (CEA-FCS-UNC). Becari* doctoral de la Secretaría de Ciencia y Tecnología (Secyt-UNC). Licenciad* en Comunicación Social. Trabajador*, docente e investigador* de la Universidad Nacional de Córdoba. Integrante del Programa de Investigación de Estudios Interdisciplinarios de Género del Centro de Estudios Avanzados (CEA-FCS-UNC) y Miembro Estudiante de la Red Temática de Estudios Transdisciplinarios del Cuerpo y las Corporalidades (RTTECC-CO-NACYT). Sus intereses teóricos, éticos, políticos y erótico-afectivos giran en torno a las comunidades sexuales criminalizadas, los estudios de recuperación de las memorias y el intento por pensar los archivos desde el campo de los estudios de género y del feminismo. luciana.v.almada@gmail.com

Pilar Anastasía

Activista feminista, doctoranda en Estudios de Género (CEA-FCS-UNC), licenciada en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Integrante del Programa de Estudios de Género del CEA (FCS-UNC) y docente de la misma institución. También es integrante del Proyecto de Investigación «Feminismos y pensamiento crítico: lecturas políticas de las teorías» (Secyt-UNC) y es miembro estudiante de la Red Internacional de Estudios del Cuerpo y las Corporalidades. Sus líneas de investigación entrecruzan el campo de estudios del discurso, los estudios sobre infancia y los estudios de género y sexualidad. Específicamente investiga sobre los significados de la (a)sexualidad infantil en la cultura. pilianastasia@gmail.com

Facundo Boccardi

Doctor en Semiótica (CEA-FCS-UNC), licenciado en Letras Modernas y en Comunicación Social (UNC). Coordinador del Programa de Estudios de Género del CEA (FCS-UNC) y docente en la Cátedra de Teoría Literaria. Además es integrante del proyecto de investigación «Feminismos y pensamiento crítico: lecturas políticas de las teorías» (Secyt-UNC) y forma parte de la Red Internacional de Estudios del Cuerpo y las Corporalidades. Desde hace poco más de diez años, investiga acerca de la implementación de la Educación Sexual Integral en el sistema educativo desde una perspectiva que articula la sociosemiótica con las teorías feministas y los estudios de género y sexualidades.

facundoccardi@gmail.com

Adriana Boria

Doctora en Letras, magister en Sociosemiótica y licenciada en Letras Modernas. Es profesora titular plenaria de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Escuela de Letras Modernas, en la Cátedra de Teoría Literaria. Es directora del Programa de Estudios de Género y directora del Doctorado en Estudios de Género (CEA-FCS-UNC). Es miembro investigadora de la Red Temática de Estudios Transdisciplinarios del Cuerpo y las Corporalidades (CoNaCyT, México). Ha publicado en revistas en temas relacionados con semiótica, teoría literaria y género. Ha participado como panelista y expositora en numerosos congresos nacionales e internacionales. Se especializa en lenguajes sociales, géneros y sexualidades enfocada desde una problemática de teoría de la cultura.

adrianaboria@gmail.com

Camila Roqué López

Doctorand* en Estudios de Género (CEA-FCS-UNC) y licenciad* en Letras Modernas con orientación en Estudios Críticos del Discurso (FFyH-UNC). Becari* doctoral del CONICET. Integrante del Programa de Investigación en Estudios de Género (CEA-FCS-UNC), del Proyecto de Investigación «Feminismos y pensamiento crítico: lecturas políticas de las teorías» (Secyt-UNC), y miembro estudiante de la Red Temática de Estudios Transdisciplinarios del Cuerpo y las

Corporalidades (CoNaCyT, México). Sus intereses de investigación giran en torno a la producción de género y sexualidades en las industrias culturales, feminismo, capitalismo actual y nuevas tecnologías. c.roquelopez@gmail.com

emma song

Feminista prosexo, activista de la disidencia sexual. Trabaja junto con otras en estéticas cuir, de formación en filosofía y artes escénicas, investiga en torno al cuerpo a partir de un recorrido y tradición para pensar las políticas emocionales coyunturales y sus efectos. emmitasong@gmail.com

María Magdalena Uzín

Doctora en Letras y magister en Sociosemiótica, profesora y licenciada en Letras Modernas. Docente en la Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC, titular en la cátedra de Teoría Literaria de la Escuela de Letras. Directora del Proyecto de Investigación subsidiado por Secyt «Políticas discursivas de la diversidad sexual: tecnologías de los afectos», Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades (CIFFyH, UNC). Líneas de investigación: género, nuevas formas familiares y tecnologías de los afectos en discursos periodísticos, audiovisuales y literarios de la contemporaneidad. magdalenuzin@gmail.com

